**La verdadera vida de
Sebastian Knight•**

Vladimir Nabokov

Sebastian Knight nació el 31 de diciembre de 1899 en la antigua capital de mi patria. Una vieja dama rusa me mostró una vez, en París –suplicándome, por algún misterioso motivo, que no divulgara su nombre–, un diario que había llevado en el pasado. Tan ocres (en apariencia) habían sido esos años, que los detalles recogidos día tras día (¡pobre método de alcanzar la perduración!) apenas iban más allá de un sucinto informe sobre las condiciones climatológicas. En ese sentido, es curioso observar que los diarios personales de los reyes –por más conmociones que sacudan sus reinos– tienen ese motivo como preocupación esencial. Así es la suerte: en esa ocasión se me ofreció algo cuyas huellas nunca habría seguido, de haber tenido que planear yo mismo la cacería. Estoy, pues, en condiciones de afirmar que la mañana en que nació Sebastian Knight no soplabla viento, la temperatura era de doce grados (Réaumur) bajo cero... y eso es cuanto la buena dama juzgó digno recordar. A decir verdad, no encuentro ninguna razón valedera para mantener su anonimato. Me parece hartamente improbable que lea alguna vez este libro. Su nombre era y es Olga Olegovna Orlova: ¿no habría sido una pena omitir esa aliteración ovoide?

El magro relato de la dama no puede sugerir a un lector que no haya viajado los deleites propios de un día invernal en San Petersburgo: el puro lujo de un cielo sin nubes, cuyo fin no es entibiar la carne, sino apenas agrandar la mirada; el resplandor de las huellas de los trineos sobre la nieve hollada, en calles espaciales, con un matiz pardo en el centro, debido a una pingüe mezcla de estiércol de caballo; el abigarrado racimo de globos pregonados por un vendedor ambulante con delantal; la suave curva de una cúpula –su oro ofuscado por la tenue floración de la escarcha–; en los abedules de las plazas hasta la más frágil de sus ramillas contorneada de blanco; el estridor, el tañido del tránsito invernal... A propósito: qué extraño es mirar una vieja postal –como la que he puesto en mi escritorio para divertir un instante al niño de la memoria– y recordar la anarquía de los cabriolés rusos, que viraban cuando se les antojaba, donde se les antojaba y como se les antojaba, de modo que en vez de la corriente recta y consciente del tránsito actual se veía –como en esta fotografía coloreada– una calle ancha como un sueño, con carruajes torcidos bajo cielos de un azul increíble que, en la lejanía, van diluyéndose automáticamente hasta un relumbramiento rosado de mnemónica trivialidad.

No he podido obtener una fotografía de la casa donde nació Sebastian, pero la conozco muy bien: yo mismo nací en ella, unos seis años después que él. Teníamos el mismo padre: había vuelto a casarse poco después de su divorcio de la madre de Sebastian. Cosa extraña, este segundo casamiento no se menciona en la Tragedia de Sebastian Knight, de Goodman (aparecida en 1936 y a la cual he de referirme con detalle). Para los lectores del libro de Goodman estoy condenado a pasar por un ser inexistente, por un falso pariente, por un gárrulo impostor. Pero el propio Sebastian, en su obra más autobiográfica (El bien perdido), encuentra unas cuantas palabras amables para referirse a mi madre, y creo que ella las merecía. Tampoco es exacto, como sugirió la prensa británica después de la muerte de Sebastian, que su padre muriese en un duelo librado en 1913; la verdad es que se recobraba rápidamente de la herida de bala recibida en el pecho cuando –un mes después– atrapó un resfriado que no podía permitirse su pulmón a medio curar.

Soldado aguerrido, hombre afable, ocurrente, ingenioso, lo agitaba esa inquietud aventurera que Sebastian heredó como escritor. El invierno pasado, durante un almuerzo de literatos en South Kensington, se oyó decir a un viejo crítico muy celebrado –por cuyo brillo y erudición siempre he sentido respeto–, al dirigirse la conversación hacia la prematura muerte de Sebastian Knight: «¡Pobre Knight! Tuvo dos períodos: en el primero fue un hombre mediocre que escribía en un inglés estropeado; en el segundo fue un hombre estropeado que escribía en un inglés mediocre.» Observación maligna, y en más de un sentido: es demasiado fácil hablar de un autor muerto a espaldas de sus libros. Quisiera creer que el chistoso no se siente orgulloso al recordar ese chiste, tanto más cuanto que había revelado una contención mucho mayor al estudiar, pocos años antes, la obra de Sebastian Knight.

Sin embargo, ha de admitirse que en cierto sentido la vida de Sebastian, aunque lejos de ser mediocre, carecía del tremendo vigor de su estilo literario. Cada vez que abro uno de sus libros me parece ver a mi padre precipitándose en el cuarto, con ese peculiar modo suyo de abrir de golpe la puerta para arrojar un segundo después sobre la cosa que buscaba o la persona que quería. Mi primera impresión de él es siempre esta: súbitamente algo me levanta, sin aliento, del suelo, todavía con el tren de juguete colgando de mi mano y con los caireles de la araña peligrosamente cerca de mi cabeza. Me bajaba tan de repente como me había izado, tan de repente como la prosa de Sebastian levanta al lector para dejarlo caer, bruscamente, en el alegre bathos del enmarañado párrafo que sigue. Algunas bromas favoritas de mi padre también parecen haber florecido en

relatos tan típicos de Knight como Albinos de negro o La montaña cómica, acaso el mejor, un cuento deliciosamente extraño que me hace pensar en un niño que ríe en sueños.

Fue en el extranjero, en Italia si no recuerdo mal, donde mi padre –por entonces un joven soldado de la guardia con licencia– conoció a Virginia Knight. Ese primer encuentro se relaciona con una cacería del zorro en Roma, a principios de la década de los noventa; pero no puedo precisar si el detalle me fue mencionado por mi madre o si es el recuerdo subconsciente de una borrosa instantánea. Mi padre la cortejó durante mucho tiempo. Era hija de Edward Knight, caballero de cierta posición. Eso es cuanto sé de él, pero el hecho de que mi abuela, una mujer austera y obstinada (recuerdo su abanico, sus mitones, sus dedos fríos, blancos), se opusiera enérgicamente a la boda y repitiera el texto de sus objeciones mucho después del segundo casamiento de mi padre, me hace deducir que la familia Knight (sea cual fuere su índole) no alcanzaba el nivel (sea cual fuere este nivel) exigido por los cánones del antiguo régimen en Rusia. Tampoco estoy seguro de si el primer matrimonio de mi padre alarmaba de algún modo las tradiciones de su regimiento: lo cierto es que sus verdaderos éxitos militares no empezaron hasta la guerra con Japón, o sea después de que su mujer lo abandonara.

Todavía era yo un niño cuando perdí a mi padre. Mucho después, en 1922, pocos meses antes de la última y fatal operación de mi madre, me dijo ella varias cosas que, pensaba, yo debía conocer. El primer matrimonio de mi padre no había sido feliz. Una mujer extraña, un ser inquieto y desasosegado, pero no con la inquietud de mi padre. La de mi padre era una busca incesante que solo cambiaba su objeto cuando lo alcanzaba. La de ella era una persecución un tanto desapasionada, caprichosa, oscilante, que unas veces la hacía apartarse de lo común y otras veces quedaba olvidada a mitad de camino, así como olvidamos el paraguas en un coche de alquiler. En cierto modo quería a mi padre –un modo harto antojadizo, para decirlo de alguna forma– y cuando un día se le ocurrió que podía enamorarse de otro (cuyo nombre nunca pudo obtener mi padre de sus labios) abandonó marido e hijo con la rapidez con que una gota de lluvia empieza a resbalar hacia la punta de una hoja de lila. Ese salto hacia arriba de la hoja abandonada por su reluciente carga debió de causar un dolor muy intenso a mi padre. No me gusta demorarme en el recuerdo de aquel día en un hotel de París: Sebastian, de cuatro años, mediocrementemente atendido por una niñera perpleja; mi padre encerrado en su habitación, «esa peculiar habitación de hotel que es el escenario ideal para las peores tragedias: el reloj inanimado y brillante

(el tieso bigote de las dos menos diez) bajo su cúpula de cristal, sobre una chimenea infame; la ventana francesa con su mosca aturdida entre el vidrio y la muselina; una hoja con membrete del hotel sobre el secante cubierto de manchas». Esta es una cita de Albinos de negro; en verdad, no tiene relación con ese desastre concreto, pero conserva el recuerdo distante del malhumor de un niño tendido sobre una raída alfombra de hotel, sin nada que hacer, frente a una extraña expansión de tiempo, tiempo extraviado, derramado...

La guerra en el Lejano Oriente ofreció a mi padre esa dichosa actividad que le ayudó, si no a olvidar a Virginia, por lo menos a sentir otra vez que la vida era digna de vivirse. Su vigoroso egotismo no era sino una forma de vitalidad viril y, como tal, plenamente afín a su naturaleza esencialmente generosa. Un dolor permanente –sin mencionar ya el suicidio– habría sido para él algo mezquino, una entrega vergonzosa. En 1905, cuando volvió a casarse, sin duda tuvo la satisfacción de haberse impuesto al destino.

Virginia reapareció en 1908. Era una viajera inveterada, siempre en movimiento; sentíase tan en su casa en una pensión modesta como en un hotel lujoso: el hogar solo representaba para ella el goce del cambio constante. De ella Sebastian heredó esa pasión extraña, casi romántica, por los coches-cama y los Grandes Trenes Expreso Europeos, «el dulce traqueteo de paneles brillantes en las noches azules; el largo, angustioso suspiro de los frenos en estaciones vagamente entrevistas; una cortinilla de cuero repujado que, al levantarse, deja ver un andén; un mozo de estación que empuja el carro de los equipajes; el globo lácteo de una lámpara con una pálida mariposa revoloteando a su alrededor; el tañido de un martillo invisible que comprueba las ruedas; el deslizarse en las tinieblas; la fugaz visión de una mujer sola que hurga entre objetos de brillo argénteo en su neceser, sobre la felpa azul de un compartimiento iluminado».

Virginia llegó en el Expreso del Norte un día invernal, sin el menor aviso, y envió un billete lacónico en que manifestaba su deseo de ver a su hijo. Mi padre se había marchado al campo para una cacería del oso; fue mi madre, pues, quien llevó tranquilamente a Sebastian al Hôtel d'Europe, donde Virginia se había detenido por una sola tarde. Allí, en el vestíbulo, conoció a la primera mujer de su marido: una mujer esbelta, ligeramente angulosa, de carita nerviosa bajo un inmenso sombrero negro.

Se levantó el velo para besar al niño: apenas lo tocó se echó a llorar, como si la sien tibia y suave de Sebastian hubiera sido la fuente misma y el solaz de su

dolor. Inmediatamente después se puso los guantes y empezó a contarle a mi madre, en pésimo francés, una historia insignificante e inconexa sobre una polaca que había intentado robarle su bolso en el coche-restaurant. Después puso en la mano de Sebastian un paquetillo de pastillas azucaradas, sonrió nerviosamente a mi madre y partió en pos del mozo de cuerda, que llevaba su equipaje. Eso fue todo. Al año siguiente murió.

Se ha sabido, por medio de un primo suyo, Mr. H. F. Stainton, que durante los últimos meses de su vida vagabundó por el sur de Francia, deteniéndose durante uno o dos días en calurosas ciudades de provincias muy pocas veces frecuentadas por turistas, sola, febril –había abandonado a su amante– y sin duda muy desdichada. Ese ir y venir sobre sus propios pasos habrían hecho pensar que huía de alguien, de algo; por otro lado, para quien conocía su idiosincrasia, esa vehemencia de tísica no era sino la exacerbación definitiva de su inquietud habitual. Murió de insuficiencia cardíaca (enfermedad de Lehmann) en la pequeña ciudad de Roquebrune, en el verano de 1909. No resultó fácil enviar el cadáver a Inglaterra: sus parientes habían muerto tiempo antes y solo Mr. Stainton asistió a su entierro en Londres.

Mis padres vivían dichosos. Era la suya una unión tranquila y tierna, inexpugnable por los malévolos chismes de algunos parientes que murmuraban que mi padre, aunque marido enamorado, se dejaba tentar de cuando en cuando por otras mujeres. Un día, en las vísperas de la Navidad de 1912, una conocida suya, muchacha encantadora e inconsciente, le mencionó, mientras paseaban junto al Nevsky, que el prometido de su hermana, un tal Palchin, había conocido a su primera mujer. Mi padre dijo que recordaba al hombre: se habían conocido en Biarritz, unos diez años antes, o quizá nueve...

–Oh, pero siguió viéndola después –dijo la muchacha–. ¿Sabes? Le ha confesado a mi hermana que vivió con Virginia después de tu separación... Al final ella lo plantó en algún lugar de Suiza... ¿No es divertido? Nadie lo sabía.

–Bueno, si no se supo en su momento, no veo el motivo para que la gente empiece a hablar del asunto diez años después –dijo mi padre tranquilamente.

Una coincidencia poco feliz, al día siguiente, hizo que un buen amigo de nuestra familia, el capitán Belov, preguntara casualmente a mi padre si era cierto que su primera mujer era originaria de Australia. Él, el capitán, había creído siempre que era inglesa. Mi padre contestó que los padres de su primera mujer habían

vivido algún tiempo en Melbourne, pero que ella había nacido en Kent; eso era cuanto sabía.

—¿Qué te hace preguntarme eso? —agregó.

El capitán respondió evasivamente que su mujer había asistido a cierta reunión en que alguien había dicho algo...

—Me temo que tendré que acabar con ciertas cosas —dijo mi padre.

A la mañana siguiente visitó a Palchin, que lo recibió con una jovialidad más efusiva de lo imprescindible. Dijo que había pasado muchos años en el extranjero y le encantaba volver a ver a viejos amigos.

—Se ha difundido una sucia mentira —dijo mi padre sin sentarse— y creo que sabe usted de qué se trata.

—Al grano, mi querido amigo —dijo Palchin—: es inútil que pretenda ignorar adonde quiere usted llegar. Lamento que la gente se haya puesto a murmurar, pero en verdad no veo motivo para que nos exaltemos... Nadie tiene la culpa de que en una ocasión nos embarcáramos en la misma nave.

—En ese caso, señor —dijo mi padre—, recibirá usted la visita de mis padrinos.

Palchin era un necio, un hombre vulgar, por cuanto deduje del relato de mi madre (que empleó en su narración la vivida forma directa que he procurado reproducir aquí). Pero, precisamente por ser Palchin un hombre necio y vulgar, me es difícil comprender por qué un hombre de la calidad de mi padre arriesgó su vida para satisfacer... ¿qué? ¿El honor de Virginia? ¿Su propio deseo de venganza? Así como el honor de Virginia había quedado irremediadamente mancillado por el hecho mismo de su fuga, toda idea de venganza hubiese debido perder su acre urgencia en los felices días del segundo matrimonio. ¿O era tan solo el sonido de un nombre, la visión de un rostro, la aparición súbita y grotesca de unos rasgos individuales en lo que había sido un espectro sojuzgado y sin cara? Todo ello sumado, ese eco de un pasado distante (y los ecos no suelen ser más que un ladrido, por armoniosa que sea la voz de quien habla), ¿compensaba la ruina de nuestro hogar y el dolor de mi madre?

El duelo se libró en medio de una tempestad de nieve, a orillas de un arroyo helado. Se oyeron dos disparos antes de que mi padre se desplomara boca abajo

sobre una chaqueta militar tendida en la nieve. Palchin encendió un cigarrillo con manos trémulas. El capitán Belov llamó a los cocheros, que esperaban discretamente, a cierta distancia, en el camino cubierto de nieve. Toda esa escena absurda había durado tres minutos.

En El bien perdido, Sebastian da sus propias impresiones sobre ese lúgubre día de enero. «Ni mi madrastra —escribe— ni ninguna otra persona de la casa tenía conocimiento de lo que habría de ocurrir. La víspera, durante la comida, mi padre me arrojó pelotillas de pan a través de la mesa: trataba de alegrarme, pues yo había estado de mal humor el día entero a causa de unas endiabladas prendas de lana que el médico me obligaba a llevar. Pero yo fruncía el ceño y me volvía hacia otra parte. Después de comer nos sentamos en el estudio; sorbiendo su café, mi padre escuchó las quejas de mi madrastra: Mademoiselle tenía la fea costumbre de dar dulces a mi hermanastro después de acostarlo. En el extremo opuesto del cuarto, sentado en el sofá, yo volvía las páginas de Chums: “Atención con la próxima cuota de la pianola.” Chistes al pie de las grandes páginas delgadas. “El huésped de honor ha visitado la escuela: ¿Qué le ha impresionado más? Un garbanzo lanzado con una cerbatana.” Trenes expreso rugientes a través de la noche. El equipo de cricket que devolvió el cuchillo arrojado por un enconado malayo a un jugador... La serie “sensacional” de los tres muchachos, el primero de los cuales era un contorsionista capaz de mover a su antojo la nariz, el segundo un prestidigitador y el tercero un ventrílocuo... Un jinete saltando sobre un automóvil a toda marcha...

»A la mañana siguiente, en la escuela, me hice un barullo con el problema de geometría que en nuestra jerga llamábamos “los pantalones de Pitágoras.” La mañana era tan oscura que en el aula estaban encendidas las luces, cosa que me producía siempre un molesto zumbido en la cabeza. Regresé a mi casa a eso de las tres y media de la tarde, con la viscosa sensación de suciedad que siempre tenía al salir de la escuela y que ahora aumentaba la ropa interior de lana. El asistente de mi padre sollozaba en el vestíbulo.»

En su apresurado y erróneo libro, Goodman presenta en unas cuantas frases poco logradas una imagen ridículamente falsa de la niñez de Sebastian Knight. Una cosa es ser el secretario de un autor, y otra escribir su biografía. Y si semejante tarea ha sido sugerida por el deseo de lanzar al mercado un libro mientras aún puede cambiarse con éxito el agua de las flores sobre una tumba recién abierta, no es asunto fácil combinar la prisa comercial con la investigación exhaustiva, la imparcialidad y la agudeza. No intento arruinar ninguna reputación. No estoy calumniando si afirmo que solo el ímpetu de la máquina de escribir pudo persuadir a Goodman de que «la educación rusa había sido impuesta a la fuerza en un niño siempre consciente de la poderosa corriente inglesa de su sangre». Esa influencia foránea, prosigue Goodman, «produjo hondos sufrimientos en el niño, a tal punto que en sus años de madurez no podía sino recordar con un estremecimiento a los barbados muyiks, los iconos, el estrépito de las balalaikas y cuanto había desplazado su saludable educación inglesa».

Es de todo punto innecesario observar que el concepto de Goodman sobre el ambiente ruso no es más exacto que, por ejemplo, la noción de un calmuko sobre Inglaterra como un negro lugar donde maestros de bigotes rojos azotan a los niños hasta hacerles saltar la sangre. Lo que es imprescindible observar, en cambio, es que Sebastian se educó en una atmósfera de refinamiento intelectual, que fusionaba la espiritualidad de un hogar ruso con los tesoros de la cultura europea, y que sea cual fuere la reacción de Sebastian ante sus recuerdos rusos, su índole compleja y peculiar nunca se rebajó a la vulgaridad insinuada por su biógrafo.

Recuerdo a Sebastian de niño, seis años mayor que yo, embadurnando papeles con acuarelas en el aura doméstica de una majestuosa lámpara de kerosene cuya pantalla de seda rosa –ahora que brilla en mi recuerdo– parece pintada por el pincel demasiado mojado de mi hermano. Me veo a mí mismo, un niño de cuatro o cinco años, de puntillas, tenso y agitado por el esfuerzo de ver mejor la caja de pinturas tras el codo en movimiento de mi hermano: rojos y azules pegajosos, tan lamidos y gastados que brillaba la loza de sus cavidades. Se oye un ruido muy leve cada vez que Sebastian mezcla sus colores en el reverso de la fina tapa, y el agua del vaso que tiene ante sí se anubla con mágicos tintes. Su pelo negro,

muy corto, hace visible sobre la oreja diáfana y rosada una pequeña marca de nacimiento –acabo de encaramarme sobre una silla–, pero sigue sin prestarme atención hasta que, con un gesto torpe, intento tocar el panecillo más azul de la caja: entonces, con un movimiento del hombro, me rechaza sin volverse, silencioso y distante como siempre es conmigo. Me recuerdo atisbando a través de los barrotes, mientras él subía las escaleras al regreso de la escuela, vestido con el uniforme negro reglamentario, con aquel cinturón de cuero que yo codiciaba en secreto. Subía lentamente, inclinando el cuerpo, arrastrando tras de sí la cartera de colegial, palmoteando el pasamanos y asiéndose, de cuando en cuando, para subir dos o tres escalones a la vez. Yo apretaba los labios y lanzaba un blanco hilo de saliva que caía y caía sin acertar jamás a Sebastian: no lo hacía para molestarlo, sino en un vano intento de hacerle reparar en mi existencia. Conservo también un vívido recuerdo: Sebastian anda en una bicicleta de manubrio muy bajo por un camino soleado en el parque de nuestra casa de campo; avanza lentamente, con los pedales inmóviles, y yo troto tras él. Me apresuro cuando sus pies, calzados con sandalias, hacen presión sobre los pedales. Hago lo posible para no alejarme de la zumbante rueda trasera, pero Sebastian no repara en mí y de pronto se aleja definitivamente, dejándome sin aliento y aún al trote.

Después, cuando Sebastian tenía dieciséis años y yo diez, solía ayudarme en mis tareas escolares, explicándome algunos puntos con tal apresuramiento e impaciencia que de nada me servía su auxilio: al rato de empezar se guardaba el lápiz en el bolsillo y se precipitaba fuera del cuarto. Por entonces era alto y pálido; sobre el labio superior tenía una sombra oscura. Llevaba el pelo brillante, partido en dos, y escribía en un cuaderno de notas negro versos que guardaba en el cajón de su escritorio.

Una vez descubrí dónde escondía la llave (en una grieta de la pared, junto a la blanca estufa holandesa de su cuarto) y abrí el cajón. Encontré el cuaderno negro; también encontré la fotografía de la hermana de un compañero de escuela, algunas monedas de oro y un saquito de muselina con pastillas azucaradas. Los poemas estaban en inglés. Habíamos recibido lecciones de inglés en nuestra casa, no mucho antes de la muerte de mi padre, y aunque yo no podía hablar con fluidez esa lengua, la escribía y leía con relativa facilidad. Recuerdo confusamente que los versos eran románticos, llenos de rosas oscuras y estrellas y llamadas del mar; pero un detalle se destaca nítido en mi memoria: al pie de cada poema, la firma era un caballo negro de ajedrez, dibujado con tinta china.

He procurado dar una imagen coherente de cuanto vi de mi hermanastro en aquellos días infantiles, entre 1910 (el año en que empecé a tener conciencia) y 1919 (el año en que partió para Inglaterra). Pero la tarea es superior a mis medios. La imagen de Sebastian no aparece como parte de mi adolescencia, un objeto de selección y desarrollo incesantes, ni se muestra como una serie de visiones familiares: llega hasta mí en unos pocos vislumbres brillantes, como si no hubiera sido un miembro constante de mi familia, sino algún visitante ocasional que atravesara un cuarto iluminado para sumirse durante un largo intervalo en la noche. Todo ello no puede explicarse por el hecho de que mis propios intereses infantiles impidieran cualquier relación consciente con alguien demasiado crecido para ser mi compañero, aunque no lo bastante para ser mi guía, sino por el constante retraimiento de Sebastian, que, aunque yo lo quería entrañablemente, nunca agradeció o alentó mi afecto. Quizá podría describir su modo de caminar, de reír, de estornudar; pero todo ello no formaría sino un abigarrado montón de fragmentos de película cinematográfica cortados, sin conexión con el drama esencial. Y allí había un drama. Sebastian nunca pudo olvidar a su madre, ni pudo olvidar que su padre había muerto por ella. Que su nombre no se pronunciara nunca en nuestra casa rodeaba de una morbosa fascinación el encanto recordado que impregnaba su alma impresionable. Yo no sé si recordaba con nitidez la época en que su madre era la mujer de su padre; acaso conservaba ese recuerdo como un suave resplandor en el fondo de su vida. Tampoco puedo decir qué sintió al volver a ver a su madre cuando tenía nueve años. Dice mi madre que a partir de entonces se mostró ausente y taciturno, y nunca mencionó esa entrevista fugaz y patéticamente incompleta. En *El bien perdido* Sebastian alude a un sentimiento amargo hacia su padre, que se mostraba feliz en su segundo matrimonio. Tal sentimiento se convirtió en culto extático cuando supo la razón del duelo fatal de su padre.

«Mi descubrimiento de Inglaterra –escribe Sebastian (*El bien perdido*)– insufló nueva vida a mis recuerdos más íntimos... Después de Cambridge, inicié un viaje por Europa y pasé dos semanas apacibles en Montecarlo. Creo que hay allí un casino de juego, pero lo ignoré, pues el trabajo de mi primera novela se llevaba casi todo mi tiempo: un intento harto presuntuoso que, me alegra decirlo, fue rechazado por tantos editores como lectores tuvo mi segundo libro. Un día salí a dar un paseo y encontré un lugar llamado Roquebrune. Era en Roquebrune donde había muerto mi madre, trece años antes. Recuerdo claramente el día en que mi padre me informó de su muerte y me dio el nombre de la pensión donde ocurrió. El nombre era “Les Violettes”. Pregunté a un chófer si conocía la casa, pero no pudo guiarme. Después me dirigí a un vendedor de fruta, que me indicó

el camino. Al fin llegué a una villa rosada, con el techo cubierto de las típicas tejas provenzales; en el portal advertí un ramo de violetas pintado con torpeza. Conque aquella era la casa... Atravesé el jardín y hablé con la patrona. Me dijo que acababa de hacerse cargo de la pensión y no sabía nada del pasado. Le pedí permiso para sentarme un rato en el jardín. Un viejo –desnudo hasta donde yo podía verlo– me atisbo desde un balcón; salvo él, no había otra persona en el lugar. Me senté en un banco azul, bajo un gran eucalipto que tenía casi toda la corteza desprendida, como siempre parece ocurrir con esos árboles. Después procuré ver la casa rosada, el árbol, la escena toda con los ojos con que mi madre la habría visto. Lamenté no saber cuál era la ventana de su cuarto. A juzgar por el nombre de la villa, supuse que también ella habría tenido ante sus ojos el mismo macizo de pensamientos violetas. Poco a poco fui sumergiéndome en tal estado que durante un instante el rosa y el verde parecieron estremecerse y flotar, como vistos a través de un velo de bruma. Mi madre, una figura esbelta y borrosa, con un sombrero inmenso, subió lentamente los escalones, que parecían diluirse en agua. Un tremendo topetazo me devolvió a la conciencia: había rodado una naranja del envoltorio que tenía en mi regazo. La recogí y salí del jardín. Unos meses después, en Londres, trabé conocimiento con un primo de mi madre. La conversación me llevó a mencionar mi visita al lugar donde ella había muerto. “Oh, pero fue en la otra Roquebrune –me dijo–, la que está en el Var...”»

Es curioso constatar que Goodman, al citar el mismo pasaje, se contenta con observar que «Sebastian Knight estaba prendado del lado cómico de las cosas y era tan incapaz de tomarlas por el lado serio, que se las compuso, sin ser de naturaleza cínica o insensible, para jugar con las emociones íntimas que el resto de la humanidad considera sagradas». No es de asombrarse que este solemne biógrafo no acierte nunca al interpretar cualquier rasgo de su héroe.

Por razones ya mencionadas no intentaré describir la niñez de Sebastian con la metódica continuidad que habría observado de haber sido Sebastian un personaje ficticio. En ese caso, habría informado y divertido al lector narrando el lento desarrollo de mi héroe, de la infancia a la juventud. Pero si lo hubiese hecho con Sebastian, el resultado habría sido una de esas «biographies romancées» que son con mucho la peor clase de literatura inventada hasta ahora. Dejemos cerrada, pues, la puerta, y que apenas se vea un tenue hilo de luz; que se apague la lámpara en el cuarto vecino donde Sebastian ha ido a acostarse; que la hermosa casa olivácea en la ribera del Neva se disuelva poco a poco en la helada noche gris y azulada, mientras los copos de nieve que caen suavemente fluctúan en el halo lunar del alto farol de la calle y espolvorean los poderosos miembros de las

dos cariátides barbadas que sostienen, con esfuerzo de Atlante, el mirador de la habitación de mi padre. Mi padre ha muerto, Sebastian está dormido, o al menos inmóvil, en la habitación vecina, y yo estoy en la cama, despierto, con los ojos abiertos en la oscuridad.

Unos veinte años después emprendí un viaje a Lausanne para ver a la vieja señora suiza que había sido institutriz de Sebastian y después mía. Debía de tener casi cincuenta años al dejarnos en 1914; había cesado la correspondencia que nos unía, de modo que no estaba seguro de encontrarla viva en 1936. Pero la encontré. Había allí, como pude descubrir, una unión de viejas damas suizas que habían sido institutrices en Rusia, antes de la revolución. Vivían «en su pasado», como me explicó el amabilísimo caballero que me guió; aguardaban la muerte – y muchas de esas damas eran decrepitas o estaban chochas– comparando notas, riñendo entre sí y demostrando las condiciones de Suiza, que habían descubierto después de los muchos años vividos en Rusia. Su tragedia consistía en el hecho de que durante todos aquellos años pasados en un país extraño se habían mantenido totalmente inmunes a su influjo (hasta el punto de no aprender la más simple palabra rusa). Hostiles, en cierto modo, al mundo que las rodeaba – cuántas veces había oído a Mademoiselle lamentarse por su exilio, quejarse del abandono y la incompreensión en que se la tenía, anhelar su tierra natal–, cuando esos pobres seres errabundos regresaron a su patria se encontraron como extranjeros en un país cambiado, y un capricho de los sentimientos hizo que Rusia (que había sido para ellas un abismo arcano, un retumbar remoto, más allá del rincón iluminado de un cuarto apartado, con fotografías en marcos de madreperla y una acuarela con la vista del castillo de Chillon), la desconocida Rusia, adquiriera ahora el aspecto de un paraíso perdido, un lugar vasto e incierto, pero –retrospectivamente– acogedor, poblado de pensativas fantasías. Encontré muy gris a Mademoiselle, pero tan llena de energía como siempre, y después de los primeros y efusivos abrazos empezó a recordar menudencias de mi niñez, tan deformadas o tan ajenas a mi memoria que dudé de su pasada realidad. Ignoraba la muerte de mi madre; tampoco sabía que Sebastian había muerto tres meses antes. Entre paréntesis, tampoco había llegado a su conocimiento que había sido un gran escritor. No hacía más que lloriquear, y sus lágrimas eran sinceras; pero parecía incomodarla que no me uniera a su llanto.

–Siempre has sido muy dueño de ti –me dijo.

Le conté que estaba escribiendo un libro sobre Sebastian y le pedí que me hablara de su niñez. Ella había entrado en nuestra casa poco después del segundo

matrimonio de mi padre, pero en su mente el pasado se confundía y desplazaba a tal punto que hablaba de la primera mujer de mi padre (cette horrible Anglaise) como si la hubiese conocido tan bien como a mi madre (cette femme admirable).

–Mi pobrecito Sebastian –gimoteó–, tan bueno conmigo, tan noble... Ah, cómo recuerdo aquel modo tan suyo de echarme los bracitos al cuello y decirme: «Odio a todos, menos a ti, Zelle, tú eres la única que comprendes mi alma.» Y el día en que di una palmada en su mano, une toute petite tape, por haber sido descortés con tu madre... la expresión de sus ojos... casi me hizo llorar... y su voz cuando dijo: «Te lo agradezco, Zelle; no volverá a ocurrir.»

Siguió en el mismo tono durante largo rato, haciéndome sentir cada vez más incómodo. Después de varios intentos infructuosos, me las compuse para desviar la conversación. Por entonces ya estaba completamente ronco, pues la dama había perdido quién sabe dónde su trompetilla. Después habló de su vecina, una gorda criatura aún más vieja que ella, con quien me había topado en el pasillo.

–La buena mujer está completamente sorda –se quejó–; es una mentirosa terrible. Sé muy bien que no hizo más que dar lecciones a los hijos de la princesa Demidov... pero nunca vivió en su casa.

Cuando me marché, gritó:

–Escribe ese libro, ese hermoso libro. Hazlo como un cuento de hadas, y que Sebastian sea el príncipe. El príncipe encantado... Muchas veces le dije yo: «Sebastian, ten cuidado, las mujeres te adorarán.» Y él me respondía riendo: «Bueno, también yo las adoraré...»

Yo iba retrocediendo. Me dio un sonoro beso, me palmeó la mano, volvió a lloriquear. Miré sus ojos viejos y nublados, el brillo muerto de sus dientes falsos, el prendedor de granates –que recordaba tan bien– en su pecho... Nos despedimos. Llovía con violencia y me sentí avergonzado y molesto por haber interrumpido mi segundo capítulo para tan inútil peregrinación. Pero algo me había impresionado especialmente. No me había preguntado un solo detalle sobre la vida de Sebastian en todos esos años, no me había hecho una sola pregunta sobre su muerte: nada.

En noviembre de 1918 mi madre decidió huir con Sebastian y conmigo de los peligros de Rusia. La revolución estaba en pleno ímpetu, las fronteras estaban cerradas. Se puso en contacto con un hombre cuya profesión era pasar refugiados por la frontera y quedó concertado que por cierta suma –la mitad de la cual se pagó de antemano– nos llevaría a Finlandia. Dejaríamos el tren en la frontera misma, en un lugar al que podía llegarse legalmente, y después seguiríamos por senderos ocultos, tanto más escondidos a causa de las abundantes nevadas de aquella región silenciosa. En el punto de partida del tren mi madre y yo nos encontramos aguardando a Sebastian, que, con la heroica ayuda del capitán Belov, acarrea el equipaje de casa a la estación. El tren debía partir a las 8.40 de la mañana. Eran ya las 8.30 y Sebastian no aparecía. Nuestro guía ya estaba en el tren, leyendo tranquilamente un diario; había advertido a mi madre que por ningún motivo le hablaría en público, y a medida que pasaba el tiempo y el tren estaba próximo a partir, una sensación de pánico empezó a invadirnos. Sabíamos que el hombre, de acuerdo con las tradiciones de su profesión, no volvería a intentar una operación fracasada en su principio mismo. Sabíamos, asimismo, que nunca más podríamos permitirnos los gastos de la huida. Pasaban los minutos y yo sentía que algo gorgoteaba desesperadamente en el hueco de mi estómago. La idea de que al cabo de uno o dos minutos el tren partiría y deberíamos volver al frío y oscuro desván (habían nacionalizado nuestra casa meses antes) era horrible. Durante el camino a la estación nos habíamos adelantado a Sebastian y a Belov, que empujaban el carricoche cargado sobre la nieve crujiente. Esa imagen permanecía inmóvil ante mis ojos (tenía entonces trece años y era muy imaginativo) como una visión encantada, inmóvil para siempre. Mi madre, con las manos metidas en las mangas y un mechón de pelo gris asomando bajo el pañuelo de lana, iba y venía, tratando de encontrar los ojos de nuestro guía cada vez que pasaba ante su ventanilla. Las 8.45, las 8.50... La partida del tren se demoraba, pero al fin sonó el silbato, una nubecilla de cálido humo blanco dibujó su sombra sobre la nieve parda del andén y al mismo tiempo Sebastian apareció a la carrera, con las orejeras de su gorra de piel flameando en el viento. Los tres subimos al tren en movimiento. Pasó algún tiempo antes de que pudiera contarnos que el capitán Belov había sido arrestado en la calle, precisamente al pasar frente a la casa donde había vivido antes, y que, abandonando el equipaje a su destino, él, Sebastian, había

emprendido una carrera desesperada hacia la estación. Pocos meses después supimos que nuestro pobre amigo había sido fusilado con otras personas, hombro con hombro junto a Palchin, que murió tan valientemente como Belov.

En su último libro, *El extraño asfódelo* (1936), Sebastian pinta un personaje secundario que acaba de escapar de un innominado país de terror y miseria. «¿Qué puedo decir sobre mi pasado, caballeros? –escribe–. Nací en una tierra donde la idea de libertad, la noción de derecho, el hábito de la bondad humana eran cosas fríamente despreciadas y brutalmente descartadas. De cuando en cuando, en el curso de la historia, un gobierno hipócrita pintaba los muros de la prisión nacional con un matiz más vistoso de amarillo y proclamaba ruidosamente la garantía de los derechos, familiar en estados más felices; pero tales derechos eran el patrimonio exclusivo de los carceleros, o bien implicaban una degradación oculta que los hacía aún más amargos que las formas de la tiranía abierta... En esa tierra todo hombre era un esclavo o un matón. Puesto que el espíritu y cuanto le es afín estaba negado al hombre, la imposición del dolor corporal llegó a considerarse más que suficiente para gobernar la naturaleza humana... De cuando en cuando ocurría algo llamado revolución: los esclavos se hacían matones, y viceversa. Siniestro país, lugar infernal, caballeros; si de algo estoy seguro en la vida, es de que nunca cambiaré la libertad de mi exilio por la vil parodia de hogar...»

Como este personaje hace una referencia marginal a los «grandes bosques y las llanuras cubiertas de nieve», Goodman supone precipitadamente que el pasaje entero se relaciona con la actitud del propio Sebastian Knight hacia Rusia. Error absurdo: cualquier lector sin prejuicios advertirá fácilmente que las palabras citadas se refieren más bien a una amalgama antojadiza de iniquidades tiránicas que a una nación o realidad histórica determinadas. Y si traigo a colación esas palabras en la parte de mi relato que describe la huida de Sebastian desde la Rusia revolucionaria, es porque quiero introducir en seguida algunas frases tomadas de su libro más autobiográfico: «Siempre he pensado –escribe en *El bien perdido*– que una de las emociones más puras es la del hombre que recuerda su patria. Me habría gustado mostrarlo en un penoso esfuerzo de la memoria para mantener viva y resplandeciente la imagen de su pasado: las azules colinas recordadas, las alegres carreteras, el cerco con su rosa silvestre, el campo con sus conejos, la cúpula lejana, la campánula inmediata... Pero como el tema ya ha sido tratado por autores que me superan –y también porque siento un recelo innato por lo que me es fácil expresar–, he negado acceso a todo viajero sentimental en la roca de mi áspera prosa.»

Sea cual fuere la interpretación de este pasaje, es evidente que solo quien ha sabido qué es huir de un país amado se sentirá atraído por esa imagen de nostalgia. Me es imposible creer que Sebastian, por tétrico que fuera el aspecto de Rusia cuando huimos de ella, no sintiera el desgarramiento que todos experimentábamos. En suma: Rusia había sido su hogar, la sede de personas bondadosas, comprensivas, de buenas maneras, condenadas al exilio por el único crimen de existir. Y ese era el grupo al que también él pertenecía.

Después de haber penetrado silenciosamente en Finlandia, pasamos algún tiempo en Helsingfors. Luego nuestros caminos se bifurcaron. Mi madre cedió a la sugerencia de un viejo amigo y me llevó a París, donde seguí mi educación. Y Sebastian se marchó a Londres y Cambridge. Su madre le había dejado una renta nada despreciable: no serían monetarias las preocupaciones que lo estorbarían en el futuro. Antes de que partiera, los tres nos sentamos un minuto en silencio, según la tradición rusa. Recuerdo cómo estaba sentada mi madre, con las manos en el regazo, haciendo girar el anillo de bodas de mi padre (como solía hacerlo cuando estaba inactiva), que llevaba en el mismo dedo que el suyo, los había atado con un cordel negro porque el de mi padre le iba demasiado grande. También recuerdo la actitud de Sebastian; iba vestido con un traje azul oscuro, tenía las piernas cruzadas y mecía apenas el pie en el aire. Fui el primero en incorporarme; me siguieron Sebastian y después mi madre. Nos hizo prometerle que no iríamos a despedirlo al puerto, de modo que fue allí, en ese cuarto de paredes blanqueadas, donde nos dijimos adiós. Mi madre hizo una rápida señal de la cruz sobre la cara inclinada de Sebastian y un momento después lo vimos por la ventana, mientras subía a un taxi con su equipaje, en la actitud curvada y final de la partida.

No sabíamos de él con demasiada frecuencia ni eran sus cartas muy largas. Durante sus tres años en Cambridge, solo nos visitó dos veces en París..., aunque en verdad no fue más que una visita, ya que la segunda vez asistió al entierro de mi madre. Ella y yo hablábamos a menudo de él, sobre todo en los últimos años de su vida, cuando estaba segura de que su fin se acercaba. Fue ella quien me contó la extraña aventura de Sebastian en 1917, sobre la cual no sabía yo nada, ya que por entonces estaba de vacaciones en Crimea. Parece que Sebastian había trabado amistad con el poeta futurista Alexis Pan y con su mujer Larissa, una simpática pareja que alquilaba una cabaña vecina a nuestra casa de campo, cerca de Luga. Alexis Pan era un hombrecillo estrepitoso y fornido, que ocultaba en la intrincada oscuridad de sus versos una luz de genuino talento. Pero como hacía lo posible para alarmar a las gentes con su monstruosa promiscuidad de palabras

ociosas (era el inventor del «gruñido submental», como lo llamaba), su esfuerzo parece hoy tan frívolo, falso y anticuado (las cosas demasiado modernas tienen la curiosa virtud de envejecer mucho antes que las demás) que su verdadero valor es recordado por unos pocos estudiosos que admiran sus maravillosas traducciones de poemas ingleses hechas al margen de su carrera literaria. Una de ellas es un verdadero milagro de trasposición verbal: su versión rusa de *La Belle Dame Sans Merci*, de Keats.

Una mañana, pues, Sebastian, de diecisiete años, desapareció dejando a mi madre una nota en que le informaba que acompañaría a Pan y a su mujer en un viaje a Oriente. Al principio mi madre lo tomó por una broma (a pesar de su aire serio, Sebastian urdía a veces bromas feroces, como cuando en un tren atestado hizo que el guarda entregara a una muchacha situada en el extremo opuesto del vagón un mensaje que decía: «No soy más que un pobre guarda, pero la amo»). Pero cuando fue a casa de los Pan, comprobó que se habían marchado de veras. Algo después se supo que la idea de ese viaje a lo Marco Polo, sugerido por Pan, consistía en avanzar hacia Oriente, de una ciudad a otra, organizando, en cada una, una «sorpresa lírica», es decir alquilando una sala (o un cobertizo, si no había sala disponible) para dar en ella un recital poético cuyo producto permitiría a los tres llegar hasta la próxima ciudad. Nunca se aclaró en qué consistían las funciones, deberes o auxilios de Sebastian, o si tan sólo le correspondía estar alerta para alcanzar cosas cuando eran necesarias y ser amable con Larissa, de genio vivo y difícil de calmar. Por lo común, Alexis Pan aparecía en escena vestido con traje de calle, perfectamente correcto, a no ser por las inmensas flores de loto que tenía bordadas. En su frente calva llevaba pintada una constelación (la Osa Mayor). Recitaba sus versos con vozarrón tonante que, en hombre tan pequeño, hacía pensar en un ratón pariendo montañas. A su lado, sobre la plataforma, estaba sentada Larissa, gorda y equina en su vestido malva: cosía botones o remendaba un par de pantalones viejos para demostrar que nunca hacía esos menesteres para su marido en la vida cotidiana. De cuando en cuando, entre dos poemas, Pan iniciaba una danza lenta, una mezcla de contorsiones javanasas y de sus propias invenciones rítmicas. Después de los recitales, se emborrachaba gloriosamente, y esta era su ruina. El viaje a Oriente terminó en Simbirsk, con Alexis borracho perdido, sin un céntimo, en una posada mugrienta, y con Larissa y su histerismo encerrados en un calabozo por haber abofeteado a un oficial poco gentil que había desaprobado el ruidoso genio de su marido. Sebastian volvió a casa con la misma indiferencia con que partiera. «Cualquier otro muchacho –agregó mi madre– se habría mostrado más bien turbado y avergonzado por toda esa tontería», pero Sebastian hablaba de su viaje

como de un incidente curioso del que hubiera sido espectador desapasionado. ¿Por qué había tomado parte en ese espectáculo irrisorio?, ¿qué lo había llevado a sumarse a esa pareja grotesca? Todo eso es un misterio completo (mi madre pensaba que acaso lo había engatusado Larissa, pero la mujer era perfectamente fea y madura, y estaba loca de amor por su extravagante marido). Pronto desaparecieron ambos de la vida de Sebastian. Dos o tres años después Pan gozó de una breve y artificial boga en ambientes bolcheviques, debida según creo a la absurda idea (basada sobre todo en una confusión de términos) de que existe una relación natural entre la política extrema y el arte extremo. Después, en 1922 o 1923, Alexis Pan se suicidó con un par de ligas.

—Siempre he sentido —decía mi madre— que no conocí de veras a Sebastian. Sabía que obtenía buenas calificaciones en la escuela, que leía un número asombroso de libros, que era muy cuidadoso en el vestir, que insistía en bañarse con agua fría todas las mañanas, aunque sus pulmones no eran demasiado fuertes... Sabía todo eso y más aún, pero él mismo se me escapaba. Y ahora que vive en un país extraño y nos escribe en inglés, no puedo dejar de pensar que siempre habrá de ser un enigma..., aunque sabe Dios cuánto he tratado de ser buena con él.

Cuando Sebastian nos visitó en París, al finalizar su primer año universitario, me impresionó su aire extranjero. Llevaba un jersey amarillo canario bajo su abrigo de tweed. Sus pantalones de franela tenían rodilleras y llevaba caídos los calcetines, desprovistos de ligas. La corbata ostentaba rayas chillonas y por algún misterioso motivo guardaba el pañuelo en la manga. Fumaba su pipa por la calle, y después la golpeaba contra el tacón. Había adquirido el hábito de volver la espalda al fuego y de hundir las manos en los bolsillos. Hablaba ruso como a saltos y pasaba al inglés si la conversación se prolongaba más allá de un par de frases. Se quedó exactamente una semana.

Cuando regresó, mi madre ya no existía. Nos sentamos juntos un largo rato después del entierro. Me palmeó torpemente el hombro cuando los lentes de mi madre, olvidados sobre un estante, me provocaron un acceso de lágrimas que hasta entonces había logrado retener. Fue muy amable y servicial, con un aire distante, como pensando siempre en otra cosa. Discutimos mi situación y me sugirió que me marchara a la Riviera y después a Inglaterra. Yo acababa de terminar mis estudios. Dije que prefería quedarme en París, donde tenía bastantes amigos. No insistió. El problema monetario también fue mencionado y Sebastian observó, con su curioso aire ausente, que podía darme cuanto dinero necesitara. Creo que usó la palabra “pasta”, pero no estoy seguro. Al día

siguiente se marchó al sur de Francia. Por la mañana salimos a dar un paseo corto, y como solía ocurrir cuando estábamos a solas, me sentí curiosamente turbado. De cuando en cuando me sorprendía en el penoso esfuerzo de encontrar un tema de conversación. También él callaba. Justo antes de partir, dijo:

–Bueno... Si necesitas algo, escíbeme a mi dirección de Londres. Espero que tu Sorbona¹ te sirva como a mí Cambridge. Y a propósito, busca y encuentra algo que te guste, y entrégate a ello... hasta que te aburras.

Sus ojos oscuros brillaron un instante.

–Buena suerte –agregó–, hasta la vista.

Me sacudió la mano de la manera blanda y afectada que había adquirido en Inglaterra. De pronto, sin motivo explicable, le tuve una lástima infinita y quise decir algo real, algo con alas y corazón, pero los pájaros que deseaba se posaron en mis hombros y en mi cabeza solo después, cuando estuve solo y no necesitaba palabras.

Cuando empecé este libro habían pasado dos meses desde la muerte de Sebastian. Bien sé cuánto habría detestado él este derretimiento sentimental, pero no puedo sino decir que mi afecto constante hacia él, de algún modo siempre contrariado y sofocado, empezó a adquirir vida con tal ímpetu emocional que todas mis demás obligaciones se convirtieron en sombras fluctuantes. Durante nuestros raros encuentros nunca hablamos de literatura y ahora, cuando la posibilidad de cualquier forma de comunicación entre nosotros quedaba impedida por el extraño hábito de la muerte humana, lamenté desesperadamente no haber dicho nunca a Sebastian cuánto me gustaban sus libros. Y hasta me pregunto, desolado, si llegó a saber que los había leído.

Pero ¿qué sabía, en verdad, sobre Sebastian? Puedo dedicar un par de capítulos a lo poco que recuerdo de su juventud y su niñez... pero ¿qué puedo decir después? Al planear mi libro se me hizo evidente que debía iniciar una paciente investigación para reconstruir su vida pedazo por pedazo y soldar los fragmentos con mi íntimo conocimiento de su carácter. ¿Conocimiento íntimo? Sí, tenía ese conocimiento, lo sentía en cada nervio mío. Y cuanto más pensaba en ello, más advertía que tenía otro instrumento en mis manos: al imaginar actos suyos conocidos solo después de su muerte, tenía por seguro que en tal o cual caso yo mismo me habría conducido como él. Una vez vi a dos hermanos, campeones de tenis, que jugaban como adversarios; sus golpes eran del todo diferentes, y uno de los dos era mucho mejor que el otro, pero el ritmo general de sus movimientos mientras corrían por la cancha era exactamente el mismo, de tal manera que de haber sido posible dibujar ambos sistemas habrían aparecido dos diseños idénticos. Me atrevería a decir que Sebastian y yo teníamos una especie de ritmo común: esto podría explicar la curiosa impresión de lo ya sentido que se apodera de mí al seguir las huellas de su vida. Y si los motivos de sus actitudes eran siempre otros tantos enigmas, ahora, en el giro inconsciente de tal o cual frase mía, se me revela su significado. No quiere decir esto que compartiera con él su riqueza espiritual, la variedad de su talento. Lejos de ello, su genio me pareció siempre un milagro absolutamente independiente de cuanto habíamos experimentado juntos en el ámbito similar de nuestra niñez. Por más que recuerde y haya visto lo mismo que él, la diferencia entre su capacidad de expresión y la mía es comparable a la que existe entre un piano Bechstein y el

organillo de un niño. Nunca le habría mostrado una sola línea de este libro, por temor a verlo fruncir el ceño ante mi deplorable inglés. Y no habría podido sino fruncir el ceño. Tampoco me atrevo a imaginar sus reacciones si hubiera sabido que antes de iniciar su biografía, su hermanastro (cuya experiencia literaria se reducía hasta entonces a una o dos traducciones al inglés encargadas por una fábrica de automóviles) había iniciado un curso «sea-usted-escritor» jubilosamente anunciado en una revista inglesa. Sí, lo confieso... y no me arrepiento de ello. El caballero que, por una remuneración conveniente, debía hacer de mi persona un escritor de éxito hizo cuanto pudo para enseñarme a ser recatado y gracioso, enérgico y ágil, y si me revelé como un discípulo sin esperanza –aunque fue demasiado amable para admitirlo– el motivo se debe a que desde el principio mismo quedé hipnotizado por la perfecta armonía de un relato breve que me indicó como ejemplo de lo que podían hacer y vender sus alumnos. Entre otros elementos contenía a un perverso chino que gruñía, una muchacha animosa con ojos color de nuez y a un tranquilo muchachón cuyos nudillos se ponían blancos cuando alguien lo fastidiaba de veras. He recordado esta penosa historia solo para demostrar cuán poco preparado estaba para mi tarea y hasta qué extremos me llevó el recelo de mí mismo. Al fin, cuando tomé la pluma, había resuelto afrontar lo inevitable, lo cual es un modo de decir que estaba dispuesto a hacer la prueba lo mejor que podía.

Detrás de esta historia se vislumbra además una especie de moraleja. De haber seguido Sebastian el mismo curso por correspondencia solo por divertirse, por ver qué sucedía (le gustaban esos pasatiempos), habría sido un alumno infinitamente peor que yo. Si alguien le hubiese indicado que escribiera como el señor Todo-el-mundo, habría escrito como nadie. Yo no puedo siquiera imitar su estilo, porque el estilo de su prosa era el de su pensamiento: una serie alucinante de abismos. Y no es posible remedar un abismo, sencillamente porque es necesario llenar los abismos... y suprimirlos en el proceso. Pero cuando encuentro en libros de Sebastian algún detalle estilístico que me recuerda súbitamente, por ejemplo, un determinado efecto de luz en el cielo que ambos habíamos advertido –aunque sin comunicárnoslo–, siento que, a pesar de que su talento está más allá de mi alcance, los dos poseíamos determinadas afinidades psicológicas que me ayudarán.

El instrumento estaba allí: había que usarlo. Mi primer deber después de la muerte de Sebastian era investigar entre sus objetos personales. Me lo había dejado todo y poseía una carta suya donde me indicaba que quemara algunos papeles. Estaba escrita tan oscuramente que al principio pensé que se refería a

borradores o manuscritos descartados, pero no tardé en descubrir que, salvo unas cuantas páginas inconexas dispersas entre otros papeles, él mismo los había destruido mucho antes, pues pertenecía a ese curioso tipo de escritor que solo concede validez a la realización perfecta, el libro impreso, y para quien la existencia real de este nada tiene que ver con la de su espectro, el intrincado manuscrito que revela sus imperfecciones como un fantasma vindicador que lleva bajo el brazo su propia cabeza. Por tal motivo el desorden de su taller nunca debe exhibirse, sea cual fuere su valor comercial o sentimental.

Cuando visité por primera vez el pequeño apartamento de Sebastian en Londres –en el 36 de Oak Park Gardens– tuve la desolada sensación de haber demorado una cita hasta que fue demasiado tarde. Durante los últimos tres años de su vida no había vivido mucho tiempo allí; tampoco era en ese lugar donde había muerto. Tres habitaciones, una fría chimenea, silencio. Media docena de trajes, casi todos viejos, pendían en el guardarropa, y por un segundo tuve la impresión del cuerpo de Sebastian rígidamente multiplicado en una sucesión de formas con hombros cuadrados. Una vez lo había visto con aquella chaqueta marrón; toqué la manga, pero era floja, inconsciente a aquella débil llamada de la memoria. También había zapatos; habían andado muchos kilómetros y ahora estaban al final de su viaje. Camisas plegadas, puestas de espaldas. ¿Qué podían decirme sobre Sebastian todas aquellas cosas inmóviles? Su cama. Un viejo cuadro al óleo, un poco cuarteado (camino fangoso, arco iris, hermosos charcos) contra el blanco marfil de la pared, al frente: el punto de mira a su despertar.

Miré en torno a mí: en aquel dormitorio todas las cosas parecían haber retrocedido de un salto en un abrir y cerrar de ojos, como sorprendidas de improviso, y ahora iban devolviendo mi mirada, como procurando comprobar si había advertido su fuga culpable. Esa parecía, sobre todo, la actitud del sillón bajo, enfundado de blanco, que estaba junto a la cama; me pregunté qué habría hurtado. Después, hurgando en los escondrijos de sus pliegues reacios, encontré algo duro: era una nuez del Brasil, y el sillón volvió a cruzar los brazos y a adoptar su expresión inescrutable (que podría muy bien ser de altiva dignidad).

El cuarto de baño. La repisa de cristal, sin más compañía que una cajita para polvos de talco con un ramo de violetas en la parte posterior; sola, reflejada en el espejo, parecía un anuncio coloreado.

Después revisé los dos cuartos principales. El comedor era curiosamente impersonal, como todos los lugares donde come la gente –acaso porque el

alimento es nuestro vínculo principal con el caos común de la materia que rueda en torno a nosotros—. Cierto que en un cenicero de vidrio había una colilla, pero la había dejado allí un tal Mr. McMath, agente inmobiliario.

El estudio. Desde él se veía el jardín posterior o parque, el cielo extenuado, un par de olmos, no robles, a pesar de la promesa del nombre de la calle. Un diván de cuero extendido en un ángulo del cuarto. Estanterías densamente pobladas. El escritorio. Sobre él, casi nada: un lápiz rojo, una caja de ganchos para papeles... Todo parecía sombrío y distante, pero, en la punta occidental, la lámpara era adorable. Encontré la llave y el globo opalescente se disolvió en la luz: esa mágica luna había visto escribir la mano de Sebastian. Había llegado el momento de ponerme a la obra. Tomé la llave que Sebastian me había dejado en herencia y abrí los cajones.

Ante todo encontré dos mazos de cartas sobre los cuales Sebastian había escrito: Para ser quemadas. Uno de ellos estaba doblado de tal modo que no pude siquiera echar una ojeada a la letra; el papel era celeste, con un ribete azul oscuro. El otro mazo consistía en un montoncito de papeles cubiertos por una enérgica escritura femenina. Me pregunté de quién sería. Durante un penoso instante luché con la tentación de examinar detenidamente ambos paquetes. Lamento decir que ganó mi parte mejor. Pero mientras quemaba aquellas cartas en la chimenea, una de las hojas azules se desprendió, curvada bajo la tortura de la llama, y antes de que el negro rugoso la cubriera por completo, unas pocas palabras se revelaron a plena luz: después se desvanecieron con todo el resto.

Me hundí en un sillón y medité unos minutos. Las palabras que había visto eran palabras rusas, parte de una frase en ruso... Eran insignificantes en sí, y no porque yo esperara que la llama de la casualidad descubriera la inspiración de un novelista. La traducción literal sería «tu manera habitual de descubrir...». No era el sentido lo que me impresionaba, pero sí el hecho de reconocer mi lengua. No tenía la más remota idea de quién sería la mujer, esa mujer rusa cuyas cartas Sebastian había tenido en estrecha vecindad con las de Clare Bishop. Y de algún modo, ello me tenía perplejo y fastidiado. Desde mi silla junto a la chimenea —de nuevo fría y negra— podía ver la débil luz de la lámpara sobre el escritorio, la brillante blancura del papel que asomaba por el cajón abierto y una hoja abandonada sobre la alfombra azul, la mitad en las sombras, cortada en diagonal por el límite de la luz. Por un instante creí ver a un Sebastian transparente en su escritorio; o más bien pensé en aquel paso por la Roquebrune equivocada: ¿quizá prefiriera escribir en la cama?

Un momento después volví a mi trabajo; examiné y clasifiqué sumariamente el contenido de los cajones. Había muchas cartas. Las aparté para revisarlas después. Recortes de diarios en un libro llamativo, con una mariposa imposible en la cubierta. No, no se trataba de reseñas sobre sus libros; Sebastian era demasiado orgulloso para recogerlas y su sentido del humor no bastaba para pegarlas cuando daba con ellas. Pero lo cierto es que había un álbum de recortes, todos ellos relativos (como descubrí después, observándolos con más detenimiento) a incidentes incongruentes o absurdos, ocurridos en los lugares y condiciones más triviales. Las metáforas abigarradas también merecían su aprobación, según comprobé; acaso las incluía en la misma categoría de pesadillas. Entre algunos documentos legales encontré un pedazo de papel en el cual había empezado a escribir un relato. Solo había un párrafo que se cortaba bruscamente, pero me dio ocasión de comprobar el curioso hábito que Sebastian tenía –en el proceso de escribir– de no tachar las palabras reemplazadas por otras. Así, por ejemplo, el párrafo que encontré decía: «Como tenía el sueño pesado Roger Rogerson tenía el sueño pesado El viejo Rogerson compró El viejo Roger compró, tan asustado como dormilón que era, el viejo Rogers temía perder la mañana siguiente. Tenía el sueño muy pesado. Tenía un miedo terrible de perder los grandes acontecimientos del día siguiente, el primer tren de la mañana siguiente, de modo que compró y llevó a su casa esa noche y no uno sino muchos despertadores de varios tamaños y fuerza nueve ocho once despertadores de diversos tamaños que colocó que dieron a su cuarto el aspecto de un.»

Por desgracia, eso era todo.

Monedas extranjeras en una caja de bombones: francos, marcos, chelines, coronas, y su cambio pequeño. Varias estilográficas. Una amatista oriental, sin engaste. Una banda elástica. Un tubo con pastillas para el dolor de cabeza, la postración nerviosa, la neuralgia, el insomnio, el dolor de muelas, las pesadillas. Lo de dolor de muelas inspiraba algunas dudas. Un viejo cuaderno de notas (1926) lleno de números de teléfonos caducados. Fotografías.

Pensé que encontraría montones de chicas. Del tipo habitual: sonriendo al sol, instantáneas estivales, juegos de sombra, sonrientes, de blanco, sobre el pavimento, la arena o la nieve. Pero me equivocaba. Las dos docenas, más o menos, de fotografías que saqué de un gran sobre (en el cual había escrita de mano de Sebastian la lacónica inscripción «Mr. H.») mostraban a la misma persona en diferentes etapas de su vida: primero un chiquillo con cara de luna

llena, con un traje de marinero de corte vulgar, después un muchacho feo, con gorra de cricket, después un joven de nariz respingona y así sucesivamente, hasta llegar a una serie de Mr. H., plenamente desarrollado: un tipo repelente con algo de bulldog que iba engordando sobre fondos fotográficos o en jardines de verdad. Me enteré de quién era el hombre al leer un recorte de diario unido a una de las fotografías.

«Autor biografías ficticias busca fotografías de caballero aspecto eficiente, sencillo, aplomado, abstemio, preferiblemente soltero. Pagaré por fotos de niñez, juventud, madurez, para publicar en obra mencionada.»

Era un libro que Sebastian nunca escribió, pero que acaso contemplara en el último año de su vida, pues la última fotografía de Mr. H., de pie junto a un coche flamante, tenía la fecha «marzo de 1935» y Sebastian había muerto solo un año después.

De pronto me sentí cansado, desdichado. Lo que yo deseaba era el rostro de su corresponsal rusa. Quería retratos del propio Sebastian, quería muchas cosas... Después, mientras paseaba la mirada por el cuarto, advertí un par de fotografías enmarcadas, envueltas en la sombra difusa sobre las estanterías.

Me puse de pie y las examiné. Una de ellas era una instantánea ampliada de una china atada por la cintura, en el acto de ser vigorosamente decapitada; la otra era un trivial estudio fotográfico de un niño con rizos que jugaba con una muñeca. El gusto de su yuxtaposición me pareció dudoso, pero quizá Sebastian tenía sus razones para conservarlas y colgarlas así.

Eché una mirada a los libros. Eran muchos, variados y desordenados. Pero un estante se veía más ordenado que el resto y allí advertí esta serie, que durante un momento me pareció formar una vaga frase musical, curiosamente familiar: Hamlet, La muerte de Arturo, El puente de San Luis Rey, El doctor Jekyll y Mr. Hyde, Viento Sur, La dama del perro, Madame Bovary, El hombre invisible, El tiempo recobrado, Diccionario anglo-persa, El autor de Trixie, Alicia en el país de las maravillas, Ulises, Sobre el modo de adquirir un caballo, El rey Lear...

La melodía tuvo una breve interrupción y se desvaneció. Volví al escritorio y empecé a examinar las cartas que había apartado. Eran casi todas cartas comerciales y me sentí autorizado a revisarlas. Algunas no tenían relación con el oficio de Sebastian, otras sí. El desorden era considerable y muchas alusiones me

eran ininteligibles. En unos pocos casos, había hecho copias de sus propias cartas. Así conocí todo un largo y sabroso diálogo entre él y su editor acerca de un libro. Después había un tipo absurdo en Rumania, nada menos, que clamaba por una opción... También me enteré de las ventas en Inglaterra y los Dominios... Nada muy brillante, pero en un caso, al menos, realmente satisfactorio. Unas cuantas cartas de autores amigos. Un amable corresponsal, autor de un libro único y famoso, reprochaba a Sebastian (4 de abril de 1928) que fuera conradish (por la afinidad de su inglés con el de Conrad) y le sugería que dejara el «con» y cultivara el radish (rábano) en obras futuras. Me pareció una soberana tontería.

Por fin, en el fondo mismo del montón, llegué a las cartas de mi madre y a las mías propias, mezcladas con varias de sus camaradas de universidad. Y mientras luchaba un poco con sus páginas (las cartas viejas no se dejan desplegar fácilmente) comprendí de pronto cuál sería mi nuevo ámbito de indagación.

Los años que Sebastian Knight pasó en la universidad no fueron particularmente felices. Sin duda, mucho de lo que encontró en Cambridge no dejó de entusiasmarlo: al principio lo embriagó cuanto olía y veía y sentía en el país largamente anhelado. Un simón de verdad lo llevó desde la estación al Trinity College; el vehículo parecía haber esperado especialmente su llegada, luchando a duras penas con su desaparición hasta ese momento.

La untuosidad de las calles brillantes de humedad en la oscuridad brumosa, con la compensación prometida –una taza de té fuerte, un fuego generoso–, formaban una armonía que de algún modo Sebastian conocía de memoria. El puro carillón de los relojes de las torres, ya flotando sobre la ciudad, ya diluyéndose en un eco lejano de una manera extraña, hondamente familiar, se mezclaba con los gritos agudos de los vendedores de periódicos. Y al entrar en la imponente tiniebla de Great Court, donde sombras con túnicas atravesaban la niebla, al ver inclinarse ante él el sombrero del portero, Sebastian sintió que reconocía cada sensación, el olor saludable del césped húmedo, la antigua sonoridad de las lajas de piedra bajo los tacones, la silueta confusa de las paredes..., todo. Aquella peculiar exaltación duró, acaso, largo tiempo, pero había en ella otra cosa que fue predominando. A pesar de sí mismo, Sebastian comprendió –quizá con una suerte de desolado estupor, pues había esperado de Inglaterra más de lo que podía encontrar– que por más que hiciera su nuevo ambiente por satisfacer su viejo sueño, él mismo, o más bien la parte mejor de él mismo, permanecería tan solo como siempre lo había estado. La nota dominante en la vida de Sebastian era la soledad, y cuanto más gentilmente procuraba el destino hacerlo sentir en su casa, suministrándole cuanto creía necesitar, tanto más advertía él su incapacidad para encontrar su lugar en ese cuadro... y en cualquier cuadro. Cuando al fin lo comprendió y empezó, sombríamente, a cultivar la conciencia de sí como si hubiera sido algún raro talento o pasión, solo entonces encontró placer Sebastian en su monstruoso desarrollo y dejó de preocuparse por su angustiosa incompatibilidad. Pero eso fue mucho después.

En apariencia, al principio estaba aterrado por no hacer lo que debía, o por hacerlo con torpeza. Alguien le dijo que la punta dura del gorro académico debía romperse o arrancarse del todo, para mostrar solo la tela negra. No bien lo hizo

descubrió que había caído en la peor vulgaridad estudiantil: el mejor gusto consistía en ignorar el gorro y la túnica, otorgándoles así el aspecto fortuito de las cosas insignificantes a las que, de otro modo, se habría atribuido demasiada importancia. Con cualquier tiempo, sombreros y paraguas estaban prohibidos y Sebastian se empapaba y atrapaba resfriados hasta que un día conoció a un tal D. W. Gorget, un muchacho delicioso, indolente, locuaz y llano, renombrado por su turbulencia, su elegancia y su ingenio: y Gorget se pavoneaba con sombrero y paraguas. Quince años después, cuando visité Cambridge y el mejor amigo de Sebastian (ahora un eminente erudito) me contó todo eso, observé que todos parecían llevar...

–Naturalmente –me dijo–: el sombrero de Gorget se ha reproducido.

–Dígame usted –le pregunté–: ¿y en cuanto a los deportes? ¿Era un buen jugador Sebastian?

Mi informante sonrió.

–Lamento decirle que, salvo un poco de tenis liviano, en una cancha mojada, con una o dos margaritas en las peores partes, ni Sebastian ni yo nos sentíamos muy entusiasmados por esa clase de diversiones. Recuerdo que su raqueta era muy cara y sus pantalones muy favorecedores. En general, él siempre estaba irreprochable. Pero su servicio era una caricia femenina y corría de un lado a otro sin acertar con la pelota. Yo no lo superaba mucho: nuestro juego consistía sobre todo en recoger pelotas mojadas del suelo o en arrojarlas a los jugadores de las pistas adyacentes..., todo ello bajo una llovizna persistente. Sí, no hacía figura muy brillante en los deportes.

–¿Eso lo preocupaba?

–En cierto modo. En los primeros tiempos se sentía amargado por la idea de su inferioridad en ese sentido. Cuando conoció a Gorget, fue en mi cuarto, el pobre Sebastian habló tanto de tenis que el muchacho acabó preguntándole si para ese juego se utilizaba un palo. Eso tranquilizó a Sebastian y le hizo pensar que Gorget no era mejor que él en el deporte.

– ¿Era así, en efecto?

–Oh, bueno... Era campeón de rugby, pero quizá no se preocupara mucho por el tenis. De todos modos, Sebastian no tardó en olvidar el complejo del tenis. Y

hablando en general...

Estábamos sentados en la penumbra, en un cuarto con paneles de roble. Nuestros sillones eran tan bajos que era muy fácil alcanzar las tazas de té, humildemente posadas sobre la alfombra. El espíritu de Sebastian parecía fluctuar sobre nosotros con el centelleo del fuego, reflejado en los pomos de bronce de la chimenea. Mi interlocutor lo había conocido tan íntimamente que lo creí acertado cuando me sugirió que el complejo de inferioridad de Sebastian provenía de su afán de anglicizarse sin lograrlo y de persistir en ello hasta comprender que no eran esas formas extrínsecas las que lo traicionaban, sino el hecho mismo de luchar por ser y conducirse como los demás, cuando estaba definitivamente condenado al solitario confinamiento de su propia personalidad.

Con todo, había hecho lo posible por ser un estudiante corriente. Envuelto en una bata marrón y con viejas pantuflas, salía en las mañanas de invierno, con la jabonera y la esponja, rumbo a los baños, a la vuelta de la esquina. Desayunaba en el refectorio, el porridge gris y mortecino como el cielo sobre Great Court, y mermelada de naranja, de matiz idéntico a la enredadera de las paredes. Montaba su bicicleta y con la túnica echada sobre los hombros pedaleaba hacia tal o cual sala de conferencias. Almorzaba en Pitt (que, según entendí, era una especie de club, quizá con retratos de caballos en las paredes y mozos antiquísimos que planteaban el eterno dilema: ¿espeso o líquido?). Jugaba a los fives (sea esto lo que fuere) o a cualquier otro juego parecido, y después tomaba el té con dos o tres amigos. La conversación se prolongaba entre pipas y bizcochos, evitando cuidadosamente cosas ya dichas por los demás. Acaso había una o dos conferencias antes de comer, y después otra vez el refectorio, un lugar muy interesante que no dejaron de enseñarme. En ese momento estaban barriéndolo y era como si hiciera cosquillas a las gordas y blancas pantorrillas de Enrique VIII.

—¿Dónde se sentaba Sebastian?

—Allí, contra la pared.

—Pero ¿cómo conseguía llegar hasta ese lugar? La mesa parece medir kilómetros...

—Solía encaramarse al banco y pasar sobre la mesa. A veces se pisaba algún plato, pero esa era la costumbre.

Después, terminada la comida, volvía a sus habitaciones, o quizá iba con algún

compañero silencioso al cine de la plaza del mercado, donde pasaban una película del Oeste o salía Charlie Chaplin huyendo del malo y desapareciendo por la esquina.

Dos o tres períodos transcurrieron de ese modo, hasta que ocurrió un cambio curioso en Sebastian. Dejó de entusiasmarse por lo que suponía que debía entusiasmarle y volvió serenamente a cuanto le preocupaba realmente. En lo exterior ese cambio redundó en un abandono del ritmo de vida universitario. No veía a nadie, salvo a mi informante, quizá el único hombre en su vida con el que se había mostrado franco y natural. Comprendo que los uniera una hermosa amistad, pues ese apacible estudioso me impresionó como el ser más dulce que pudiera imaginarse. A los dos les interesaba la literatura inglesa, y el amigo de Sebastian ya planeaba por entonces su primera obra, Las leyes de la imaginación literaria, que dos o tres años después le valió el premio Montgomery.

–Debo confesar –dijo mientras acariciaba a un suave gato azulino de ojos verdes, aparecido quién sabe de dónde y que se había acomodado en su regazo– que sentía lástima por Sebastian en ese primer período de nuestra amistad. Cuando no lo encontraba en la sala de conferencias, iba a sus habitaciones y lo encontraba en la cama, acurrucado como un niño dormido, pero fumando con aire sombrío, con la almohada cubierta de ceniza y las sábanas, que colgaban hasta el suelo, manchadas de tinta. Un gruñido respondía a mi enérgico saludo y no se dignaba siquiera cambiar de posición. Yo daba unas vueltas y, cerciorado de que no estaba enfermo, me marchaba a almorzar. Después volvía a visitarlo, solo para comprobar que no había hecho más que cambiar de posición y utilizar una pantufla como cenicero. Le preguntaba si quería algún alimento, pues su despensa estaba siempre vacía, y cuando le llevaba unas bananas, se alegraba como un mono y empezaba a fastidiarme con una serie de afirmaciones oscuramente inmorales, relativas a la Vida, la Muerte o Dios. Lo hacía sencillamente porque sabía que me fastidiaba, aunque nunca supuse que creyera de veras cuanto decía. Al fin, a eso de las tres o cuatro de la tarde, se ponía la bata y se arrastraba al salón, donde, disgustado, lo dejaba hecho un ovillo junto al fuego y rascándose la cabeza. Al día siguiente, mientras yo trabajaba en mi agujero, oía un estrépito en la escalera y Sebastian irrumpía en el cuarto, limpio, fresco, excitado, con un poema que acababa de escribir.

Todo eso es muy verosímil, y un detalle del relato me pareció especialmente patético. Parece que el inglés de Sebastian, aunque fluido y correcto, era decididamente el de un extranjero. Arrastraba las erres iniciales y cometía

curiosos errores, por ejemplo «he cazado un resfriado» o «es un tipo gracioso» (por «un tipo simpático»). Acentuaba mal palabras como «interesante» o «laboratorio». Pronunciaba equivocadamente palabras como «Sócrates» o «Desdémona». Una vez corregido, nunca repetía el error, pero el hecho mismo de su inseguridad con algunas palabras lo atormentaba y solía enrojecer vivamente cuando, a causa de una falta de pronunciación, algún interlocutor no muy despierto no entendía una expresión suya. En aquella época escribía mucho mejor de lo que hablaba, pero en sus poemas también había algo vagamente no inglés. Yo no conocía ninguno de ellos. Claro que su amigo pensaba que solo uno o dos...

Dejó el gato sobre la alfombra y durante un rato escudriñó entre los papeles de un cajón, pero no encontró nada.

—Quizá en alguno de mis baúles, en casa de mi hermana —dijo vagamente—. Pero no estoy del todo seguro... Estas cosillas acaban siempre olvidadas, tanto más cuanto que el propio Sebastian se habría alegrado de su pérdida.

—A propósito —dije—, el pasado que usted recuerda es siempre sombrío, meteorológicamente hablando: tan sombrío como el día de hoy (era un lluvioso día de febrero). Dígame usted, ¿nunca había días tibios y soleados? ¿No habla Sebastian de «los rosados candeleros de los grandes nogales en las márgenes de un río hermoso»?

Sí, tenía razón, la primavera y el verano se presentaban en Cambridge casi todos los años (ese «casi» era singularmente delicioso). Sí, a Sebastian le encantaba pasear en bote por el Cam. Pero lo que más le gustaba era andar en bicicleta en la oscuridad por un determinado sendero, en la pradera. Después se sentaba en una valla para contemplar las nubes rosadas, que se volvían de un oscuro tono cobrizo en el pálido cielo crepuscular, y pensaba en cosas. ¿En qué cosas? ¿En aquella muchacha barriobajera, de pelo aún partido en trenzas, que había seguido una vez para hablarle y besarla, pero que nunca había vuelto a ver? ¿En la forma de una nube? ¿En algún brumoso ocaso más allá de un negro bosque de abetos en Rusia (ah, cuánto habría dado por que hubiese tenido ese recuerdo)? ¿En el significado recóndito de la hierba y las estrellas? ¿En el desconocido lenguaje del silencio? ¿En el peso terrible de una gota de rocío? ¿En la belleza desgarradora de un guijarro entre millones y millones de guijarros, cada uno con su propio sentido?, pero ¿qué sentido? ¿En el viejo interrogante «¿Quién eres?»? ¿En el propio yo, extrañamente evasivo en el crepúsculo, en el mundo de Dios a

su alrededor, al que nadie ha tenido nunca acceso? O bien, acaso nos acerquemos más a la verdad si suponemos que Sebastian, sentado en esa valla, dejaba que su mente se perdiera en un tumulto de palabras e imaginaciones, imaginaciones incompletas y palabras insuficientes; tal vez supiera ya que esta y solo esta era la realidad de su vida, y que su destino estaba más allá de ese campo de batalla fantasmal que atravesaría en el momento oportuno.

—¿Si me gustaban sus libros? Oh, muchísimo. No lo vi mucho después de Cambridge, y nunca me mandó uno solo de sus libros. Los escritores, como usted sabe, son olvidadizos. Pero un día compré tres de ellos en una librería y pasé muchas noches leyéndolos. Siempre había estado seguro de que escribiría algo bueno, pero nunca llegué a suponerlo capaz de algo tan bueno. Durante su último año aquí... No sé qué le pasa a este gato, es como si fuera la primera vez que ve leche...

Durante su último año en Cambridge, Sebastian había trabajado intensamente; su tema, la literatura inglesa, era vasto y difícil. Pero ese mismo período se caracterizó por repentinos viajes a Londres, por lo común sin permiso de la superioridad. Su profesor, el difunto Mr. Jefferson, era un viejo señor tremendamente obtuso, según me informaron, pero a la vez un excelente lingüista que insistía en considerar ruso a Sebastian. En otras palabras, llevaba a Sebastian al límite de la exasperación diciéndole cuantos términos rusos conocía —un hermoso conjunto recogido durante un viaje a Moscú, años antes— y pidiéndole que le enseñara algunos más. Un día, por fin, Sebastian estalló y dijo que había un error: él no había nacido en Rusia, a decir verdad, sino en Sofía. Después de lo cual el anciano, encantado, empezó a hablar en búlgaro. Sebastian arguyó confusamente que no era ese su dialecto y, emplazado a suministrar un ejemplo, presentó un nuevo idioma que dejó perplejo al viejo lingüista, hasta que se le ocurrió que Sebastian...

—Bueno, creo que ha agotado usted mis reservas —dijo mi informante con una sonrisa—. Mis reminiscencias son cada vez más superficiales y baladíes... y apenas me parece necesario añadir que Sebastian obtuvo un primer premio y nos tomaron una fotografía para la posteridad... La buscaré y se la enviaré, si le interesa. ¿De veras tiene usted que marcharse ya? ¿No le gustaría ver la parte posterior? Acompañeme, quiero mostrarle los azafranes, que Sebastian llamaba «los hongos del poeta», si entiende usted la alusión...

Pero llovía demasiado. Nos quedamos uno o dos minutos bajo el pórtico, y al fin

dije que prefería marcharme.

–Ah, oiga –me llamó el amigo de Sebastian cuando ya me alejaba, evitando los charcos–. Había olvidado un detalle. El rector me dijo el otro día que alguien le había escrito para preguntarle si Sebastian Knight había pertenecido realmente al Trinity. ¿Cómo se llamaba el tipo?... Hmmmm, qué lástima... Mi memoria está cada vez peor. Bueno, de todos modos la hemos exprimido, ¿eh? Lo cierto es que entiendo que alguien recoge materiales para escribir un libro sobre Sebastian Knight. Qué divertido, no me parece que tenga usted...

–¿Sebastian Knight? –dijo repentinamente una voz en la niebla–. ¿Quién habla de Sebastian Knight?

El extraño que había dicho esas palabras se acercó. Ah, cómo suspiro a veces por el movimiento fácil de una novela bien acabada. Qué cómodo habría sido que la voz perteneciera a un viejo y alegre profesor de orejas velludas con grandes lóbulos y un destello en los ojos revelador de la malicia y el saber... Un personaje cercano, un transeúnte bienvenido que también hubiese conocido a mi héroe, aunque desde otro ángulo diferente. «Pues bien –habría dicho–, voy a contarle la verdadera historia de los años universitarios de Sebastian Knight.» Y se habría sumergido de lleno en el relato. Por desgracia, no ocurrió nada de eso. Esa Voz en la Niebla resonó en el ámbito más oscuro de mi mente. No era sino el eco de alguna verdad posible, un aviso oportuno: guárdate de las personas de buena fe. Recuerda que cuanto te dicen llega a través de tres metamorfosis: construido por el narrador, reconstruido por el oyente, oculto a ambos por el protagonista, ya muerto, del relato. ¿Quién habla de Sebastian Knight?, repite la voz en mi conciencia. ¿Quién? Su mejor amigo y su hermanastro. Un apacible estudioso, alejado de la vida, y un viajero aturdido que visita una tierra distante. ¿Y dónde está el tercer personaje? Se pudre tranquilamente en el cementerio de St. Damier. Vive una vida radiante en sus cinco volúmenes. Atisba invisible por encima de mi hombro mientras escribo esto (aunque me atrevo a decir que recelaba demasiado del lugar común de la eternidad para creer siquiera en su propio espectro).

De todos modos, en mis manos tenía el botín que la amistad había podido ofrecerme. Le sumé los pocos datos ocasionales tomados de las brevísimas cartas de Sebastian escritas en ese período y las referencias fortuitas a la vida universitaria espigadas en sus libros. Después volví a Londres, donde ya había proyectado mi próxima gestión.

Durante nuestro último encuentro Sebastian había aludido a una especie de secretario que empleaba de cuando en cuando, entre 1930 y 1934. Como muchos autores en el pasado y muy pocos en la actualidad (¿o quizá no reparamos en quienes no consiguen arreglar de manera brillante sus negocios?), Sebastian era ridículamente inexperto en asuntos pecuniarios. Cuando daba con un consejero (que al fin se revelaba un necio o un estafador o ambas cosas a la vez) confiaba enteramente en él, con el mayor alivio. Cuando por casualidad le preguntaba yo

si tal o cual persona que se encargaba de sus asuntos no era un granuja entrometido, cambiaba rápidamente de tema: a tal punto lo atemorizaba descubrir la mala fe ajena y tener que abandonar su pereza para actuar. En una palabra, prefería el peor de los administradores a su esfuerzo personal y se convencía a sí mismo y a los demás de que estaba plenamente satisfecho de su elección. Después de decir esto debo apresurarme a destacar enérgicamente el hecho de que ninguna de mis palabras es –desde un punto de vista legal– calumniosa, y que el nombre que estoy a punto de consignar no ha aparecido en este párrafo determinado.

Lo que yo deseaba de Goodman no era tanto un relato de los últimos años de Sebastian –cosa que no necesitaba, ya que mi propósito era rastrear su vida paso a paso, sin interrupciones–, sino apenas obtener algunas sugerencias sobre las personas a quienes debería visitar para saber algo sobre el período posterior a Cambridge.

Así, el primero de marzo de 1936 fui a la oficina de Goodman, en Fleet Street. Pero ha de permitírseme una breve digresión antes de que describa esa entrevista.

Entre las cartas de Sebastian encontré, como he dicho, alguna correspondencia entre él y su editor relativa a la publicación de una novela. Parece que en el primer libro de Sebastian, *Caleidoscopio* (1925), uno de los personajes secundarios es un remedo burlón y cruel de cierto autor vivo al que Sebastian juzgó necesario castigar. Desde luego, el editor lo supo en seguida y la cosa lo incomodó tanto que aconsejó a Sebastian modificar el pasaje entero, a lo cual Sebastian se negó de lleno, diciendo que imprimiría el libro en otra parte..., cosa que hizo, en efecto.

«Parece usted preguntarse –escribió en una carta– por qué diantres un escritor como yo, “en capullo” (expresión absurda, porque un autor “en capullo”, como el que usted imagina, sigue siéndolo toda la vida, mientras que otros, como yo, florecen instantáneamente), parece usted preguntarse, permítame repetirlo (lo cual no significa que me excuso por ese paréntesis proustiano), por qué diablos he de tomar yo la delicada porcelana azul contemporánea (¿no recuerda X esas baratijas de porcelana que nos incitan a una orgía de destrucción), para dejarla caer desde la torre de mi prosa al arroyo. Me dice usted que es un autor ampliamente estimado; que sus ventas en Alemania son casi tan tremendas como aquí; que *Obras maestras de nuestros días* ha escogido uno de sus viejos cuentos;

que juntamente con Y y Z es considerado uno de los escritores más prominentes de la generación de “posguerra”; y por fin, aunque no lo menos importante, que es peligroso como crítico. Parece usted insinuar que todos debemos mantener el oscuro secreto de su éxito, que es viajar en segunda clase con billete de tercera o, si mi imagen no es bastante clara, cultivar el gusto de la peor categoría de lectores: no los que se deleitan con historias policiacas, benditos sean, sino los que compran las peores trivialidades porque los sacuden con moderneces, una pizca de Freud o de “monólogo interior”, sin llegar a comprender nunca que los verdaderos cínicos de hoy son las sobrinas de Marie Corelli² y los sobrinos de Mrs. Grundy.³ ¿Por qué debemos guardar este secreto vergonzoso? ¿Qué masonería de vulgaridad, o más bien de triteísmo,⁴ es esta? ¡Abajo los ídolos de cartón! Y me sale usted con que mi “carrera literaria” quedará seriamente comprometida en sus comienzos por mi ataque a un escritor estimado e influyente. Pero aun cuando existiera eso que llama usted “carrera literaria” y yo quedara descalificado por cabalgar mi propio caballo, me negaría a modificar una sola palabra en lo que he escrito. Créame usted, ningún castigo inminente puede ser bastante violento para hacerme abandonar la busca de mi placer, sobre todo cuando ese placer es el pecho joven y firme de la verdad. No existen, en realidad, muchas cosas comparables en la vida al deleite de la sátira. Y si imagino la cara del farsante cuando lea (cosa que no dejará de hacer) ese pasaje y sepa tanto como nosotros que es la verdad, el deleite llegará a su clímax. Permítame agregar que si he retratado fielmente no solo el mundo interior de X (que no es más que una estación de metro en horas punta) sino también los ardides de su estilo y su conducta, niego con energía que él o cualquier otro lector pueda encontrar el menor rasgo vulgar en el pasaje que tanto lo alarma. Deje usted de preocuparse, pues. Recuerde, además, que me atribuyo toda la responsabilidad moral y comercial, en el caso de que tenga usted de veras “dificultades” con mi inocente librito.»

Cito esta carta (aparte de su importancia para mostrar el brillante estilo juvenil de Sebastian, que habría de subsistir después como un arco iris tendido sobre la tremenda lobreguez de sus cuentos más oscuros) para plantear una cuestión harto delicada. Dentro de un minuto o dos, Goodman aparecerá en carne y hueso. El lector sabe ya hasta qué punto desapruébo el libro de ese señor. Sin embargo, durante nuestra primera (y última) entrevista nada sabía yo sobre su obra (si puede llamarse obra una compilación tan apresurada). Me acerqué a Goodman sin prevenciones; ahora estoy muy prevenido y, desde luego, tal circunstancia no puede sino influir en mi descripción. Al mismo tiempo, no veo muy bien cómo presentaré mi entrevista con él sin aludir, siquiera tan discretamente como en el

caso del amigo universitario de Sebastian, a las maneras, si no al aspecto, de Goodman. ¿Seré capaz de detenerme aquí? ¿No irrumpiré en estas páginas la cara de Goodman, con justa indignación de su propietario, que sin duda leerá estas líneas? He estudiado la carta de Sebastian para llegar a la conclusión de que lo que Sebastian Knight podía permitirse con respecto a Mr. X me está negado con respecto a Goodman. La franqueza del genio de Sebastian no puede equipararse a la mía, y yo solo hubiese logrado parecer grosero donde él habría podido resultar brillante. Al entrar en el estudio de Goodman me siento, pues, como andando sobre una capa delgadísima de hielo y debo ir con mucho tiento.

–Siéntese usted, por favor –me dijo, señalándome cortésmente un sillón de piel, junto a su escritorio.

Iba vestido con mucha elegancia, aunque en estilo demasiado londinense. Una máscara negra le escondía el rostro.

–¿Qué puedo hacer por usted?

Seguía mirándome a través de sus lentes, aún con mi tarjeta en la mano. De pronto comprendí que mi nombre no le decía nada. Sebastian había adoptado el nombre de su madre.

–Soy hermanastro de Sebastian Knight –respondí.

Hubo un corto silencio.

–Espere..., empiezo a comprender –dijo Goodman–. ¿Se refiere usted al difunto Sebastian Knight, el conocido escritor?

–Al mismo.

Goodman se cogió la cara entre el pulgar y los demás dedos..., quiero decir la cara que tenía bajo su máscara..., y la apretó cada vez con más fuerza, mientras reflexionaba.

–Perdóneme usted –dijo–, pero ¿está seguro de que no hay aquí un error?

–Ninguno –contesté.

–Hmmm, conque así es la cosa... –dijo Goodman, cada vez más pensativo–.

Debo decir que nunca llegué a entenderlo. Sabía muy bien que Knight había nacido y se había educado en Rusia. Pero nunca había reparado especialmente en su nombre. Ahora comprendo... Sí, tenía que ser un nombre ruso... Su madre...

Tamborileó unos instantes con sus finos dedos blancos sobre el papel secante, y después suspiró desmayadamente.

–Bueno, lo hecho hecho está... –observó–. Demasiado tarde para agregar un... Quiero decir –continuó precipitadamente– que siento no haber pensado antes en todo esto. ¿Conque es usted su hermanastro? Bueno, estoy encantado de conocerlo.

–Ante todo –dije–, desearía arreglar algunas cuestiones de negocios. Las cartas de Knight, sobre todo las que se refieren a sus ocupaciones monetarias, no están en orden e ignoro cómo son las cosas exactamente. No he visto todavía a sus editores, pero creo que al menos uno de ellos..., la editorial que compró La montaña cómica..., ya no existe. Y antes de meterme más en ello, me dije que sería mejor hablar con usted.

–Ha hecho usted muy bien –dijo Goodman–. En realidad, quizá no sepa usted que estoy interesado en dos libros de Knight, La montaña cómica y El bien perdido. En estas circunstancias, lo mejor será que le envíe mañana, por carta, algunos detalles y una copia de mi contrato con Knight. Quizá debiera llamarlo... –Y sonriendo bajo su máscara, Goodman trató de pronunciar nuestro simple nombre ruso.

–Hay otro asunto –dije–. He resuelto escribir un libro sobre su vida y su obra, y necesito algunos informes. Usted podría, quizá...

Me pareció que Goodman se ponía en guardia. Tosió una o dos veces y hasta llegó a tomar una pastilla de una caja sobre su distinguido escritorio.

–Estimado señor –dijo, virando juntamente con su silla y haciendo girar las gafas que colgaban de un cordón–, seamos del todo francos. Conocí al pobre Knight mejor que nadie, pero... Oiga, ¿ha empezado ya a escribir ese libro?

–No.

–Pues no lo haga. Disculpe usted mi rudeza. Es una vieja costumbre, una mala costumbre, quizá. ¿No se siente usted ofendido, verdad? Bueno, lo que quiero

decir es que..., cómo explicarlo... Mire, Sebastian Knight no era lo que llamaría usted un gran escritor. Oh, sí, lo sé..., un artista exquisito y todo lo demás, pero sin atracción para el gran público. No quiero decir con esto que no pueda escribirse un libro sobre él. Sería muy posible hacerlo. Pero habría que escribirlo desde un punto de vista especial, que hiciera fascinante el tema. De lo contrario, pasará sin pena ni gloria, porque no creo, en verdad, que la fama de Sebastian Knight sea lo bastante extendida para sostener algo como la obra proyectada por usted.

Ese arranque me dejó tan perplejo que permanecí en silencio. Y Goodman siguió:

–Espero no haberlo herido con mi rudeza. Su hermanastro y yo éramos tan buenos camaradas que comprenderá usted cuáles son mis sentimientos. Pero es preferible que se abstenga, mi estimado señor, que se abstenga... Deje la cosa para algún profesional o algún experto en el mercado literario... Le explicarán cómo cualquiera que se interese en un estudio sobre la vida y la obra de Knight, tal como usted lo plantea, perdería su tiempo y el del lector. Si ni siquiera el libro de Fulano sobre el difunto (dijo el nombre de un escritor famoso) se vendió, con todas sus fotografías y facsímiles.

Agradecí a Goodman su consejo y cogí mi sombrero. Sentí que aquel hombre había resultado un fracaso y que yo había seguido una pista falsa. Sea como fuere, no me sentí inclinado a pedirle que me explicara aquellos días en que él y Sebastian habían sido tan «buenos camaradas». Me pregunto ahora cuál habría sido su respuesta. Nos dimos la mano con cordialidad y él se refugió de nuevo tras su nueva máscara, que me propuse adoptar en cuanta ocasión me fuera útil. Me acompañó hasta la puerta cristalera y allí nos separamos. Mientras bajaba la escalera, una muchacha de aspecto vigoroso que había visto escribiendo a máquina en una habitación corrió tras de mí y me detuvo. (Cosa extraña: también en Cambridge me había detenido el amigo de Sebastian.)

–Me llamo Helen Pratt –dijo–. Algo de su conversación ha llegado hasta mí y querría preguntarle una cosa. Soy muy amiga de Clare Bishop. Hay algo que ella desearía saber. ¿Podríamos hablar uno de estos días?

Dije que sí, naturalmente, y fijamos la cita.

–Conocí muy bien al señor Knight –agregó, mirándome con brillantes ojos

redondos.

–¿De veras?

–Sí... Era una personalidad sorprendente –continuó–, y no tengo reparos en decirle que abomino del libro de Goodman sobre él.

–¿Qué dice usted? ¿Qué libro?

–Oh, uno que acaba de escribir. Revisé las pruebas la semana pasada. Bueno, tengo que volver al trabajo. Muchas gracias.

Volvió corriendo a su tarea y bajé muy despacio la escalera. La cara ancha, blanda, rosada de Goodman se parecía –y se parece– notablemente a una ubre de vaca.

El libro de Goodman, *La tragedia de Sebastian Knight*, tuvo mucho éxito. Los principales periódicos y semanarios lo reseñaron con gran deferencia. Se dijo que era un libro «importante y convincente». Se alabó en el autor la «honda penetración» en un temperamento «esencialmente moderno». Se citaron pasajes para demostrar su diestro manejo de la brevedad. Un crítico llegó a quitarse el sombrero ante Goodman –que, permítaseme la acotación, se había valido del suyo solo para hablar a través de él–. En una palabra, le dieron una palmadita a Goodman cuando en realidad hubiesen debido darle un capón.

Por mi parte, habría ignorado totalmente el libro si solo se hubiera tratado de otro mal libro, condenado con los demás de su especie a ser olvidado en la estación siguiente. La Biblioteca del Olvido, con todos sus incalculables volúmenes, está incompleta sin el conato de Goodman. Pero, además de malo, el libro es otra cosa. Su tema mismo lo convierte mecánicamente en el satélite de la perdurable fama de otro hombre. Mientras se recuerde el nombre de Sebastian Knight habrá un erudito investigador que trepará una escalerilla hasta el estante donde *La tragedia de Sebastian Knight* dormite entre *La caída del hombre* de Godfrey Goodman y *Recuerdos de una vida* de Samuel Goodrich. Si insisto en ello, pues, lo hago por Sebastian Knight.

El método de Goodman es tan simple como su filosofía. Su único objeto es mostrar al «pobre Knight» como producto y víctima de lo que él llama «nuestro tiempo» –aunque siempre ha sido un misterio para mí el que algunas personas sean tan dadas a hacer partícipes a los demás de sus conceptos cronométricos–. «Angustia de posguerra», «generación de posguerra» son para Goodman como rótulos mágicos que abren cualquier puerta. En cualquier caso hay una especie de «ábrete sésamo» que parece menos un encantamiento que una llave maestra, y me temo que este sea el caso de Goodman. Pero se equivoca por completo al pensar que una vez forzada la puerta, encuentra algo. No sugiero que Goodman piense. No podría hacerlo aunque se empeñara. Su libro solo se relaciona con las ideas que (comercialmente) han probado su atracción sobre los espíritus mediocres.

Para Goodman, el joven Sebastian Knight «recién salido de la cincelada crisálida

de Cambridge» es un muchacho de aguda sensibilidad en un mundo cruel y frío. En este mundo, las «realidades exteriores se introducen con tal brutalidad en los sueños individuales más íntimos» que el espíritu de un joven se siente como asediado antes de encontrarse definitivamente frustrado. «La guerra –dice Goodman sin sombra de rubor– ha cambiado el rostro del universo.» Y sigue describiendo con brío los aspectos peculiares de la vida de posguerra que encuentra un joven «en el atormentado amanecer de su carrera»: sentimiento de gran decepción, agotamiento del alma, febril excitación física (como la «insulsa disolución del foxtrot»), sensación de futilidad. Y su resultado: inmundo libertinaje. También crueldad: el vaho de la sangre todavía en el aire; cines deslumbrantes; borrosas parejas en Hyde Park; las glorias de la estandarización; el culto a la máquina; la degradación de la Belleza, el Amor, el Honor, el Arte..., etcétera. Es realmente asombroso que Goodman, contemporáneo de Sebastian si no me equivoco, se las arreglara para vivir en años tan terribles.

Pero Sebastian no podía soportar lo mismo que Goodman. Se nos ofrece así una imagen de Sebastian que va y viene inquieto por las habitaciones de su apartamento de Londres, en 1923, después de un corto viaje al continente, el continente que «lo había rechazado de manera indescriptible con el brillo vulgar de sus infiernos de juego». Sí, «yendo y viniendo... cogiéndose la cabeza... en un arranque de conformismo... enfurecido con el mundo... solo... dispuesto a hacer cualquier cosa, pero débil, débil...». Los puntos suspensivos no indican trémolos de Goodman, sino partes de frases que he tenido la amabilidad de suprimir. «No –sigue Goodman–, no era ese un mundo para que un artista viviera en él. Estaba bien alardear de una altiva impasibilidad y dar muestras de ese cinismo que tanto nos irrita en las primeras obras de Knight y tanto nos duele en sus últimas creaciones..., estaba muy bien mostrarse desdeñoso y ultra sofisticado, pero la espina estaba allí: la espina afilada y ponzoñosa.» No sé por qué, pero la presencia de esa espina, perfectamente mítica, parece dar a Goodman una oscura satisfacción.

Sería injusto por mi parte insinuar que el primer capítulo de La tragedia de Sebastian Knight consiste exclusivamente en un espeso flujo de melaza filosófica. Reconstrucciones ambientales y anécdotas que forman el cuerpo de la obra (o sea el momento en que Goodman llega a la etapa de la vida de Sebastian en que lo conoce personalmente) también aparecen aquí como rocas de torta emergiendo del jarabe. Goodman no era Boswell; sin embargo, llevó sin duda un cuaderno de notas donde anotaba algunas observaciones de su jefe... y aparentemente algunas de ellas relativas al pasado de su jefe. En otros términos,

debemos imaginar que Sebastian solía decir en medio de su trabajo: Sabe usted, mi querido Goodman, esto me recuerda cierto día, hace varios años, en que... Y así empezaba la historia. Media docena de esas anécdotas le parecen bastante a Goodman para llenar lo que es para él un vacío: la juventud de Sebastian en Inglaterra.

El primero de esos relatos, que Goodman considera muy típico de la «vida del estudiante de posguerra», pinta a Sebastian mostrando a una joven amiga de Londres los aspectos de Cambridge. «Y esta es la ventana del decano», dice Sebastian. Y agrega, arrojando una piedra a la ventana: «Y ese es el decano.» Es innecesario decir que Sebastian le tomaba el pelo a Goodman: la historia es tan vieja como la universidad misma.

Pasemos a la segunda. Durante un corto viaje de vacaciones a Alemania (¿1921?, ¿1922?), molesto una noche Sebastian por el estrépito callejero, empezó a arrojar a los perturbadores toda clase de objetos, hasta un huevo. Al fin llamó a su puerta un polizone que le devolvió todos los objetos, salvo el huevo.

La historia proviene de un viejo (o, como diría Goodman, «de preguerra») libro de Jerome K. Jerome. Una nueva tomadura de pelo.

Tercer relato: Sebastian habla de su primera novela (no publicada y destruida) y explica que se refiere a un joven y gordo estudiante que viaja de regreso a su hogar para encontrar a su madre casada con su tío; este tío, especialista en enfermedades del oído, ha asesinado al padre del estudiante.

Goodman no captó el chiste.

Cuarta historia: en el verano de 1922 Sebastian había trabajado en exceso y padecía alucinaciones: solía ver una especie de espectro óptico, un monje de hábito negro que descendía rápidamente hacia él desde el cielo.

Esto es un poco más difícil: es un relato breve de Chéjov.

Quinto:

Pero creo que será mejor detenerse aquí, pues Goodman amenaza con volverse un centípedo. Que no pase de cuadrúpedo. Lo siento por él, pero no podemos remediarlo. ¡Si por lo menos no hubiese recordado y comentado esos «curiosos incidentes y fantasías» con tanto interés, con tal abundancia de deducciones!

Descortés, arbitrario, enloquecido, Sebastian se debate en un perverso mundo de demonios, aeronautas, nulidades... Bueno, quizá hubiera algo de cierto en todo ello.

Quiero ser matemáticamente preciso. No me perdonaría perder el fragmento más pequeño de verdad solo porque en cierto punto de mi indagación un montón de desechos me cegó de rabia. ¿Quién habla de Sebastian Knight? Su antiguo secretario. ¿Fueron amigos? No..., como hemos de verlo más adelante. ¿Hay algo real o posible en el contraste entre un Sebastian frágil y anheloso y un mundo perverso y fatigado? En modo alguno. ¿Había acaso otra especie de abismo, de falla, de ruptura? Sí, la había.

Basta apenas volver las primeras treinta páginas de El bien perdido para comprobar hasta qué punto equivoca Goodman (que, entre paréntesis, nunca ofrece citas que puedan oponerse a la idea central de su falaz libro) la actitud interior de Sebastian frente al mundo exterior. Para Sebastian nunca existió el año 1914 ni el año 1920 ni el año 1936..., siempre se movió en el año 1. Titulares de periódicos, teorías políticas, ideas en boga no significaban para él más que la gárrula literatura (en tres idiomas, con errores en dos de ellos por lo menos) en el envase de algún jabón o alguna pasta dentífrica. La espuma podía ser abundante y el anuncio convincente, pero todo acababa allí. Sebastian podía comprender muy bien que pensadores sensibles e inteligentes no pudieran dormir a causa de un terremoto en la China, pero su naturaleza le impedía comprender por qué esas mismas personas no sentían el mismo espasmo de dolor rebelde ante alguna calamidad semejante ocurrida tantos años antes como kilómetros los separaban de la China. Tiempo y espacio eran para él medidas de la misma eternidad de modo que la idea de reaccionar de algún modo especialmente «moderno» ante lo que Goodman llama «la atmósfera de la Europa de la posguerra» es del todo absurda. Sebastian se sentía unas veces feliz y otras incómodo en el mundo en que le había tocado vivir, así como un viajero puede entusiasmarse por determinados aspectos de su travesía y al mismo tiempo padecer las náuseas del mareo. Nacido en cualquier época, Sebastian se habría mostrado igualmente dichoso e infeliz, alegre y aprensivo, como un niño en una pantomima que de cuando en cuando piensa en el dentista del día siguiente. Y la razón de su inquietud no era que fuese moral en un mundo inmoral, o inmoral en un mundo moral, ni el tormento de su juventud pujante en un mundo que era un sucederse demasiado rápido de funerales y fuegos de artificio. Era sencillamente su conciencia de que el ritmo de su ser íntimo era tanto más brioso que el de otros espíritus. Ya durante el fin de su período de

Cambridge, y quizá antes aún, sabía que su sensación o su pensamiento más ínfimo tenía por lo menos más dimensión que los de sus vecinos. Pudo jactarse de ello, si en su naturaleza hubiese existido algo de exhibicionista. Pero como no era así, no le quedaba sino la extrañeza de ser un cristal en medio del vidrio, una esfera entre círculos. Pero todo eso no era nada comparado con lo que sintió al sumergirse definitivamente en su labor literaria.

«Era tan tímido –escribe Sebastian en *El bien perdido*– que siempre me las arreglaba de algún modo para cometer la falta que estaba ansioso por evitar. En mi desastrosa tentativa de armonizar con el color de mi ambiente solo podía compararme a un camaleón ciego ante los colores. Mi timidez habría sido más fácil de sobrellevar –para mí y para los demás– si hubiese pertenecido a la especie habitual de los fofos y granujientos: más de un muchacho pasa por esta etapa y nadie se asombra. Pero en mí, la timidez adquiría una forma morbosa y secreta que nada tenía que ver con las perturbaciones de la adolescencia. Entre las invenciones más frecuentes de la casa de las torturas hay una que consiste en prohibir el sueño al prisionero. Muchas personas viven sus días con tal o cual parte de su mente en un dichoso estado de somnolencia: un hombre hambriento que come su bistec está concentrado en su alimento y no, por ejemplo, en el recuerdo de un sueño con ángeles que llevan los sombreros de copa que vio por casualidad siete años antes. Pero en mi caso, todas las persianas, tapaderas y puertas de mi mente estaban simultáneamente abiertas a cualquier hora del día. Muchos cerebros tienen sus domingos, pero al mío le estaba negado siquiera medio día de descanso. Ese estado de constante vigilia era muy penoso, no solo por sí mismo, sino también por sus resultados inmediatos. Cualquier acto ordinario que debiera llevar a cabo adquiría un aspecto tan complicado, provocaba tal multitud de asociaciones de ideas en mi mente, y esas asociaciones eran tan oscuras y tortuosas e inútiles para su aplicación práctica, que yo olvidaba el asunto que traía entre manos, o bien me metía en un lío a causa de mi nerviosismo. Una mañana fui a visitar al director de una revista que, pensaba, podía publicar algunos de mis poemas de Cambridge: cierto peculiar tartamudeo del individuo, unido a una determinada combinación de ángulos en el diseño del techo y la chimenea, todo ello ligeramente deformado por un bollo en un vidrio de la ventana (sumado al extraño olor a moho de la habitación: ¿grosas pudriéndose en la papelera?), hizo que mis pensamientos se extraviaran por caminos tan largos e intrincados que, en vez de decir lo que me había propuesto, súbitamente empecé a hablarle a aquel hombre a quien veía por primera vez sobre los proyectos literarios de un amigo mutuo que, según recordé demasiado tarde, me había pedido que mantuviera el secreto...

»... Como conocía muy bien los peligrosos altibajos de mi conciencia temía ver a la gente, herir su sensibilidad o ponerme en ridículo ante ella. Pero esa misma cualidad o defecto que tanto me atormentaba cuando me enfrentaba con lo que se llama el lado práctico de la vida (si bien, y quede esto entre nosotros, quienes llevan o venden libros me parecen extrañamente irreales), se volvía un instrumento de exquisito placer no bien me abandonaba a mi soledad. Estaba profundamente enamorado del país que era mi hogar (en la medida en que mi naturaleza podía concebir la noción de hogar); tenía mis estados de ánimo a lo Kipling, a lo Rupert Brooke y a lo Housman. El perro del ciego en las vecindades de Harrods o las tizas coloreadas de un artista de la acera; las hojas pardas durante un paseo por New Forest o una bañera de hojalata colgada sobre la negra pared de ladrillos en un suburbio; una fotografía en Punch o un pasaje flamígero en Hamlet, todo formaba una armonía nítida en la que también a mí me correspondía un discreto lugar. Mi recuerdo del Londres de mi juventud es el recuerdo de infinitos, vagarosos paseos, de una ventana incendiada por el sol que súbitamente atraviesa la bruma azul de la mañana o de hermosos hilos eléctricos con gotas de lluvia suspendidas en ellos. Me parece que atravieso con pasos inmateriales tierras espectrales y salones de baile que tiemblan al son de la música hawaiana... Me deslizo por encantadoras callejas míseras, de bonitos nombres, hasta llegar a un hueco cálido donde algo muy parecido a la esencia más íntima de mi ser está acurrucado en la oscuridad.»

Lástima que Goodman no tuviera tiempo para estudiar este pasaje, aunque es hartamente dudoso que hubiera sido capaz de entender su sentido.

Tuvo la amabilidad de enviarme un ejemplar de su libro. En la carta con que lo acompañaba me explicaba en tono bastante zumbón –que era el equivalente epistolar de un guiño– que si no había mencionado el libro durante nuestra entrevista era porque quería presentármelo como una maravillosa entrevista. Su tono, sus risotadas, su pomposo ingenio, todo ello sugería la imagen de un viejo gruñón amigo de la familia que se hiciera presente con un precioso regalo para el más pequeño. Pero Goodman no es un buen actor. No pensó siquiera un instante que yo me alegraría con su libro o con el hecho de que se había excedido en sus poderes dando publicidad al nombre de un miembro de mi familia. Sabía muy bien que su libro era una basura, sabía que ni su tapa, ni la faja, ni la solapa del libro, ni las reseñas o resúmenes de la prensa podían engañarme. No es muy claro el motivo por el cual juzgó más prudente mantenerme en la ignorancia. Quizá me creyera capaz de sentarme a escribir en un dos por tres mi libro y tenerlo listo justo a tiempo para hacerlo competir con el suyo.

Pero no se limitó a enviarme su libro. Me obsequió, además, con el informe que me había prometido. No es este el lugar para discutir tal cuestión. He remitido todo a mi abogado, que me ha hecho llegar sus conclusiones. Me limitaré a decir que sacó el partido más indigno del candor de Sebastian en asuntos prácticos. Goodman nunca fue un verdadero agente literario. No pertenece de veras a esa profesión inteligente, honrada y laboriosa. No seguiré con este tema; pero no he acabado todavía con La tragedia de Sebastian Knight o más bien con La farsa de Goodman.

Pasaron dos años después de la muerte de mi madre antes de que volviera a ver a Sebastian. Una tarjeta postal es cuanto tuve de él durante ese tiempo, además de los cheques que insistía en mandarme. Una mustia y gris tarde de noviembre o diciembre de 1924, mientras caminaba por los Campos Elíseos hacia Étoile, vi súbitamente a Sebastian a través de los cristales de un café muy popular. Recuerdo que mi primer impulso fue seguir mi camino, tanto me apenó el brusco descubrimiento de que había llegado a París sin comunicarse conmigo. Pero un segundo pensamiento me hizo entrar. Vi la nuca oscura y brillante de Sebastian y el rostro inclinado, con gafas, de la muchacha que estaba sentada frente a él. Leía una carta que, mientras me acercaba, tendió a Sebastian con una sonrisa tenue al tiempo que se quitaba sus gafas de concha.

–¿No es increíble? –preguntó Sebastian justo cuando yo apoyaba una mano sobre su frágil espalda–. Oh, cómo estás, V. –me dijo–. Este es mi hermano, Miss Bishop. Siéntate, ponte cómodo.

La muchacha era guapa, con un aire apacible, piel pecosa, mejillas ligeramente hundidas, ojos grises y miopes, boca fina. Llevaba un traje sastre gris, un chal azul y sombrerito de tres picos. Creo que tenía el pelo rizado.

–Estaba a punto de llamarte –dijo Sebastian, me temo que sin demasiada sinceridad–. Apenas voy a estar aquí medio día: mañana me marcho a Londres nuevamente. ¿Qué quieres tomar?

Ellos bebían café. Clare Bishop, batiendo las pestañas, escudriñó en su bolso, encontró su pañuelo y se sonó sucesivamente las rojas aletas de su nariz.

–Mi resfriado empeora –dijo, y cerró el bolso.

–Oh, magníficamente –dijo Sebastian como respuesta a una pregunta obvia–. En realidad, acabo de escribir una novela, y al editor que he elegido debe de gustarle, a juzgar por su alentadora carta. Hasta parece aprobar el título, Petirrojo devuelve el golpe, que Clare no aprueba.

–Me parece tonto –dijo Clare–; además, un pájaro no puede devolver ningún

golpe...

–Es una alusión a una conocida canción de cuna –me explicó Sebastian.

–Una alusión muy tonta –dijo Clare–. El primer título era mucho mejor.

–No sé... El prisma... El prismático... El caleidoscopio –murmuró Sebastian–. No es exactamente lo que quiero... Lástima que Petirrojo sea tan impopular...

–Un título debe sugerir el color del libro, no su tema –dijo Clare.

Fue aquella la primera y también la única vez que Sebastian discutió en mi presencia una cuestión literaria. Además, muy pocas veces lo había visto tan alegre. Parecía vestido de punta en blanco. Su cara pálida, de rasgos finos, con su sombra leve en las mejillas –era de esos desdichados que tienen que afeitarse dos veces cuando han de comer fuera de casa–, no mostraba ni una huella de aquel tinte enfermizo que era tan habitual en él. Sus orejas anchas y ligeramente puntiagudas estaban encendidas, como le ocurría cuando se sentía agradablemente excitado. Yo, por mi parte, estaba mudo y tenso. De algún modo, comprendía que era inoportuno.

–Vayamos al cine o a cualquier parte –dijo Sebastian, hurgando con dos dedos en el bolsillo del chaleco.

–Como quieras –dijo Clare.

–*Gah-song* –llamó Sebastian.

Ya había advertido antes que procuraba pronunciar el francés como un verdadero inglés.

Durante unos instantes buscamos bajo la mesa y las sillas un guante de Clare. Clare usaba un perfume agradable y fresco. Al fin encontramos su guante, era de cabritilla gris, con forro blanco y manopla a rayas. Se puso los guantes con parsimonia, mientras Sebastian y yo empujábamos la puerta giratoria. Era más bien alta, muy erguida, con caderas firmes y zapatos sin tacones.

–Escuchad... –dije–. Lo siento, pero no puedo acompañaros al cine. Lo siento muchísimo, pero tengo cosas que hacer esta noche... Quizá... Pero ¿cuándo te marchas, exactamente?

–Oh, esta noche –contestó Sebastian–. Pero volveré pronto... Siento no habértelo hecho saber antes. De todos modos, podemos andar juntos un trecho.

–¿Conoce usted bien París? –pregunté a Clare.

–Mi paquete –dijo ella, parándose de golpe.

–Oh, iré a buscártelo –dijo Sebastian.

Regresó al café.

Los dos seguimos muy lentamente por la amplia acera. Repetí tímidamente mi pregunta.

–Sí, bastante bien –dijo ella–. Tengo amigos aquí... Me quedaré con ellos hasta Navidad.

–Sebastian tiene un aspecto magnífico –dije.

–Sí, creo que sí –dijo Clare, mirando por encima de su hombro y haciéndome un guiño–. Cuando lo conocí parecía un condenado a muerte.

–¿Cuándo fue eso? –debí de preguntar, porque ahora recuerdo su contestación:

–Esta primavera, en Londres, durante una reunión espantosa; pero él siempre tiene un aire tétrico en las reuniones.

–Aquí tienes tus bongos-bongos –dijo Sebastian detrás de nosotros.

Les dije que iba hacia la estación de metro de Étoile y giramos hacia la izquierda. Cuando íbamos a cruzar la Avenue Kleber, una bicicleta estuvo a punto de derribar a Clare.

–Tontuela –dijo Sebastian, tomándola del brazo.

–Demasiadas palomas –dijo ella cuando alcanzamos el bordillo.

–Sí. Y huelen –agregó Sebastian.

–¿A qué huelen? Tengo la nariz tapada –dijo ella, husmeando el aire y escrutando la densa multitud de gordas aves que pululaban a nuestros pies.

–A lirios y goma –dijo Sebastian.

El estrépito de un gran camión en el acto de evitar a un camión de mudanzas dispersó en el cielo las aves. Se posaron en el friso gris-perla y negro del Arco de Triunfo y cuando algunas de ellas se movieron de nuevo pareció que se animaban los bajorrelieves. Pocos años después encontré esa imagen, «piedra transformada en alas», en el tercer libro de Sebastian.

Cruzamos más avenidas y al fin llegamos a la balaustrada blanca de la estación. Allí nos despedimos, muy alegremente... Recuerdo el impermeable de Sebastian que se alejaba y la figura gris azulada de Clare. Lo cogió del brazo y ajustó su paso al de él.

Ahora he sabido por Miss Pratt ciertas cosas que me han instado a averiguar si habían quedado cartas de Clare Bishop entre las cosas de Sebastian. Subrayó que no la enviaba Clare Bishop, que en realidad Clare Bishop ignoraba su intromisión. Se había casado tres años antes y era demasiado orgullosa para hablar del pasado. Miss Pratt la había visto una semana, poco más o menos, después de que los periódicos anunciaron la muerte de Sebastian, pero aunque las dos eran antiguas amigas (o sea que cada una sabía de la otra más de lo que cada una imaginaba), Clare no se demoró en ello.

–Espero que no haya sido demasiado infeliz –dijo tranquilamente–. Me pregunto si habrá conservado mis cartas –agregó.

Por la manera en que lo dijo, entrecerrando los ojos, por el rápido suspiro que precedió al cambio de conversación, su amiga quedó persuadida de que la habría aliviado mucho saber destruidas sus cartas. Pregunté a Miss Pratt si podía ponerme en contacto con Clare y si sería posible convencerla de que hablara conmigo sobre Sebastian. Miss Pratt respondió que, conociendo a Clare, no se atrevería a transmitirle mi petición. «Imposible», fue cuanto dijo. Durante un instante, tuve la vil tentación de insinuar que las cartas estaban en mi poder y que solo se las entregaría a Clare si me concedía una entrevista personal: tan apasionado era mi deseo de encontrarla, solo para ver cruzar por su rostro la sombra del nombre que yo pronunciaría. Pero no..., no podía hacer un chantaje con el nombre de Sebastian. Era algo inconcebible.

–Las cartas han sido quemadas –dije.

Seguí abogando por mi causa, repitiendo una y otra vez que sin duda nada se

perdía por intentarlo. ¿No podía Miss Pratt convencer a Clare, al narrarle nuestra conversación, de que mi visita sería muy breve, muy inocente?

–¿Qué es exactamente lo que quiere saber usted? –preguntó Miss Pratt–. Porque yo misma puedo decirle muchas cosas.

Habló durante largo rato de Clare y Sebastian. Lo hizo muy bien, aunque como muchas mujeres se mostró inclinada a ser algo didáctica en sus recuerdos.

–¿Quiere usted decir –la interrumpí en determinado momento de su evocación– que nadie supo nunca cuál fue el nombre de esa otra mujer?

–No –dijo Miss Pratt.

–Pero ¿cómo podré encontrarla? –exclamé.

–Nunca podrá encontrarla.

–¿Cuándo dice usted que empezó la cosa? –la interrumpí de nuevo, al referirse ella a la enfermedad de Sebastian.

–Bueno..., no estoy segura. El que yo presencié no fue su primer ataque. Salíamos de un restaurante. Hacía mucho frío y no encontrábamos un taxi. Sebastian se puso nervioso, irritado. Echó a correr tras un automóvil que acababa de ponerse en marcha. De pronto se detuvo y dijo que no se encontraba bien. Recuerdo que cogió una píldora de una cajita y la rompió bajo su pañuelo blanco de seda; después se la llevó a la cara. Debió de ser en el veintisiete o el veintiocho.

Le hice otras preguntas. Respondió con el mismo tono pero la evocación había muerto. ¡Tenía que ver a Clare! Una mirada, una palabra, el mero sonido de su voz bastaría (y era necesario, absolutamente necesario) para animar el pasado. No entendía por qué, así como nunca he entendido por qué, en cierto día inolvidable, unas semanas antes, me había sentido tan seguro de que si podía encontrar aún vivo y consciente a un hombre moribundo aprendería algo que ningún ser humano había aprendido hasta entonces.

Al fin, la mañana de un lunes, fui a visitarla.

La criada me guió hasta una salita. Clare estaba en casa: fue cuanto me informó

la rubicunda y rústica muchacha. (Sebastian dice en alguna parte que los novelistas ingleses nunca se apartan de un tono consabido cuando describen a las criadas.) Por otro lado, sabía por Miss Pratt que Mr. Bishop estaba ocupado en la City durante la semana. Cosa extraña..., se había casado con un hombre con su mismo apellido solo por pura coincidencia. ¿Se negaría a recibirme? Bastante agradable la casa, aunque no demasiado... Quizá un salón en forma de L en el primer piso y sobre él un par de dormitorios. La calle entera estaba formada por casitas parecidas, muy apretadas. Tardaba en decidirse... ¿Había debido telefonarla antes? ¿La habría prevenido Miss Pratt acerca de las cartas? De pronto oí suaves pisadas en la escalera y un hombre inmenso, con una bata negra de solapas rojas, entró cuidadosamente en la habitación.

–Discúlpeme usted si me presento así –dijo–, pero tengo un resfriado terrible. Me llamo Bishop y supongo que quiere usted ver a mi mujer.

¿Le habría contagiado ese resfriado, pensé en un curioso relámpago de mi fantasía, la Clare de nariz roja y voz ronca que había visto doce años antes?

–Pues sí... –dije–, si no me ha olvidado. Nos conocimos en París.

–Oh, recordó muy bien su nombre –dijo Mr. Bishop, mirándome directamente a la cara–, pero lamento decirle que no puede recibirlo.

–¿Puedo llamarla después? –pregunté.

Hubo un corto silencio. Después Mr. Bishop preguntó:

–¿Me equivoco al suponer que su visita se relaciona con la muerte de su hermano?

Estaba de pie ante mí, hundidas las manos en los bolsillos de su bata, mirándome, el pelo rubio empujado hacia atrás por un cepillo feroz, un buen tipo, un tipo decente..., y espero que no le incomode que lo diga aquí. Debo explicar que hace muy poco hemos intercambiado cartas en circunstancias muy tristes: se ha disipado así por completo la sensación de malestar que pudiera haber flotado durante nuestra primera conversación.

–¿Le impediría eso verme? –pregunté a mi vez.

Admito que fue una pregunta tonta.

—No podrá verla en ningún caso —dijo Mr. Bishop—. Lo siento —agregó, dulcificándose un poco al verme desconcertado—. Estoy seguro de que en otras circunstancias... pero comprenderá usted que mi mujer no se siente muy inclinada a recordar amistades pasadas. Y permíteme si le digo con toda franqueza que, en mi opinión, no debió usted venir...

Regresé con la sensación de que había cometido una estupidez. Me imaginé qué le habría dicho a Clare, de haberla encontrado a solas. Me las compuse para convencerme de que, si hubiera estado Clare sola, me habría recibido: así, un obstáculo imprevisto anula aquellos que imagináramos. Yo le habría dicho:

«No hablemos de Sebastian. Hablemos de París. ¿Lo conoce bien? ¿Recuerda aquellas palomas? Dígame qué ha leído últimamente... ¿Y qué películas ha visto? ¿Sigue perdiendo guantes y paquetes?» O bien habría empleado un método más audaz, un ataque directo. «Sí, comprendo lo que siente, pero por favor, por favor, hábleme de él. Por amor a su retrato. Por amor a las cosas insignificantes que desaparecerán y morirán si se niega usted a decírmelas para mi libro.» Oh, estaba seguro de que no se habría negado.

Y dos días después, con la misma intención firme en mi mente, hice un nuevo intento. Esta vez estaba decidido a ser mucho más cauteloso. Era una mañana muy hermosa a pesar de lo poco avanzado de la estación, y estaba seguro de que Clare no se quedaría en su casa. Me situaría de modo que no me descubrieran en la esquina de su calle, esperaría a que su marido se marchara a la City, después aguardaría a que ella saliera y entonces me acercaría. Pero las cosas no resultaron como yo esperaba.

No había llegado todavía a mi puesto cuando Clare Bishop apareció repentinamente. Acababa de cruzar la calle, pasando de mi acera a la opuesta. La reconocí de inmediato, a pesar de que la había visto solo durante media hora, cuatro años antes. La reconocí aunque estaba muy demacrada y su cuerpo se había redondeado de manera curiosa. Caminaba lenta, pesadamente, y cuando me dirigí hacia ella comprendí que estaba en avanzado estado de gestación. Mi índole impetuosa, que suele llevarme más allá de los límites convenientes, me hizo avanzar con una sonrisa de bienvenida. Pero en aquellos brevísimos instantes me disuadió la nítida conciencia de que no podía hablarle ni saludarla de ninguna manera. Y eso nada tenía que ver con Sebastian, o con mi libro, o con mi conversación con Mr. Bishop; se debía únicamente a su solemne abstracción. Supe que ni siquiera debía darme a conocer. Pero, como he dicho,

mi ímpetu me había llevado a cruzar la calle de tal manera que casi tropecé con ella al llegar a la acera opuesta. Clare levantó hacia mí sus ojos miopes. No, gracias a Dios, no me reconoció. Había algo conmovedor en la expresión solemne de su rostro pálido y estragado. Los dos nos detuvimos de repente. Con una presencia de ánimo ridícula tomé de mi bolsillo lo primero que encontré y le dije:

–Perdone, ¿ha perdido usted esto?

–No –dijo ella, con una sonrisa impersonal. Acercó un instante el objeto a sus ojos–. No –repitió, y se marchó después de devolverme la llave.

Me quedé con ella en la mano, como si acabara de cogerla del suelo. Era la llave del apartamento de Sebastian. Con una extraña punzada de dolor advertí que Clare Bishop la había tocado con sus inocentes dedos ciegos...

La relación entre Sebastian y Clare duró seis años. Durante ese período, Sebastian publicó sus dos primeras novelas, *Caleidoscopio* y *Éxito*. Le llevó unos siete meses componer la primera (abril-octubre de 1924) y veintidós la segunda (julio de 1925-abril de 1927). Entre el otoño de 1927 y el verano de 1929, escribió los tres relatos que se reeditaron después (1932) con el título de *La montaña cómica*. En otras palabras, Clare fue una testigo íntima de las tres primeras quintas partes de su producción total (descarto las obras de juventud, los poemas de Cambridge, por ejemplo, que él mismo destruyó); y como en los intervalos entre los libros mencionados Sebastian conformaba, desechaba o reformaba tal o cual esquema argumental, puede suponerse que durante esos seis años estuvo incesantemente ocupado. Y Clare amaba su trabajo.

Clare entró en su vida sin llamar, como nos metemos en un cuarto ajeno por un parecido vago con el nuestro. Se quedó allí, olvidada de salir, habituada a las extrañas criaturas que encontró y tratándolas con cariño, a pesar de sus figuras sorprendentes. No tenía el designio peculiar de ser feliz o de hacer feliz a Sebastian, ni se preguntaba qué ocurriría en el futuro. Se limitaba a aceptar naturalmente la vida con Sebastian porque sin él la vida era menos imaginable que una tienda de campaña de un habitante de la tierra en la luna. Es muy posible que, de haber tenido un niño, ambos se habrían inclinado por el matrimonio, puesto que esa habría sido la solución más simple para los tres; pero como ese no fue el caso, no se les ocurrió ajustarse a las vacuas formalidades que quizá habrían encontrado agradables si las hubieran considerado imprescindibles. No había en Sebastian ninguna actitud insolente ante los prejuicios, como podría suponerse. Sabía muy bien que alardear de desdeñoso ante un código moral no es otra cosa que necia presunción y una forma de prejuicio al revés. Solía elegir el camino ético más fácil (así como elegía el camino estético más atormentado) solo porque era el atajo más corto hacia el objeto elegido; era demasiado perezoso en su vida cotidiana (así como era demasiado laborioso en su vida artística) para preocuparse por problemas planteados y resueltos por los demás.

Clare tenía veintidós años cuando conoció a Sebastian. No recordaba a su padre; también su madre había muerto y su padrastro había vuelto a casarse, de modo

que la vaga noción de hogar que la pareja le ofrecía podía compararse al viejo sofisma del mango cambiado al que se cambia la hoja, aunque desde luego no podía alimentar la esperanza de encontrar y unir las partes originales..., al menos a este lado de la Eternidad. Vivía sola en Londres, asistiendo más bien esporádicamente a una escuela de arte y tomando lecciones de lenguas orientales, nada menos. Gustaba a los demás porque era apaciblemente atractiva con su encantadora cara seria y su voz suave y ronca: subsistía de algún modo en el recuerdo, como si la hubieran agraciado con el don de ser recordada. Se destacaba maravillosamente en cada memoria, era mnemogénica. Hasta sus manos, más bien anchas y nudosas, tenían un encanto singular, y era una buena bailarina, silenciosa y leve. Pero lo mejor de todo es que era una de esas pocas, poquísimas mujeres que no dan el mundo por sentado y que ven las cosas de cada día no simplemente como espejos familiares de su propia femineidad. Tenía imaginación –el músculo del alma– y su imaginación tenía una energía especial, casi masculina. También poseía ese sentido real de la belleza que tiene menos que ver con el arte que con la constante prontitud a discernir la aureola en torno a una sartén o la semejanza entre un sauce llorón y un skye terrier. Y por fin estaba dotada de un agudo sentido del humor. No es de extrañar que armonizara tan bien con la vida de Sebastian.

Ya durante el primer período de su relación se vieron con gran frecuencia; en otoño, ella viajó a París y él la visitó allí más de una vez, imagino. Por entonces ya estaba listo su primer libro. Clare aprendió a escribir a máquina y las noches del verano de 1924 fueron para ella otras tantas páginas que se deslizaron por el rodillo y salieron vivas de palabras negras y violetas. Me complazco en imaginarla golpeteando las teclas brillantes, con el rumor de un tibio chubasco abatiéndose sobre los olmos oscuros, más allá de la ventana abierta, con la voz lenta y seria de Sebastian (no se limitaba a dictar, según Miss Pratt: oficiaba) yendo y viniendo por la habitación. Sebastian solía pasarse casi todo el día escribiendo, pero su avance era tan laborioso que apenas podía darle un par de páginas nuevas para mecanografiar por la noche, y aun estas debían rehacerse, pues Sebastian se entregaba a una orgía de correcciones. Y a veces hacía lo que, me atrevo a decir, ningún autor hizo nunca: recopiaba la página escrita a máquina con su letra inclinada, tan poco inglesa, y después volvía a dictarla. Su lucha con las palabras era insólitamente dolorosa, y eso por dos razones. Una de ellas es muy frecuente en escritores de su índole: el paso del abismo que media entre la expresión y el pensamiento; la sensación enloquecedora de que las palabras justas, las únicas palabras valederas, esperan en la orilla opuesta, en la brumosa lejanía, mientras el pensamiento aún desnudo y estremecido clama por

ellas desde este lado del abismo. No recurría a las frases hechas porque lo que se proponía decir eran cosas de factura excepcional y sabía, además, que ninguna idea verdadera puede decirse sin palabras hechas a su medida. De modo que – para usar una imagen aún más parecida al pensamiento que aparecía desnudo no hacía sino clamar por las vestiduras que lo harían visible, mientras que las palabras que acechaban a lo lejos no eran caparazones vacíos, como parecía: esperaban que el pensamiento ya latente en su interior las caldeara y animara. A veces Sebastian se sentía como un niño al que dan una maraña de hilos eléctricos y ordenan que haga la maravilla de la luz. Y él la hacía; y unas veces no tenía conciencia de cómo lo conseguía, y otras disponía durante horas y horas los hilos eléctricos en lo que parecía el modo más racional... sin conseguir nada. Y Clare, que no había escrito una sola línea de prosa o poesía en su vida, comprendía tan bien (y ese era su milagro privado) cada detalle de la lucha de Sebastian que las palabras que escribía no eran para ella el mero receptáculo de su sentido natural, sino las curvas y abismos y tortuosidades que mostraban el avance a tientas de Sebastian por una línea ideal de expresión.

Pero eso no era todo. Lo sé, lo sé tan nítidamente como sé que tuvimos el mismo padre: sé que el ruso de Sebastian era mejor y más natural en él que su inglés. Creo que el no hablar ruso durante cinco años pudo forzarlo a creer que lo había olvidado. Pero una lengua es algo físico y vivo, que no puede abandonarse tan fácilmente. Debe recordarse, además, que cinco años antes de su primer libro –o sea por la época en que salió de Rusia– su inglés era tan pobre como el mío. Años después yo lo mejoré artificialmente (estudiándolo con encono en el exterior); él trató de que el suyo progresara de manera natural en su propio medio. Progresó maravillosamente, pero sostengo que si Sebastian hubiera empezado a escribir en ruso se habría ahorrado esos tormentos lingüísticos. Permítaseme agregar que poseo una carta de Sebastian escrita no mucho antes de su muerte. Esa carta breve está concebida en un ruso más puro y rico de lo que haya podido serlo nunca su inglés, a pesar de la belleza expresiva que sus libros alcanzaron.

Sé además que cuando Clare escribía las palabras descifradas en su manuscrito, se detenía a veces y decía frunciendo ligeramente el ceño y levantando un poco la hoja aprisionada para releer la línea: «No, querido. Esto no se puede decir en inglés.» Sebastian la miraba unos instantes y después cogía su manuscrito, reflexionando lleno de recelo sobre la observación de Clare, mientras ella, inmóvil, esperaba, cruzadas las manos sobre el regazo.

–No hay otra manera de decirlo –murmuraba al fin Sebastian.

–Y si por ejemplo... –decía ella, e insinuaba una sugerencia exacta.

–Bueno, como quieras –respondía Sebastian.

–No insisto, querido. Como quieras tú, si piensas que los errores de gramática no son ofensivos...

–Oh, sigue de una vez –exclamaba él–, tienes toda la razón, sigue...

En noviembre de 1924, Caleidoscopio quedó terminado. Se publicó en el siguiente mes de marzo y fue todo un fracaso. He revisado cuantos periódicos de esa época cayeron entre mis manos y solo lo he visto mencionado una vez. Cinco líneas y media en un periódico dominical, entre otras líneas sobre otros libros. «Caleidoscopio parece una novela primeriza y, como tal, no debe juzgarse con la misma severidad que (el libro de Fulano, mencionado previamente). Su comicidad me parece oscura, y sus oscuridades, cómicas, pero quizá exista una especie de novelística cuya exquisitez siempre ha de escapárseme. Sin embargo, en bien de lectores que gustan de esta especie de obras puedo agregar que Mr. Knight es tan hábil buscándole tres pies al gato como llevándose lo al agua.»

Esa primavera fue acaso el período más feliz de la existencia de Sebastian. Se había librado de un libro y ya sentía la urgencia del segundo. Su salud era excelente. Tenía una compañera deliciosa. No lo aquejaba ninguna de esas ínfimas preocupaciones que lo habían asaltado en otras épocas, con la perseverancia con que una oleada de hormigas se extiende sobre una hacienda. Clare se encargaba de la correspondencia y revisaba los envíos de la lavandería, comprobaba si estaba bien abastecido de hojas de afeitar, tabaco y almendras fritas, por las cuales tenía especial debilidad. A Sebastian le gustaba salir a cenar con ella y después ir al teatro. Invariablemente, la pieza lo hacía refunfuñar pero sentía el placer morboso de disecar los lugares comunes. Una expresión de codicia, de perversa avidez agitaba las aletas de su nariz, mientras sus dientes posteriores rechinaban en un paroxismo de asco al lanzarse contra alguna mísera trivialidad. Miss Pratt recordaba una ocasión en que su padre, que había tenido intereses en la industria cinematográfica, invitó a Sebastian y a Clare a la exhibición privada de una película muy cara y pretenciosa. El protagonista era un joven actor muy apuesto que llevaba un lujoso turbante y el argumento era poderosamente dramático. En el punto más alto de tensión, con gran sorpresa y

disgusto de Mr. Pratt, Sebastian empezó a sacudirse de risa, mientras Clare también gorgojeaba, pero le tiraba de la manga en un inútil esfuerzo para obligarlo a callar. Debieron de pasarlo muy bien los dos juntos. Y es difícil creer que la tibieza, la ternura, la belleza de su relación no se haya recogido, no haya sido atesorada en alguna parte, de algún modo, por algún testigo inmortal de la vida mortal. Alguien debió verlos vagabundeando en Kew Gardens o en Richmond Park (por mi parte nunca estuve allí, pero los nombres me atraen), o comiendo huevos con jamón en alguna bonita posada durante una excursión estival al campo, o leyendo en el vasto diván del estudio de Sebastian, ante el fuego alegre, flotando en el aire una Navidad inglesa y llenando la atmósfera con un tenue olor a especias, sobre un fondo de lavanda y cuero... Y Sebastian debió de ser escuchado por alguien mientras contaba a Clare las cosas extraordinarias que trataría de expresar en su próximo libro, Éxito.

Un día, en el verano de 1926, agotado después de luchar con un capítulo particularmente rebelde, se le ocurrió a Sebastian que podía tomarse un mes de vacaciones en el extranjero. Como Clare tenía que arreglar algunos asuntos en Londres, decidió reunirse con él una o dos semanas después. Cuando al fin llegó a la playa alemana elegida por Sebastian, la informaron en el hotel de que Sebastian se había marchado hacia un lugar que ignoraban, pero que estaría de regreso al cabo de dos días. Eso dejó perpleja a Clare, aunque —como después dijo a Miss Pratt— no se sintió demasiado ansiosa o angustiada. Podemos imaginárnosla: una figura alta y delgada, con impermeable azul (el tiempo era poco grato), errando por el paseo, por la playa arenosa en que solo se veían algunos niños aguerridos, las banderas tricolores flameando lúgubrementemente en la brisa glacial y un mar de acero cuyas olas rompían en crestas de espuma. Más allá había un bosque de hayas, hondo y oscuro, sin vegetación baja, salvo las correhuelas que matizaban el pardo suelo ondulado. Una extraña calma parecía aguardar entre los troncos rectos y lisos: Clare pensaba que en cualquier instante podía encontrar un gnomo alemán de roja caperuza atisbándola con ojos brillantes desde las hojas muertas de un hoyo. Cogió sus enseres de baño y pasó un día agradable, aunque vacío, sobre la arena blanda y blanca. La mañana siguiente también fue lluviosa y Clare se quedó en su habitación hasta la hora de almorzar, leyendo a Donne, que desde entonces quedó para siempre asociado a la pálida luz gris de ese día húmedo y brumoso y al llanto de un niño que quería jugar en el pasillo. Al fin llegó Sebastian. Se alegró de verla, sin duda, pero había en su actitud algo que no era del todo natural. Parecía nervioso y turbado y desviaba la cara cada vez que ella trataba de encontrar sus ojos. Dijo que había dado con cierto hombre que conocía desde antes, en Rusia, y que se habían

marchado con su coche –nombró un lugar de la costa, a varios kilómetros de allí.

–Pero ¿qué te pasa, querido? –preguntó ella, clavándole los ojos en el rostro sombrío.

–Oh, nada, nada... –exclamó él con fastidio–. No puedo sentarme sin hacer nada..., necesito mi trabajo –agregó, mirando a otra parte.

–Me pregunto si me dices la verdad –dijo Clare.

Él se encogió de hombros y deslizó el filo de la mano por la hendidura del sombrero que sostenía.

–Vamos –dijo–. Almorcemos y regresemos a Londres.

Pero no había ningún tren adecuado antes de la noche. Como el tiempo había mejorado, salieron a dar un paseo. Sebastian trató una o dos veces de mostrarse con su brillo habitual, pero no tuvo éxito y entonces permaneció callado. Llegaron al bosque de hayas. Había en él la misma suspensión vaga y misteriosa y Sebastian dijo (aunque Clare no le había explicado que ya conocía el bosque):

–¡Qué sitio tan divertido! Es fantástico... Casi esperarí a ver un elfo entre esas hojas secas y las correhuelas...

–Mira, Sebastian –exclamó ella de pronto, poniéndole las manos sobre los hombros–. Quiero saber qué pasa. Quizá hayas dejado de quererme. ¿Es eso?

–Oh, querida, qué tontería... –dijo él con sinceridad absoluta–. Pero... si quieres saberlo... has de comprender... No soy capaz de ocultarlo y, en fin..., es mejor que lo sepas. La verdad es que siento un maldito dolor en el pecho y en un brazo, de modo que decidí ir a Berlín y consultar a un médico. Y me metió en cama, allí... ¿Serio?... No, espero que no. Hablamos de arterias coronarias, de circulación de la sangre, de los senos de Salva y parecía, en general, un viejo que sabía mucho. Consultaré a otro doctor en Londres para tener una segunda opinión, aunque hoy me siento como un pez...

Creo que Sebastian ya conocía su enfermedad. Su madre había muerto del mismo mal, una variedad más bien rara de angina de pecho, llamada por algunos médicos «enfermedad de Lehmann». Sin embargo, parece que después de su primer ataque tuvo por lo menos un año de tregua, aunque de cuando en cuando

sintió un estremecimiento, como una comezón interna, en el brazo izquierdo.

Volvió a sentarse a su escritorio y trabajó con firmeza durante el otoño, la primavera y el invierno. La composición de *Éxito* se reveló aún más ardua que la de su primera novela y le llevó mucho más tiempo, aunque ambos libros tienen poco más o menos la misma extensión. Gracias a una feliz casualidad tengo una descripción directa del día en que acabó *Éxito*. Se la debo a alguien que conocí después; lo cierto es que muchas de las impresiones que he ofrecido en este capítulo se han formado corroborando las declaraciones de Miss Pratt con las de otro amigo de Sebastian, aunque la casualidad que me suministró todos los detalles pertenece, de algún misterioso modo, a la imagen que tuve de Clare Bishop caminando pesadamente por una calle londinense.

La puerta se abre. Sebastian está tendido, con los brazos abiertos, en el suelo de su estudio. Clare apila en orden las hojas escritas a máquina. La persona que entra se detiene bruscamente.

–No, Leslie –dice Sebastian desde el suelo–. No estoy muerto. Acabo de construir un mundo, y este es mi descanso del sábado.

El verdadero valor de *Caleidoscopio* solo fue dignamente apreciado cuando el primer éxito de Sebastian hizo que lo reimprimiera otra editorial (Bronson). Pero ni siquiera entonces se vendió tanto como *Éxito* o *El bien perdido*. Aunque es una novela primeriza, revela una fuerza notable de voluntad artística y de autodomínio literario. Como es muy frecuente en él, Sebastian Knight emplea la parodia como una especie de trampolín para llegar a las zonas más altas de la emoción seria. J. L. Coleman lo llamó «un clown que desarrolla alas, un ángel que remeda a un saltimbanqui», y la metáfora me parece muy adecuada. Basado hábilmente en una parodia de ciertos ardidés del tráfico literario, *Caleidoscopio* se eleva muy alto. Con algo muy semejante al odio fanático, Sebastian Knight acechaba siempre las cosas que habían gastado hasta la urdimbre: cosas muertas entre las vivas; cosas muertas que imitaban la vida, pintadas y repintadas, reaceptadas por espíritus perezosos serenamente inconscientes de la trampa. El decadentismo puede ser en sí muy inocente y hasta puede argüirse que no es pecado demasiado grave el seguir explotando tal o cual tema o estilo gastado, si aún gusta y divierte. Pero para Sebastian Knight, la cosa más baladí, como por ejemplo el método consabido de un relato policiaco, se convertía en un cadáver hinchado y hediondo. No pensaba en «los novelones de un penique» porque la moral común no le interesaba; lo que invariablemente le fastidiaba era la primera imitación, no la segunda ni las demás, porque en la etapa aún legible empezaba la vergonzosa y eso era, en un sentido artístico, inmoral. Pero *Caleidoscopio* no es sólo una brillante parodia de una novela policiaca. Es también una páfida imitación de muchas otras cosas: por ejemplo cierto hábito literario que Sebastian Knight, con su aguda percepción del decadentismo secreto, advirtió en la novela moderna: el habitual ardid de agrupar una mezcolanza de personas en un espacio limitado (un hotel, una isla, una calle). También diferentes especies de estilos están satirizados en el libro, así como el problema de fundir el discurso directo con la narración y la descripción, que una pluma elegante resuelve utilizando cuantas variaciones de «él dijo» pueden encontrarse en el diccionario entre «accedió» y «voceó».

Pero todo esa oscura diversión es, lo repito, solo un trampolín para el autor.

Doce personas viven en una pensión; la casa está cuidadosamente descrita, pero

solo para destacar su carácter de «ínsula»: el resto de la ciudad se muestra incidentalmente durante un cruce secundario a través de la niebla natural y durante un cruce primario entre ambientes teatrales y la pesadilla de un agente inmobiliario. Como observa el autor (indirectamente), este método se relaciona de algún modo con la práctica cinematográfica de mostrar a la protagonista, en sus imposibles años de colegiala, maravillosamente distinta de una multitud de compañeras poco agraciadas y violentamente realistas. Uno de los inquilinos, un tal G. Abeson, comerciante de objetos de arte, aparece asesinado en su cuarto. El comisario local, descrito únicamente por sus zapatos, llama a un detective de Londres y le pide que acuda de inmediato. Debido a una combinación de equívocos (su automóvil atropella a una anciana y después toma un tren que va a otra parte), tarda mucho en llegar. Mientras tanto, los habitantes de la pensión, más un visitante ocasional, el viejo Nosebag –que estaba en el vestíbulo cuando se descubrió el crimen–, son cuidadosamente examinados. Todos ellos, salvo el último, un anciano y suave caballero de barba amarillenta en torno a la boca y una inocente pasión por las cajas de rapé, son más o menos susceptibles de sospecha. Y uno de ellos, un estudiante pisciforme, parece especialmente sospechoso: bajo su cama han aparecido media docena de pañuelos manchados de sangre. Hay que observar que para simplificar y «concentrar las cosas» no se menciona un solo criado o empleado de la pensión, y nadie se preocupa por su inexistencia. De pronto, con un rápido viraje, algo empieza a complicarse en el relato (el detective, recordémoslo, todavía está en camino y el cuerpo tieso de G. Abeson yace sobre la alfombra). Poco a poco va deduciéndose que los huéspedes están de diversa manera relacionados entre sí. La anciana de la N° 3 resulta la madre del violinista de la N° 11. El novelista que ocupa el dormitorio del frente es en realidad el marido de la joven del tercer piso, al fondo. El estudiante pisciforme es nada menos que el hermano de esta señora. El solemne personaje con cara de luna llena que se muestra tan cortés con todos es mayordomo del coronel, padre a su vez del violinista. El proceso de interfusión continúa con el compromiso del estudiante pisciforme con la gorda mujercilla de la N° 5, hija de un matrimonio anterior de la anciana. Y cuando el campeón de tenis aficionado de la N° 6 se revela como hermano del violinista, y el novelista como tío de ambos, y la dama de la N° 3 como la mujer del viejo coronel, es como si los números en las puertas desaparecieran y el tema de la pensión se reemplaza tranquilamente, sin esfuerzo, por el tema de una casa de campo, con todas sus implicaciones naturales. Y aquí el cuento adquiere una belleza extraña. La idea del tiempo, que bordeaba lo ridículo (el detective se pierde..., encallado en algún lugar en medio de la noche), se reabsorbe y desaparece. Ahora la vida de los personajes brilla con significación humana y real, y la puerta sellada de G.

Abeson no es sino la de un desván olvidado. Una nueva trama, un nuevo drama profundamente desvinculado con el principio de la historia, que ha sido rechazado a la región de los sueños, parece luchar por adquirir vida y conocer la luz. Pero en el momento mismo en que el lector se siente a salvo en una atmósfera de realidad placentera y la gracia y la gloria de la prosa del autor parecen indicar alguna intención especialísima, se oye un grotesco golpe en la puerta y aparece el detective. Nos hundimos nuevamente en el pantano de la parodia. El detective, un hombre astuto, pronuncia mal las erres: detalle que procura mostrarlo como un tipo del común, ya que no se trata de un remedo del auge de Sherlock Holmes, sino de la moderna reacción contra él. Los inquilinos son examinados por segunda vez. Se elaboran nuevas hipótesis. El suave y anciano Nosebag va y viene, con aire ausente e inocuo. Explica que había pasado por allí en busca de un cuarto desocupado. El detective se interesa de pronto por las cajas de rapé. «¿Dónde está Hart?», pregunta. Súbitamente entra un policía de cara llameante: el cadáver ha desaparecido, informa. El detective: «¿Qué quiegue usted decig pog desaparecido?» «Desaparecido, señor: el cuarto está vacío.» Un momento de ridículo suspenso. «Yo creo –dice tranquilamente Nosebag– que puedo explicarlo todo.» Lenta, cuidadosamente, se quita la barba, la peluca gris, las gafas negras, y aparece la cara de G. Abeson. «¿Comprenden ustedes? –dice con una sonrisa de excusa–. A nadie le gusta que lo asesinen.»

He hecho lo posible por mostrar los procedimientos del libro, o por lo menos algunos de sus procedimientos. Su encanto, su humorismo, su patetismo solo pueden apreciarse en la lectura directa. Pero con el objeto de iluminar a quienes se sienten burlados por las continuas metamorfosis o se disgustan al encontrar algo incompatible con la idea de «un buen libro» al encarar un libro como este, absolutamente nuevo, me gustaría destacar que Caleidoscopio solo puede dar placer cuando se ha entendido que los héroes de la obra son lo que puede llamarse de modo general «métodos de composición». Es como si un pintor dijera: aquí estoy yo para mostrarles no la imagen de un paisaje, sino la imagen de los diferentes modos de pintar un paisaje determinado, y confío en que su fusión armoniosa revelará el paisaje como procuro que lo vean ustedes. En el primer libro Sebastian llevó ese experimento hasta una conclusión lógica y satisfactoria. Probando ad absurdum tal o cual estilo literario y descartando uno tras otro, dedujo su estilo y lo explotó plenamente en su novela siguiente, Éxito. En ella parece haber pasado de un plano a otro, situado un poco más alto, pues si su primera novela se basa en los métodos de la composición literaria, la segunda se relaciona principalmente con los métodos del destino del hombre. Con precisión científica en la sistematización, el examen y el descarte de una

cantidad inmensa de datos (cuya acumulación se hace posible mediante la premisa esencial de que un autor puede descubrir cuanto necesite saber acerca de sus personajes y de que tal capacidad solo está limitada por el estilo y el propósito de su selección, en el sentido de que no se trata de un fárrago arbitrario de pormenores triviales sino de una indagación precisa y metódica), Sebastian Knight consagra las trescientas páginas de *Éxito* a uno de los estudios más complicados que haya intentado nunca un escritor. Se nos informa así de que cierto viajante de comercio, Percival Q., conoce en determinada época de su vida y en determinadas circunstancias a una muchacha, ayudante de un prestidigitador, con la cual inicia una feliz relación. El encuentro es o parece accidental: ambos utilizan el automóvil de un amable desconocido un día en que hay huelga de transportes. Esta es la fórmula: totalmente desprovista de interés si la consideramos como un suceso real, pero fuente de intenso placer y excitación mental si la examinamos desde un ángulo especial. La tarea del autor consiste en descubrir cómo se ha llegado a esa fórmula, y toda la magia y la fuerza de su arte procura revelar el modo exacto en que dos líneas de vida se ponen en contacto: el libro entero no es, en verdad, sino una exultante partida de casualidades o, si preferimos, la demostración del secreto etiológico de los acontecimientos fortuitos. Las probabilidades parecen ilimitadas. Se siguen con éxito diversas líneas de indagación. En su camino de retroceso, el autor descubre por qué la huelga había sido fijada para ese día determinado y la inveterada predilección de un político por el número nueve se presenta como la raíz misma de todo el asunto. Lo cual no nos lleva a ninguna parte y la pista es abandonada (no sin ofrecernos la oportunidad de presenciar un animado debate político). Otra falsa huella es el automóvil del extraño. Procuramos descubrir quién era y qué lo hizo pasar en un momento dado por una calle dada; pero cuando sabemos que ha pasado por ella, camino de su oficina, todos los días a la misma hora durante diez años, volvemos al punto de partida. Así, debemos suponer que las circunstancias exteriores del encuentro no son manifestaciones de la actividad del destino con relación a los dos sujetos, sino una entidad dada, un punto fijo, sin significado causal. Y de este modo, con nítida conciencia, llegamos a plantearnos el problema de por qué Q. y Anne, entre todas las demás personas, estuvieron durante un instante detenidos el uno junto al otro en ese lugar preciso. Trazamos, pues, la línea del destino de la muchacha, después la del hombre, comparamos las notas y finalmente rastreamos de nuevo ambas vidas.

Nos enteramos de muchas cosas curiosas. Las dos líneas que se han reunido no son líneas rectas de un triángulo que se apartan hacia una base desconocida, sino líneas onduladas que ya se apartan, ya están a punto de cruzarse. En otras

palabras, ha habido por lo menos dos ocasiones en las vidas de esos dos seres en que pudo producirse el encuentro. En cada caso, el destino pareció preparar dicho encuentro con el máximo cuidado: rozando tal o cual posibilidad; ocultando salidas y repintando letreros indicadores; estrechando la prisión de malla donde ambas mariposas revoloteaban; cuidando el detalle más ínfimo y no abandonando nada al azar. La revelación de esos apercebimientos secretos es fascinante y el autor parece tener cien ojos al registrar todos los matices de lugar y circunstancia. Pero cada vez un yerro infinitesimal (la sombra de un defecto, el agujero obstruido de una posibilidad no prevista, un capricho del libre albedrío) arruina el placer de las almas gemelas y ambas vidas vuelven a alejarse con renovada rapidez. Así, Percival Q. no puede asistir a una reunión –en la cual el destino, con infinitas dificultades, había incluido a Anne– porque una abeja le pica en un labio; así, Anne, por un ataque de histeria, no consigue un empleo en la oficina de objetos perdidos donde trabaja el hermano de Q. Pero el destino es demasiado perseverante para arredrarse ante el fracaso. Y si al fin alcanza el éxito, sus maquinaciones habrán sido tan delicadas que no se oirá ni el más tenue rumor cuando los dos se pongan en contacto.

No daré más detalles sobre esta novela deliciosa y sutil. Es la más conocida de las obras de Sebastian Knight, aunque los otros tres libros posteriores la superen en muchos sentidos. Como al hablar de Caleidoscopio, mi único fin ha sido mostrar el sistema, quizá en detrimento de la impresión de belleza que deja el libro, aparte sus artificios. Permítaseme agregar que contiene un pasaje tan extrañamente relacionado con la vida anterior de Sebastian por la época en que completaba los últimos capítulos que merece citarse en contraste con una serie de observaciones más relacionadas con los meandros de la mente del autor que con el lado emocional del arte.

«William (primer novio de Anne, un afeminado que al final la plantaría) la acompañó a su casa como de costumbre y la besó en la oscuridad del pasillo. De pronto, Anne sintió que él tenía la cara mojada. William se la cubrió con la mano y buscó el pañuelo. “Está lloviendo en el paraíso”, dijo... “La cebolla de la

felicidad... el pobre Willy es, quiéralo o no, un sauce llorón.”⁵ La besó en el ángulo de la boca y después se sonó la nariz con un débil soplido acuoso. “Los hombres no lloran”, dijo Anne. “Pero yo no soy un hombre”, lloriqueó él. “Esta luna es infantil y esta calle mojada es infantil y el amor es un niño que chupa

miel”... “Basta, por favor”, dijo ella. “Sabes que no puedo soportar que hables así. Es tan tonto, tan..., tan Willy”, suspiró. Él volvió a besarla y ambos permanecieron como suaves estatuas oscuras, de cabezas borrosas. Pasó un policía guiando la noche con una correa y después se detuvo para dejarla olfatear un buzón. “Me siento tan feliz como tú”, dijo ella, “pero no quiero llorar ni decir tonterías.” “Pero ¿no comprendes”, susurró él, “que lo mejor de la felicidad no es sino el bufón de su propia caducidad?” “Buenas noches”, dijo Anne. “Mañana a las ocho”, gritó él, mientras Anne se escabullía. William acarició suavemente la puerta y al fin se alejó por la calle. Es tierna, es bella, la quiero, musitó, y todo es inútil, porque estamos muriéndonos. No soy capaz de sobrellevar esa mirada retrospectiva en el tiempo. El último beso ha muerto ya y La dama de blanco (una película que habían visto aquella noche) está muerta y sepultada, y el policía que acaba de pasar también está muerto, y hasta la puerta ha dejado de ser. Y este último pensamiento es ya cosa muerta. Coates (el doctor) tiene razón cuando dice que mi corazón es demasiado pequeño para mi tamaño. Siguió caminando, sin dejar de hablar consigo mismo. Su sombra proyectaba a veces una larga nariz o bien se inclinaba en una reverencia al pasar William frente a una luz. Cuando llegó a su triste albergue tardó mucho tiempo en subir la oscura escalera. Antes de acostarse llamó a la puerta del prestidigitador y encontró al viejo en paños menores, revisando un par de pantalones negros. “¿Y bien?”, preguntó William. “No les ha gustado mi voz”, respondió, “pero espero que a pesar de eso no perderé la oportunidad.” William se sentó en la cama y dijo: “Deberías teñirte el pelo.” “Soy más calvo que canoso”, dijo el prestidigitador. “A veces me pregunto”, dijo William, “dónde están las cosas que perdemos..., porque tienen que ir a parar a alguna parte, ¿no es cierto? El pelo, las uñas...” “¿Has vuelto a beber?”, preguntó el prestidigitador sin mucha curiosidad. Dobló los pantalones con cuidado y pidió a William que se pusiera de pie: tenía que depositar los pantalones bajo el colchón. William se sentó en una silla y el prestidigitador siguió consagrado a sus menesteres. Se le erizaban los pelos en las pantorrillas, tenía los labios apretados, movía delicadamente las manos suaves. “Soy feliz”, dijo William. “No lo pareces”, dijo el solemne viejo. “¿Puedo comprarte un conejo?”, preguntó William. “Lo alquilaré cuando sea necesario”, respondió el prestidigitador arrastrando el “necesario” como si hubiera sido una cinta infinita. “Una profesión ridícula”, dijo William, “un carterista enloquecido, una cuestión de práctica. Los céntimos en la gorra del mendigo y la omelette en tu sombrero de copa. Igualmente absurdo.” “Estamos habituados a los insultos”, dijo el prestidigitador. Apagó tranquilamente la luz y William buscó a tientas la salida. En su cuarto, los libros sobre la cama parecían no querer moverse. Mientras se desvestía, imaginó la felicidad prohibida de un

lavadero al sol: agua azul y manos escarlata. ¿Le pediría a Anne que lavara su camisa? ¿Había vuelto a disgustarla? ¿Pensaría ella de veras que algún día se casarían? Las pálidas, minúsculas pecas en la piel brillante bajo sus ojos inocentes. Los dientes delanteros, muy regulares, ligeramente prominentes. Su cuello suave, tibio. Sintió de nuevo la presión de las lágrimas. ¿Pasaría con ella lo mismo que con May, Judy, Juliette, Augusta y todos sus otros amores encendidos? Oyó que en el cuarto vecino la bailarina cerraba la puerta, se lavaba, se aclaraba concienzudamente la garganta. Algo cayó tintineando. El prestidigitador empezó a roncar.»

Me acerco rápidamente al punto culminante de la vida sentimental de Sebastian y al examinar lo ya hecho a la pálida luz de la tarea que aún tengo por delante me siento muy desazonado. ¿He dado hasta ahora una idea de la vida de Sebastian tan exacta como esperaba, como aún espero hacer con relación al período final? La oscura lucha con un idioma extranjero y la falta total de experiencia literaria no favorecen la fe en uno mismo. Pero por mal que haya desempeñado mi labor en los capítulos precedentes, estoy resuelto a perseverar y en esto me alienta el secreto conocimiento de que de algún modo la sombra de Sebastian trata de ayudarme.

Además he recibido una ayuda menos abstracta. P. G. Sheldon, el poeta, que vio con mucha frecuencia a Clare y a Sebastian entre 1927 y 1930, tuvo la amabilidad de referirme cuanto sabía, cuando lo visité poco después de mi frustrado encuentro con Clare. Y fue él quien, un par de meses más tarde (cuando yo había iniciado ya este libro), me informó sobre el destino de la pobre Clare. Parecía una mujer tan normal y saludable... ¿Cómo es posible que se desangrara hasta morir junto a una cuna vacía? Sheldon me contó la alegría de Clare cuando *Éxito* resultó fiel a su título. Porque esta vez fue todo un éxito. Es imposible explicar por qué un libro excelente cayó en la indiferencia y por qué otro libro, tan excelente como aquel, recibió lo que se merecía. Como en el caso de su primera novela, Sebastian no movió un dedo ni hizo la menor gestión para que *Éxito* gozara de una publicidad detonante o fuera cálidamente recibido. Cuando una agencia empezó a acosarlo con recortes encomiásticos de los diarios, Sebastian se negó a abonarse al servicio de recortes y a dar las gracias a los autores de las notas. Expresar agradecimiento a alguien que al decir lo que piensa de un libro no hace más que cumplir con su deber, parecía a Sebastian impropio y hasta insultante, como si ello implicara cierta simpatía humana en la gélida serenidad del juicio desapasionado. Además, una vez lanzado al agradecimiento se habría visto obligado a seguir agradeciendo y agradeciendo cada juicio amable, so pena de ofender a alguien con un súbito silencio: y por fin, esa exagerada cordialidad habría ocasionado que, a pesar de la renombrada honestidad de tal o cual crítico, el autor agradecido nunca estuviera totalmente seguro de que su simpatía personal no hubiese influido aquí o allá.

En nuestros días la fama se confunde con demasiada frecuencia con la aureola perdurable que rodea un buen libro. Pero sea como fuere, Clare era feliz con eso. Quería ver a las personas que deseaban conocer a Sebastian, quien, por su parte, alardeaba de no querer verlas. Quería oír hablar a los extraños sobre Éxito, pero Sebastian decía que ese libro ya no le interesaba. Quería que Sebastian se asociara a un club literario y se relacionara con otros autores. Y una o dos veces Sebastian se puso una camisa almidonada y se la quitó sin haber pronunciado palabra en el almuerzo dado en su honor. No se sentía demasiado bien. Dormía mal. Tenía terribles estallidos de ira..., cosa nueva para Clare. Una tarde, mientras trabajaba en La montaña cómica y procuraba seguir por un sendero resbaladizo, entre los negros meandros de la neuralgia, Clare entró en el estudio y preguntó con su voz más suave si deseaba recibir a un visitante.

–No –respondió Sebastian, mostrando los dientes mientras escribía una última palabra.

–Pero tú lo has citado para las cinco y...

–¡Ya lo has conseguido! –exclamó Sebastian.

Arrojó su estilográfica contra la espantada pared blanca.

–¡No puedes dejarme trabajar en paz! –gritó en tal crescendo que P. G. Sheldon, que había estado jugando al ajedrez con Clare en el cuarto vecino, se puso de pie y fue a cerrar la puerta que daba al vestíbulo, donde esperaba un hombrecillo de aire manso.

De cuando en cuando lo asaltaban imperiosos deseos de bromear. Una noche, con Clare y un par de amigos, inventó una broma estupenda que gastaría a alguien con quien debían encontrarse después de cenar. Es curioso, pero Sheldon no recordaba exactamente en qué consistía la broma. Sebastian reía y giraba sobre sus talones, batiendo palmas, como siempre que estaba realmente divertido. Ya estaban todos a punto de partir, y Clare había llamado un taxi, y sus zapatos plateados centelleaban, y había encontrado su bolso, cuando de pronto Sebastian pareció perder todo interés en el asunto. Parecía harto, bostezaba casi sin abrir la boca, de un modo que producía a los demás no poca desazón. Al fin anunció que sacaría a pasear al perro y después se metería en la cama. En aquella época tenía un pequeño bulldog negro que después enfermó y hubo de ser sacrificado.

La montaña cómica vio la luz, y después Albinos de negro, y después su tercer y último relato, La otra faz de la luna. Recordarán ustedes ese delicioso personaje que aparece en él, el hombrecillo de aire manso que espera un tren que lleva a tres míseros viajeros en tres direcciones diferentes. Ese Mr. Siller es, acaso, la más viviente de las criaturas de Sebastian y el representante más cabal del «tema de la indagación» que he esbozado con respecto a Caleidoscopio y Éxito. Es como si una idea que hubiese ido desarrollándose a través de dos libros adquiriera de pronto existencia física real en Mr. Siller, que se presenta con todos los pormenores de sus hábitos y sus maneras, palpable, único: las cejas hirsutas, el bigote modesto, el cuello blando y la nuez de Adán «moviéndose como la figura encorvada de alguien que está escuchando a hurtadillas», los ojos pardos, las venillas rojas en la gran nariz, «cuya forma hacía preguntarse dónde habría perdido la giba», la corbatilla negra y el viejo paraguas («un pato de luto riguroso»), la negra vegetación de la nariz, la hermosa sorpresa del esplendor perfecto cuando se quita el sombrero. Pero Sebastian empeoraba a medida que su trabajo mejoraba. Los intervalos le eran especialmente penosos. Sheldon cree que el mundo del último libro, que habría de escribir varios años después (El extraño asfódelo), ya arrojaba su sombra sobre cuanto rodeaba a Sebastian y que sus novelas y relatos no eran sino máscaras brillantes, hábiles tentadores bajo el pretexto de la aventura artística que debían conducirlo a una meta inminente. Sin duda quería a Clare como la había querido siempre, pero la aguda sensación de mortalidad que había empezado a obsesionarlo hizo que sus relaciones con ella parecieran más frágiles de lo que en realidad eran. En cuanto a Clare, casi inadvertidamente en su inocencia, se había aislado en un rincón agradable y soleado de la vida de Sebastian en que el propio Sebastian no se había detenido nunca. Ahora se sentía rezagada y no sabía si apresurar el paso hasta alcanzarlo o llamarlo para que retrocediera. Se mantenía alegremente atareada, cuidando de los intereses literarios de Sebastian y ordenando su vida en general, y aunque sin duda comprendía que algo no andaba bien, que era peligroso perder contacto con la existencia imaginativa de Sebastian, quizá se consolara pensando que aquella era una inquietud pasajera y que «todo se arreglaría poco a poco». Desde luego, no puedo llegar al fondo íntimo de esa relación, ante todo porque sería ridículo discutir lo que nadie puede afirmar resueltamente, y después porque el sonido mismo de la palabra «sexo», con su sibilante vulgaridad y el maullido de la equis, me parece tan vacuo que no puedo sino preguntarme si hay en verdad una idea real tras la palabra. Dar al «sexo» una posición importante cuando nos referimos a un problema humano o, peor aún, permitir que la «idea sexual», si existe semejante cosa, se extienda y «explique» todo lo demás es un grave error de razonamiento.

«La ruptura de una ola no puede explicar el mar entero, desde su luna a su serpiente; pero un estanque, en un hoyo abierto en la roca, y el camino de centelleo diamantino hacia Catai son, ambos, agua» (La otra faz de la luna).

«El amor físico no es sino otro modo de decir la misma cosa y no una nota especial de saxofón que, una vez oída, tiene eco en todas las demás regiones del alma» (El bien perdido, página 82). «Todo pertenece al mismo orden de cosas, pues tal es la unicidad de la percepción humana, la unicidad de la individualidad, la unicidad de la materia, sea lo que fuere la materia. El único número verdadero es el uno: los demás son mera repetición» (ibid., pág. 83). Aun de haber sabido yo por alguna fuente digna de crédito que Clare no se ajustaba a los requisitos amatorios de Sebastian, no se me habría ocurrido escoger esa insatisfacción como motivo para su nerviosismo y excitación generales. Pero así como todo lo dejaba insatisfecho, el tono de sus amores también pudo decepcionarlo. Advierto que uso la palabra insatisfacción muy genéricamente, pues el estado de ánimo de Sebastian en ese período era algo mucho más complicado que un simple Weltschmerz. Solo podemos reconstruirlo a través de su último libro, El extraño asfódelo. Ese libro era por entonces solo una bruma distante. Al fin se volvió el perfil de una costa. En 1929 un famoso cardiólogo, el doctor Oates, aconsejó a Sebastian que pasara un mes en Blauberg, Alsacia, donde cierto tratamiento había resultado eficaz en muchos casos similares. El viaje quedó tácitamente concertado. Antes de marcharse, Miss Pratt, Sheldon, Clare y Sebastian tomaron el té juntos. Sebastian se mostró alegre y locuaz y bromeó con Clare, que había olvidado su pañuelo arrugado entre las cosas que le había metido en la maleta. Después echó una mirada al reloj de pulsera de Sheldon (objeto que él no usaba) y empezó a moverse nerviosamente, aunque faltaba casi una hora para la partida. Clare no sugirió que podía acompañarlo al tren: sabía que eso le disgustaría. Sebastian la besó en la sien y Sheldon lo ayudó a llevar su equipaje (¿he dicho ya que, aparte una mujer que iba a limpiar periódicamente la casa y el mozo de un restaurante vecino que le llevaba las comidas, Sebastian no tenía criados?). Cuando se marchó, los tres permanecieron unos minutos sentados, en silencio.

De pronto Clare depositó sobre la mesa la tetera y dijo:

–Es como si ese pañuelo hubiese querido marcharse con él... Debí tomarlo como un aviso...

–No sea tonta –dijo Sheldon.

–¿Por qué no? –preguntó Clare.

–Si quieres decir que procurarás tomar el mismo tren... –empezó Miss Pratt.

–¿Por qué no? –repitió Clare—. Tengo cuarenta minutos. Correré a mi casa, tomaré un par de cosas, cogeré un taxi...

Y lo hizo. Lo que ocurrió en la estación Victoria no se sabe, pero una hora después Clare telefoneó a Sheldon, que se había marchado a su casa, y con una risilla más bien patética le dijo que Sebastian no le había permitido siquiera quedarse en la estación hasta la partida del tren. La veo muy claramente llegar a ese lugar, con su maleta, los labios a punto de abrirse en una sonrisa alegre, sus ojos miopes escudriñando a través de las ventanillas del tren, buscándolo, encontrándolo. O acaso fue él quien la vio primero... «Hola, aquí estoy», debió de decir ella jubilosa, quizá con demasiado júbilo...

Sebastian le escribió, pocos días después, para decirle que el lugar era muy agradable y que se encontraba muy bien. Después hubo un silencio y solo cuando Clare envió un ansioso telegrama llegó una postal con la información de que acortaría su descanso en Blaumberg y pasaría una semana en París antes de regresar.

Hacia finales de aquella semana Sebastian fue a visitarme. Almorzamos juntos en un restaurante ruso. No lo había visto desde 1924 y corría el año 1929. Parecía enfermo, consumido; salía de la peluquería pero su palidez destacaba la sombra de la barba. En la nuca tenía un forúnculo cubierto de pomada rosa.

Después de hacerme varias preguntas sobre mí mismo, nos costó seguir la conversación. Le pregunté por la agradable muchacha con quien lo había visto la última vez.

–¿Qué muchacha? –preguntó—. Ah, Clare... Sí, está bien. Estamos algo así como casados.

–Pareces desmejorado...

–Lo cual me trae absolutamente sin cuidado. ¿Tomarás pelmenies?

–Es curioso que todavía recuerdes qué sabor tienen.

–¿Y por qué no había de recordarlo? –dijo secamente.

Comimos en silencio unos minutos. Después tomamos café.

– ¿Cómo has dicho que se llamaba el lugar? ¿Blauberg?

–Sí, Blauberg.

–¿Es agradable?

–Depende de lo que llares agradable. –Los músculos de las mejillas se le pusieron tensos, como si contuviera un bostezo–. Perdona –dijo–. Espero dormir en el tren.

Eché una mirada a mi muñeca.

–Las ocho y media –dije.

–Tengo que telefonar –murmuró, y se deslizó a través del restaurante con la servilleta en la mano.

Cinco minutos después regresaba con la servilleta medio metida en el bolsillo de la chaqueta. Se la saqué.

–Mira –dijo–, lo siento mucho, pero tengo que irme. He olvidado que tenía una cita.

«Siempre me ha angustiado –escribe Sebastian Knight en El bien perdido– que en los restaurantes la gente no advierte nunca los misterios animados que les llevan la comida y les retiran los abrigos y les abren las puertas. Una vez recordé a un hombre de negocios con quien había almorzado pocas semanas antes, que la mujer que nos había alcanzado los sombreros tenía algodones en las orejas. El hombre pareció sorprendido y dijo que no había visto a ninguna mujer... Una persona que no ve el labio leporino de un conductor de taxi porque tiene prisa por llegar a alguna parte es para mí un monomaniaco. Muchas veces me he sentido como sentado entre ciegos y locos, al pensar que era el único en la multitud que se daba cuenta de que la chocolatera era ligeramente coja.»

Al salir del restaurante, mientras nos dirigíamos hacia la fila de taxis, un viejo de ojos legañosos se humedeció el pulgar y ofreció a Sebastian o a mí o a ambos

uno de los anuncios impresos que distribuía. Ninguno de los dos lo tomó; seguimos mirando adelante: tétricos soñadores ignorantes de la oferta.

–Bueno, adiós –dije a Sebastian, que llamaba un automóvil.

–Ven a visitarme algún día a Londres –dijo él, mirando por encima de su hombro–. Un momento –agregó–. No está bien... He ignorado a un mendigo...

Me dejó y luego volvió con una hoja de papel en la mano. La leyó cuidadosamente antes de tirarla.

–¿Quieres que te acerque? –preguntó.

Sentí que estaba ansioso por librarse de mí.

–No, gracias –dije. No retuve la dirección que dio al chófer, pero recuerdo que le pidió que marchara con rapidez.

Cuando volvió a Londres... No, el hilo de la narración se rompe y debo acudir a otros para que lo reanuden.

¿Advirtió Clare que algo había ocurrido? ¿Sospechó qué era ese algo?
¿Debemos conjeturar qué preguntó a Sebastian y qué respondió él y qué dijo ella entonces? Creo que no debemos hacerlo... Sheldon los vio poco después del regreso de Sebastian y encontró extraño a Sebastian. Pero ya antes lo había encontrado extraño...

–Al fin empezó a preocuparme –dijo Sheldon. Se entrevistó a solas con Clare y le preguntó si ella pensaba que Sebastian estaba bien.

–¿Sebastian? –dijo Clare con una sonrisa lenta y terrible–. Sebastian está loco. Completamente loco –repitió, abriendo desmesuradamente sus ojos pálidos–. Ha dejado de hablarme –agregó con voz muy tenue.

Entonces Sheldon fue a ver a Sebastian y le preguntó qué le pasaba.

–¡Qué te importa! –dijo Sebastian con una especie de perversa frialdad.

–Quiero a Clare –dijo Sheldon–, y quiero saber por qué anda como un alma en pena.

(Clare iba todos los días a casa de Sebastian y se sentaba en rincones donde nunca se había sentado. A veces le llevaba dulces o una corbata. Los dulces permanecían intactos y la corbata colgaba sin vida del respaldo de una silla. Parecía pasar a través de Sebastian como una sombra. Después se desvanecía tan silenciosamente como había llegado.)

–Bueno, suéltalo ya –le apremió Sheldon–. ¿Qué le has hecho?

Lo cierto es que Sheldon no le arrancó nada. Todo cuanto supo provino de la propia Clare, y fue muy poco. Desde su regreso a Londres Sebastian recibía cartas en ruso de una mujer que había conocido en Blauberg. Habían vivido en el mismo hotel. Y eso era todo.

Seis semanas después (en septiembre de 1929), Sebastian salió otra vez de Inglaterra y estuvo ausente hasta enero del año siguiente. Nadie supo dónde había estado. Sheldon sugiere que debió de estar en Italia, «que es donde suelen ir los amantes». Pero nada autoriza esa suposición.

Ignoramos si hubo alguna explicación entre Sebastian y Clare o si él le dejó una carta al partir. Clare se marchó apaciblemente, como había llegado. Se mudó de casa: vivía demasiado cerca de Sebastian. Cierta triste tarde de noviembre, Miss Pratt la encontró en medio de la niebla, mientras regresaba de una compañía de seguros, donde había encontrado trabajo. A partir de entonces, ambas muchachas se vieron a menudo, pero el nombre de Sebastian se pronunció muy pocas veces en sus conversaciones. Cinco años después, Clare se casó.

El bien perdido, que Sebastian había empezado por entonces, aparece como una especie de alto en su viaje literario de descubrimiento: es un resumen, un recuerdo de las cosas y almas perdidas en la travesía, una actualización de las posiciones, el ruido de los cascos de los caballos que pastan en la oscuridad, los fuegos de un campamento, estrellas en lo alto. Hay en el libro un breve capítulo que se refiere a la caída de un avión (mueren el piloto y todos los pasajeros, menos uno). El superviviente, un anciano inglés, es descubierto por un granjero a cierta distancia del accidente. Está sentado en una piedra, acurrucado, la imagen misma del dolor y la desgracia. «¿Está muy herido?», pregunta el granjero. «No –responde el inglés–; dolor de muelas. Lo he tenido durante todo el viaje.» En un campo se encuentran media docena de cartas: restos del correo aéreo. Dos de ellas son cartas de negocios, muy importantes; la tercera está dirigida a una mujer, pero empieza: «Estimado Mr. Mortimer: En respuesta a su atenta del 6 del corriente...»; la cuarta es un saludo de cumpleaños; la quinta es la carta de un espía, con su terrible secreto escondido en un montón de vana cháchara; la última es un sobre dirigido a una compañía mercantil y lleva

dentro una carta equivocada, una carta de amor: «Esto te dolerá, pobre amor mío. Nuestro paseo ha terminado; el oscuro camino está lleno de baches y en el coche el niño más pequeño está a punto de caer enfermo. Un tonto del montón te diría: sé valiente. Pero cuanto pueda decirte yo para consolarte o sostenerte no puede ser sino un flan..., ya sabes qué quiero decir. Siempre has sabido qué quiero decir yo. La vida contigo ha sido tan encantadora... y cuando digo encantadora, quiero decir palomas y lirios, y terciopelo, y esa suave “r” rosada en el medio, y el modo con que tu lengua se ahuecaba para pronunciar la larga, lenta “1”. Nuestra vida en común estaba hecha de aliteraciones, y cuando pienso en todas las cosas menudas que morirán, ahora que no podemos compartirlas, siento como si también nosotros estuviéramos muertos. Y quizá lo estemos. Cuanto mayor era nuestra felicidad, tanto más brumosos eran sus bordes, como si su silueta se diluyera. Ahora se ha diluido por completo. No he dejado de quererte; pero algo ha muerto en mí, y no puedo verte en la bruma... Esto es pura poesía. Estoy mintiéndote. Cándidamente. No hay nada más cobarde que un poeta que se anda por las ramas. Supongo que habrás adivinado la verdad: la maldita fórmula de “otra mujer”. Soy muy desgraciado con ella... y esto es verdad. Y creo que no hay más que decir desde este punto de vista. Siento que hay algo esencialmente equivocado en el amor. Los amigos pueden enfadarse o apartarse, y esto ocurre en las amistades más firmes, pero no con este dolor, este pathos, esta fatalidad que es propia del amor. La amistad nunca tiene este aire de condena. ¿Por qué?, ¿qué pasa? No he dejado de quererte, pero como no puedo seguir besando tu amado rostro en sombras debemos separarnos, debemos separarnos. ¿Por qué ha de ser así? ¿Qué es esta misteriosa exclusividad? Podemos tener centenares de amigos, pero solo un amante. Los harenes nada tienen que ver con el amor: hablo de la danza, no de la gimnasia. ¿O es imaginable un turco que ama a cada una de sus cuatrocientas mujeres como yo te amo a ti? Porque si digo “dos” habré empezado a contar y ya no habrá fin para la cuenta. No hay sino un número: uno. Y el amor parece el mejor exponente de tal singularidad. Adiós, pobre amor mío. Nunca te olvidaré ni te reemplazaré. Sería absurdo por mi parte intentar convencerte de que tú eras el amor más puro y de que esta otra pasión no es sino una comedia de la carne. Todo es carne y todo es pureza. Pero algo es indudable: he sido feliz contigo y ahora soy desgraciado con otra. Así ha de seguir la vida... Bromearé con mis compañeros en la oficina y disfrutaré de mis comidas (hasta que tenga dispepsia), y leeré novelas, y escribiré versos, vigilaré las acciones y en general me portaré como me he portado siempre. Pero esto no significa que seré feliz sin ti... Cada objeto que me recuerde tu presencia –la mirada de desaprobación a la habitación donde has esponjado los almohadones

y hablado al atizador, todas las cosas pequeñas que hemos descubierto juntos— me parecerá siempre la mitad de un caparazón, la mitad de una novela; y eres tú quien tiene la otra mitad. Adiós. Vete, vete. No escribas. Cásate con Charlie o con un buen hombre con una pipa entre los dientes. Olvídame ahora, pero recuérdame después, cuando haya pasado la parte amarga. Esta mancha no se debe a una lágrima. Se me ha roto la estilográfica y uso una pluma inmundada en esta inmunda habitación de hotel. Hace un calor terrible y no he sido capaz de pescar el negocio que, se suponía, “habría de llegar a un término feliz”, como dice el asno de Mortimer. Creo que te habrán llegado un par de libros míos. Pero eso tiene poca importancia. Por favor, no escribas. L.»

Si quitamos a esta carta ficticia todo cuanto se relaciona con su presunto autor, creo que Sebastian pudo sentir mucho de lo que se dice en ella y aun escribírselo a Clare. Tenía el curioso hábito de atribuir a sus personajes, incluso los más grotescos, tal o cual idea o impresión o deseo que hubieran podido ser suyos. La carta de su héroe quizá sea un código en que expresó unas cuantas verdades sobre sus relaciones con Clare. No sé de otro escritor que haya empleado su arte de manera tan misteriosa (misteriosa para mí, que deseo ver al hombre real detrás del autor). La luz de la verdad personal es difícil de percibir en el centelleo de una naturaleza imaginativa, pero es todavía más difícil de entender el hecho asombroso de que un hombre que escribe cosas que siente realmente en el momento de escribir pueda tener el poder de crear simultáneamente —y a partir de las cosas mismas que lo angustian— un personaje ficticio y ligeramente absurdo.

Sebastian volvió a Londres a comienzos de 1930 y se metió en cama después de un grave ataque al corazón. De algún modo se las ingenió para seguir trabajando en *El bien perdido*, que me parece su libro más fácil. Es necesario tener presente, para leer las líneas que siguen, que Clare había tenido a su cargo exclusivo la dirección de los negocios literarios de Sebastian. Con su partida, las cosas se convirtieron en una maraña. En muchos casos Sebastian no tenía la menor idea del estado de sus asuntos e ignoraba cuáles eran sus relaciones con tal o cual editor. Estaba confundido, era tan ineficaz, tan absolutamente incapaz de recordar un solo nombre o una dirección o lugar donde había dejado algo, que se encontró en las dificultades más absurdas. Cosa curiosa, la distracción infantil de Clare había sido reemplazada por una claridad perfecta y una firmeza inquebrantable en cuanto se refería a los asuntos de Sebastian. Ahora todo cayó en desorden. Sebastian no había aprendido a escribir a máquina y estaba ahora demasiado nervioso para intentarlo. La montaña cómica se publicó

simultáneamente en dos revistas norteamericanas y Sebastian era incapaz de explicar cómo había vendido el libro a dos personas diferentes. Después hubo una confusión con un hombre que deseaba filmar *Éxito* y que había pagado de antemano a Sebastian (sin que este reparara en ello, tal era la distracción con que leía sus cartas) una versión reducida e «intensificada» que nunca había pensado hacer. Caleidoscopio se puso nuevamente a la venta, pero Sebastian lo ignoraba. Las invitaciones no encontraban respuestas. Los números telefónicos eran fuente de dudas y la busca de tal o cual sobre donde había garabateado un número era más agotadora que la elaboración de un capítulo. Y además... su mente estaba en otra parte, tras las huellas de una amante lejana, aguardando su visita y la visita se habría producido y él no habría sido capaz de esperar y habría ocurrido lo mismo que aquella vez en que Roy Carswell lo vio: un hombre escuálido envuelto en un gran abrigo, en pantuflas y subiendo a un coche-cama.

Fue a principios de este período cuando apareció Goodman. Poco a poco, Sebastian lo dejó encargarse de todos sus negocios literarios, y se sintió muy aliviado de encontrar un secretario tan eficaz. «Solía encontrarlo –escribe Goodman– tendido en la cama como un leopardo sombrío» (esto me recuerda de algún modo el lobo con cofia de Caperucita roja)... «Nunca en mi vida había visto –sigue en otro párrafo– un ser de aire tan abandonado... Me dicen que Marcel Proust, al que Knight imitaba consciente o inconscientemente, también mostraba gran inclinación hacia ciertas actitudes “interesantes” y descuidadas...» Más adelante: «Knight era muy delgado, pálido y de manos muy sensibles, que le gustaba exhibir con femenina coquetería. Una vez me confesó que le gustaba echar media botella de perfume francés en su baño matinal, pero a pesar de todo ello tenía un aspecto muy descuidado. Knight era extraordinariamente vanidoso, como muchos de los autores de vanguardia. Una o dos veces lo sorprendí pegando recortes, que sin duda eran reseñas de sus libros, en un álbum muy lujoso que guardaba bajo llave en su escritorio, quizá un poco avergonzado de que mi mirada crítica atestiguara el fruto de su humana flaqueza... Solía viajar al extranjero, dos veces al año, por lo menos, quizá a divertirse... Pero hacía de ello gran misterio y exhibía una languidez byroniana. No puedo sino presumir que sus viajes al Continente formaban parte de su programa artístico... Era el perfecto poseur.»

Pero Goodman se vuelve realmente elocuente cuando empieza a discurrir sobre cosas más profundas. Su idea es mostrar y explicar el «abismo fatal entre el artista Knight y el mundo fragoroso que lo rodea» (una fisura circular, evidentemente). «El inconformismo de Knight era su ruina», exclama Goodman,

y se demora en tres puntos suspensivos. «El aislamiento es un pecado capital en una era en que una humanidad perpleja se vuelve ávida hacia sus escritores y pensadores y les exige atención –si no remedio– para sus lamentos y heridas... La “torre de marfil” es inaceptable, a menos que se transforme en un faro o en una radioemisora... En tal época... agitada por problemas acuciantes... la crisis económica... mudo... hostigado... el hombre de la calle... el auge del capitalismo... el desempleo... la inmediata guerra supermundial... nuevos aspectos de la vida de familia... el sexo... la estructura del universo...» Los intereses de Goodman, como vemos, son vastos. «Knight se negó a interesarse de cualquier modo por los problemas contemporáneos... Cuando se le pedía que se uniera a tal o cual movimiento, que tomara parte en alguna asamblea momentánea o simplemente que pusiera su firma, entre nombres más famosos, al pie de algún manifiesto de verdad imperecedera o que denunciara una gran iniquidad... se negaba de lleno a pesar de todos mis consejos y hasta ruegos... En verdad, en su último (y más oscuro) libro, contempla el mundo, pero el ángulo que elige y los aspectos que advierte son completamente diferentes de lo que un lector serio esperaría de un autor serio... Es como si a un investigador consciente de la vida y de los sistemas de una gran empresa se le mostrara, con elaborados circunloquios, una abeja muerta en el alféizar de una ventana... Cuando le llamaba la atención acerca de tal o cual libro que me había fascinado porque era de interés vital o general, respondía puerilmente que era un engañoso o hacía cualquier otra observación inoportuna... Confundía soledad con altitud y el sol con el latín. No comprendía que era tan solo un rincón oscuro. Sin embargo, como era hipersensible (recuerdo cómo se estremecía cuando me estiraba los dedos para que crujieran las articulaciones, mala costumbre que tengo cuando medito) no podía sino sentir que algo andaba mal..., que se apartaba cada vez más de la vida... y que el interruptor no funcionaba en su solarío. El sufrimiento que había empezado como la reacción de un joven honrado contra el mundo violento en que su juventud temperamental había sido arrojada, y que después siguió exhibiéndose como una máscara elegante en los días de éxito, adquirió una realidad nueva y horrible. La banda que ornaba su pecho no decía ya: “Soy el artista solitario.” Manos invisibles la habían reemplazado por otra que decía: “Estoy ciego.”»

Sería un insulto para la agudeza del lector comentar la amenidad de Goodman. Si Sebastian estaba ciego, su secretario, en todo caso, no hace figura muy brillante en su papel de lazarillo. Roy Carswell, que pintó en 1933 el retrato de Sebastian, me dijo que se reía a carcajadas al oír contar a Sebastian sus relaciones con Goodman. Es posible que no hubiera tenido nunca bastante

energía para librarse de ese pomposo personaje de no haberse mostrado este demasiado emprendedor. En 1934, Sebastian escribió a Roy Carswell desde Cannes comentándole que había descubierto por casualidad (muy pocas veces releía sus propios libros) que Goodman había cambiado un epíteto en la edición Swan de La montaña cómica. «Lo he despedido», agregó. Goodman se abstiene modestamente de mencionar el detalle. Después de agotar su acopio de impresiones, y concluyendo que la causa real de la muerte de Sebastian fue la conciencia final de haber sido «un fracaso humano y, por ende, también artístico», explica alegremente que su trabajo como secretario terminó porque se dedicó a otra clase de negocios. No volveré a referirme al libro de Goodman. Descartémoslo.

Pero cuando miro el retrato que pintó Roy Carswell me parece ver un guiño imperceptible en los ojos de Sebastian, a pesar de toda la tristeza de su expresión. El pintor ha reproducido maravillosamente el oscuro gris verdoso y húmedo de sus pupilas, con un halo aún más oscuro y una insinuación de polvo dorado como una constelación en torno al iris. Los párpados son pesados y quizá un poco inflamados, y una o dos venas parecen haber estallado en el esplendor del blanco. Esos ojos, el rostro mismo, están pintados de tal modo que parecen reflejarse como Narciso en el agua clara: hay en la mejilla hundida un leve ondular debido a la presencia de una araña de agua que se ha posado sobre la frente reflejada, arrugada como la de quien mira intensamente. Sobre ella, el pelo rizado parece esfumado por otro ondular, pero un mechón sobre la sien refleja un húmedo destello de sol. Hay una honda arruga entre las cejas rectas, y otra desde la nariz hasta los labios herméticamente cerrados. No hay mucho más en esa cabeza. Una oscura sombra opalescente nubla el cuello, como si la parte superior del cuerpo se retirara. El fondo es de un azul misterioso, con una delicada trama de ramas en un ángulo. Sebastian se mira, pues, en un estanque.

—Quería insinuar a una mujer, tras él o sobre él, quizá la sombra de una mano..., algo... Pero temí narrar en vez de pintar.

—Bueno, nadie parece saber nada sobre la mujer. Ni siquiera Sheldon.

—Fue la ruina de su vida, y eso la resume, ¿no es así?

—No, yo quiero saber más. Quiero saberlo todo. De lo contrario, será para mí tan incompleto como su retrato. Oh, es muy bueno, el parecido es excelente, me encanta esa araña que flota. Sobre todo la sombra de sus patas en el fondo. Pero

la cara es solo un reflejo fortuito. Cualquier hombre puede reflejarse en el agua.

–Pero ¿no cree que él lo hizo particularmente bien?

–Sí, sé a que se refiere. Pero a pesar de todo tengo que encontrar a esa mujer. Es el eslabón que falta en su evolución, y tengo que conseguirlo... Es una necesidad científica.

–Le apuesto este retrato a que no la encontrará –dijo Roy Carswell.

Lo primero era averiguar su identidad. ¿Cómo empezaría mi indagación? ¿Qué datos poseía? En junio de 1929, Sebastian había vivido en el Hotel Beaumont, en Blauberg, y allí la había conocido. Era rusa. No tenía otra pista.

Comparto la aversión de Sebastian por los fenómenos postales. Me parece más fácil viajar mil kilómetros que escribir la carta más breve, encontrar un sobre, la dirección exacta, comprar el sello, enviar la carta y romperme la cabeza pensando si la he firmado. Además, en el delicado asunto que estaba a punto de emprender, la correspondencia estaba fuera de cuestión. En marzo de 1936, después de pasar un mes en Inglaterra, consulté una oficina de turismo y partí hacia Blauberg.

Por aquí pasó Sebastian, reflexionaba mientras miraba los campos húmedos, con largas colas de niebla blanca donde flotaban enhiestos álamos. Una aldea de tejados rojos se acurrucaba al pie de una suave montaña gris. Dejé mi equipaje en la mísera estación donde un ganado invisible mugía tristemente en algún vagón y me dirigí por una suave pendiente hacia un grupo de hoteles y sanatorios, más allá de un parque oloroso y húmedo. Había pocas personas, no era «temporada alta», y súbitamente me dije con angustia que quizá encontraría cerrado el hotel.

Pero no fue así: la suerte me acompañaba.

La casa parecía muy agradable, con su jardín bien cuidado y los castaños llenos de brotes. Parecía no dar cabida a más de cincuenta personas, y eso me alivió: mi investigación sería reducida. El gerente del hotel era un hombre de pelo gris y barba ornamental y aterciopelados ojos negros. Me conduje con suma cautela.

Empecé por decir que mi difunto hermano, Sebastian Knight, un celebrado escritor inglés, gustaba mucho de ese lugar y que yo pensaba pasar el verano en el hotel. Acaso debí tomar una habitación, meterme en ella, congraciarme con el gerente, por así decirlo, y posponer mi indagación hasta un momento más favorable. Pero pensé que debía acabar con el asunto de inmediato. Dijo que sí, que recordaba al inglés que había vivido allí en 1929 y se bañaba todas las mañanas.

–No era muy inclinado a hacer amigos, ¿verdad? –pregunté como por casualidad–. ¿Estaba siempre solo?

–Oh, creo que estaba aquí con su padre– dijo vagamente el hotelero.

Durante algún tiempo luchamos por distinguir entre los cuatro o cinco ingleses que habían pasado por el Hotel Beaumont en los últimos diez años. Comprendí que apenas recordaba a Sebastian.

–Seamos francos –dije al fin–. Trato de encontrar la dirección de una dama, amiga de mi hermano, que vivió aquí por la misma época que él.

El hotelero levantó ligeramente las cejas y tuve la sensación de que había cometido una torpeza.

–¿Para qué? –dijo.

«¿Tendré que sobornarlo?», pensé rápidamente.

–Bueno, estoy dispuesto a pagarle por su información...

–¿Qué información? –preguntó.

Era un viejo estúpido y receloso... que ojalá no lea nunca estas líneas.

–Me pregunto –seguí pacientemente– si será usted lo bastante amable para ayudarme a encontrar la dirección de una dama que vivió aquí en la misma época que Mr. Knight, es decir en junio de 1929.

–¿Qué dama? –preguntó el viejo con el tono de la oruga de Lewis Carroll.

–No estoy seguro de su nombre –dije nerviosamente.

–Entonces, ¿cómo espera que la encuentre? –dijo el hombre, encogiéndose de hombros.

–Era rusa –dije–. Quizá recuerde usted una dama rusa, una mujer joven y, bueno..., atractiva.

–*Nous avons eu beaucoup de jolies dames* –respondió, cada vez más distante–. ¿Cómo puedo acordarme?

–Bueno, lo más simple de todo sería revisar sus libros y buscar los nombres rusos por junio de 1929.

–Habrá muchos –dijo–. ¿Cómo encontraremos el que necesita si no lo sabe?

–Déme usted los nombres y las direcciones –dije desesperadamente– y déjeme hacer el resto.

Suspiró hondamente y sacudió la cabeza:

–No.

–¿Quiere decir que no lleva libros? –pregunté, tratando de hablar con calma.

–Oh, los llevo muy bien. Mi negocio requiere gran orden en esas cosas. Oh, sí, he anotado todos los nombres.

Se alejó al fondo del cuarto y tomó un gran volumen negro.

–Aquí..., primera semana de julio de 1935..., profesor Ott con su mujer, coronel Samain...

–Oigame –dije–, no me interesa el mes de julio de 1935, lo que quiero...

Cerró su libro y se lo llevó.

–Solo quería mostrarle –dijo, volviéndome la espalda (se oyó una cerradura)– que llevo en orden mis libros.

Volvió al escritorio y dobló una carta que yacía sobre el secante.

–Verano de 1929 –supliqué–. ¿Por qué no quiere usted mostrarme las páginas que necesito?

–Bueno, es algo que no debe hacerse. Primero, no quiero que un desconocido moleste a personas que han sido y serán mis clientes. Segundo, porque no entiendo por qué se muestra usted tan ansioso por encontrar a una mujer que no puede nombrar. Y tercero..., no quiero meterme en líos. Ya los he tenido bastante... En el hotel de la esquina una pareja suiza se suicidó en 1929 –agregó, de manera un tanto inconexa.

–¿Es su última palabra? –pregunté.

Asintió y miró su reloj. Giré sobre mis talones y golpeé la puerta detrás de mí, o al menos traté de golpearla: era una de esas malditas puertas automáticas que se resisten al empujón.

Lentamente, regresé a la estación. El parque. Quizá Sebastian recordara aquel banco de piedra, bajo aquel cedro, en el momento de morir. El perfil de aquella montaña pudo ser el fondo de una noche inolvidable. El lugar entero me parecía un inmenso montón de desperdicios donde se hubiera perdido una alhaja. Mi fracaso era absurdo, horrible, doloroso. La gravosa apatía de un sueño agotado. Desesperados manoteos en medio de cosas que se esfuman. ¿Por qué era el pasado tan rebelde?

«¿Qué haré ahora?» La corriente de la biografía que tanto deseaba seguir se hundía en la pálida niebla después de un recodo, como el valle que contemplaba ahora. ¿Podía prescindir del dato y escribir el libro? Un libro con un pasaje en blanco. Una imagen inacabada..., miembros incoloros del mártir con los dardos en el flanco.

Me sentía perdido, no tenía adonde ir. Había calculado bastante los medios de descubrir el último amor de Sebastian y sabía que no había otra manera de dar con el nombre. ¡Su nombre! Estaba seguro de poder reconocerlo de inmediato con solo echar una mirada a aquellos folios grasientos. ¿Debería abandonar la búsqueda y ponerme a recoger otros detalles menudos acerca de Sebastian que, lo sabía, me sería fácil obtener?

Me encontraba en medio de semejante confusión cuando tomé el pequeño tren de cercanías que me llevaría a Estrasburgo. Después seguiría hasta Suiza, y quizá... Pero no, era incapaz de sobrellevar el dolor agudo de mi fracaso; hice lo posible por sumergirme en un diario inglés que llevaba conmigo (me adiestraba, por así decirlo, leyendo exclusivamente el idioma inglés, como preparación para la obra que emprendería... Pero ¿quién puede emprender nada en tal estado de ánimo?).

Estaba solo en mi compartimiento (como suele ocurrir en la segunda clase de ese tipo de trenes), pero en la siguiente estación un hombrecillo de cejas pobladas subió al vagón, me saludó con aire europeo, en espeso francés gutural, y se sentó frente a mí. El tren siguió la marcha, derecho hacia el poniente. Súbitamente,

advertí que el pasajero me observaba fijamente.

–Tiempo maravilloso –dijo, quitándose el sombrero y exhibiendo una calva rosada–. ¿Es usted inglés? –preguntó sonriendo y con una leve inclinación.

–Pues... sí, por el momento.

–Lo veo, lee usted diario inglés –dijo, señalando con el dedo.

Después se quitó precipitadamente el guante de cabritilla y volvió a señalar (quizá le habían enseñado que es grosero señalar con el guante puesto). Murmuré algo y miré a otro lado: no me gusta conversar en los trenes y en aquel momento me sentía peculiarmente poco inclinado a hacerlo. Siguió mi mirada. El sol bajo inflamaba las muchas ventanas de un vasto edificio que giró lentamente, mostrando una inmensa chimenea, después otra, mientras el tren avanzaba.

–Es Flambaum y Roth –dijo el hombrecillo–. Gran fábrica. Papel.

Hubo una breve pausa. Después se rascó la gran nariz lustrosa y se inclinó hacia mí.

–He estado en Londres, Manchester, Sheffield, Newcastle –dijo.

Se quedó mirándose el pulgar, que no había intervenido en la cuenta.

–Sí –dijo–. Comerciante de juguetes. Antes de la guerra. Y jugaba un poco al fútbol –agregó, quizá porque advirtió que miré un campo escabroso con dos porterías en los extremos: una de ellas había perdido un travesaño.

Hizo un guiño; el bigotillo se le erizó.

–Una vez –empezó a decir, sacudiéndose con risa silenciosa–, una vez, sabe usted, corrí y chuté la pelota desde «fuera»...

–Oh –dije con tono exánime–. ¿Metió usted un gol?

–El viento lo metió. Fue una buena robinsonada.

–¿Una qué?

–Una robinsonada..., una buena jugarreta. Sí... ¿Viaja usted lejos? –preguntó con una vocecilla melosa.

–Bueno –dije–, este tren no va más allá de Estrasburgo.

–No, quiero decir en general. ¿Es usted viajante?

Dije que sí.

–¿De qué? –preguntó, ladeando la cabeza.

–Oh, de pasados, supongo... –respondí.

Asintió como si hubiera entendido. Después, inclinándose otra vez hacia mí, me tocó en la rodilla y dijo:

–Ahora vendo cuero,..., pelotas de cuero, sabe..., para fútbol. Y bozales para perros y cinturones como este.

Volvió a palmearme ligeramente la rodilla.

–Pero antes..., el año pasado, los cuatro años pasados, estaba en la policía... No, no; no del todo... con traje de civil... ¿Comprende?

Lo miré con súbito interés.

–Espere... Me da usted una idea –dije.

–Sí –dijo–. Si quiere una ayuda..., buen cuero, cigarette-étui, guantes de boxeo...

–Nada de eso –dije.

Cogió el sombrero que tenía junto a sí, en el asiento, se lo puso cuidadosamente (la nuez de Adán subía y bajaba) y después, con una brillante sonrisa, se lo quitó para saludarme.

–Me llamo Silbermann –dijo, tendiéndome la mano.

Nos dimos un apretón de manos y me presenté.

–Pero ese nombre no es inglés –exclamó, dándose una palmada en la rodilla–.

¡Es ruso! Gavrit parussky? También sé otras palabras... Espere... Ah, sí. Cookolkah..., la muñequita.

Calló un instante. Ya maduraba la idea que me había dado. ¿Consultaría a un detective privado? ¿Me resultaría útil aquel hombrecillo?

–¡Rebah! –exclamó–. Otra... Pez, ¿no? Y... Sí. Braht, millee braht..., querido hermano.

–Estaba pensando –dije– que quizá, si le cuento el mal momento por el que paso...

–Pero eso es todo –dijo con un suspiro–. Hablo (de nuevo contaron sus dedos) lituano, alemán, inglés, francés (y otra vez quedó libre el pulgar). Olvidé el ruso. ¡Es una época!...

–¿Quizá podría usted?... –empecé.

–Lo que usted quiera –dijo–. Cinturones de cuero, bolsos, blocs de notas, sugerencias...

–Sugerencias –dije–. Estoy tratando de encontrar a una persona..., una dama rusa a quien nunca conocí y cuyo nombre ignoro. Todo cuanto sé es que vivió en cierta época en un hotel de Blauberg.

–Ah, buen lugar –dijo Silbermann–. Muy bueno... –Y torció la boca en signo de grave aprobación–. Buena agua, caminatas, casino. ¿Qué desea usted que haga?

–Bueno, ante todo me gustaría saber qué se hace en tales casos.

–Lo mejor es que se olvide usted de ella –dijo Silbermann prontamente.

Después adelantó la cabeza y sus cejas hirsutas se movieron:

–Olvidela. Quítesela de la cabeza. Es peligroso e inútil.

Me quitó algo del pantalón y volvió a apoyarse en su respaldo.

–Eso no es posible –dije–. La cuestión es cómo, no por qué.

–Cada cómo tiene su porqué –dijo Silbermann–. ¿Usted encuentra, ha

encontrado su casa, su fotografía, y ahora quiere encontrarla a ella misma? Eso no es amor. ¡Puaf!... ¡Superficie!

–Oh, no... –exclamé–. No es eso. No tengo la menor idea de cómo es. Pero mi querido difunto hermano la amó, y quiero oírla hablar de él. Es muy simple.

–¡Triste! –dijo Silbermann, y sacudió la cabeza.

–Quiero escribir un libro sobre él –continué–, y cada detalle de su vida me interesa.

–¿De qué padecía? –preguntó Silbermann, ásperamente.

–El corazón –dije.

–El corazón..., eso es malo. Demasiadas alarmas, demasiado...

–Demasiados ensayos generales de muerte. Eso es cierto.

–Sí. ¿Cuántos años?

–Treinta y seis. Escribía libros, con el nombre de su madre. Knight. Sebastian Knight.

–Escríbalo aquí –dijo Silbermann, tendiéndome un bloc de notas flamante y lujosísimo, que incluía una deliciosa pluma de plata.

Con un trac trac trac, arrancó la página, se la puso en el bolsillo y me volvió a entregar el bloc.

–Le gusta, ¿no? –dijo con una sonrisa ansiosa–. Permítame que le haga este pequeño presente...

–Bueno... –dije–, me parece demasiada bondad...

–Nada, nada –dijo, agitando la mano–. Dígame ahora qué desea.

–Deseo una lista completa de las personas que vivieron en el hotel Beaumont durante junio de 1929. También deseo algunos detalles sobre esas personas, por lo menos las mujeres. Quiero estar seguro de que un nombre extranjero no oculte a una mujer rusa. Después elegiré el más probable, o los más probables, y

después...

–Y tratará de dar con esas personas –dijo Silbermann, saludando–. ¡Bien, muy bien! Tengo aquí a todos los hoteleros (me mostró la palma de la mano). Su dirección, por favor.

Tomó otro libro de notas, esta vez muy gastado, algunas de cuyas páginas colgaban como hojas otoñales. Agregué que no me movería de Estrasburgo esperando su llamada.

–El viernes –dijo–. A las seis en punto.

Después el extraordinario hombrecillo se repantigó en el asiento, cruzó los brazos y cerró los ojos, como si el negocio concertado hubiera agotado la conversación. Una mosca inspeccionó su calvicie, pero no se movió. Durmió hasta Estrasburgo. Allí nos despedimos.

–Oiga –dije mientras nos despedíamos–. Debe decirme cuáles son sus honorarios... Estoy dispuesto a pagarle cuanto me pida... Quizá desee usted algún adelanto...

–Me mandará usted su libro –dijo, levantando un dedo recordete–. Y me compensará por gastos posibles –agregó con un suspiro–. ¡Sin duda!

Pude así hacerme con cuarenta y dos nombres, entre los cuales el de Sebastian (S. Knight, 36 Oak Park Gardens, Londres) parecía extrañamente solo y perdido. Me sorprendió (agradablemente) el hecho de que los nombres fueran acompañados por todas las direcciones: Silbermann explicó que en Blauberg las personas mueren con frecuencia. De cuarenta y una personas desconocidas, treinta y siete «no interesaban», apuntaba el hombrecillo. En verdad, tres de ellas (mujeres solteras) tenían nombres rusos, pero dos de ellas eran alemanas y una alsaciana: pasaban muchas temporadas en el hotel. Había una muchacha dudosa, en cierto sentido: Vera Rasine. Silbermann, sin embargo, daba por sentado que era francesa: en realidad era una bailarina, la amante de un banquero de Estrasburgo. Había una pareja de ancianos polacos que pasamos por alto. Todas las demás personas que «no interesaban» eran veinte hombres; de ellos, solo ocho estaban casados o por lo menos habían llevado a sus mujeres (Emma, Hildegard, Pauline, etc.), las cuales, juraba Silbermann, eran ancianas, respetables y esencialmente no rusas.

Quedaban así cuatro nombres:

Mademoiselle Lidya Bohemsky, con dirección en París. Había pasado nueve días en el hotel a principios de la estancia de Sebastian y el gerente no recordaba nada de ella.

Madame de Rechnoy. Había dejado el hotel rumbo a París en vísperas de la partida de Sebastian hacia la misma ciudad. El gerente recordaba que era una joven elegante y muy generosa con las propinas. El «de» revelaba, lo sabía, cierto tipo de rusa inclinado a aparentar nobleza, aunque en verdad el uso de la particule francesa ante un nombre ruso no solo es absurdo, sino también ilegal. Podía ser una aventurera; podía ser la mujer de un snob.

Helene Grinstein. El nombre era judío, pero a pesar del «stein» no era judía alemana. La «i» de «grin», en lugar de la «u» natural, revelaba su nacimiento en Rusia. Había llegado una semana antes de la partida de Sebastian y se había quedado tres días más. El gerente decía que era una mujer hermosa. Ya había estado antes en su hotel, y vivía en Berlín.

Helene von Graun. Un nombre alemán. Pero el hotelero estaba seguro de que varias veces, durante su estancia, había cantado canciones en ruso. Tenía una espléndida voz de contralto y era encantadora, según me dijo. Se había quedado un mes, para salir hacia París cinco días antes que Sebastian.

Anoté minuciosamente todos esos detalles y las cuatro direcciones. Cualquiera de ellas podía ser la que necesitaba. Le di las gracias cálidamente a Silbermann, sentado ante mí con su sombrero sobre las rodillas juntas. Suspiró y se miró las puntas de los zapatos negros, adornados de fango gris.

–Lo he hecho –dijo– porque me es usted simpático... Pero... (me miró con una súplica en sus brillantes ojos pardos), por favor, creo que es inútil... No puede usted ver la otra faz de la luna. Por favor, no busque a la mujer. Lo pasado es pasado... No recordará a su hermano.

–Haré que lo recuerde –dije hoscamente.

–Como quiera –murmuró, abotonándose la chaqueta. Se levantó–. Buen viaje –dijo, sin su sonrisa habitual.

–Oh, un momento, Silbermann, tenemos que arreglar algo. ¿Cuánto le debo?

–Sí, es lo correcto –dijo, volviendo a sentarse.

Tomó su pluma, anotó unas cifras, las examinó golpeándose los dientes con la pluma.

–Sí, sesenta y ocho francos.

–Bueno, no es demasiado –dije–. ¿Aceptó usted...?

–Espere –exclamó–. Está mal. Lo había olvidado... ¿Conserva usted el bloc de notas que le di?

–Sí, en efecto, he empezado a usarlo. Pensé...

–Entonces no son sesenta y ocho –dijo, revisando rápidamente la suma–. Son... sólo dieciocho, porque el bloc cuesta cincuenta. Dieciocho francos en total. Gastos de viaje...

–Pero... –empecé, más bien confundido por su aritmética.

–Está bien así –dijo Silbermann.

Encontré una moneda de veinte francos, aunque le hubiera dado con alegría mil veces más, si me lo hubiera permitido.

–Conque le debo ahora... –dijo–. Sí, está bien, dieciocho y dos hacen veinte. –Frunció las cejas–. Sí, veinte.

Puso la moneda sobre mi mesa y se marchó.

Me pregunto cómo le enviaré este libro cuando lo termine: el curioso hombrecillo no me dio su dirección y yo tenía la cabeza demasiado llena de otras cosas para pedírsela. Pero si alguna vez da con La verdadera vida de Sebastian Knight me gustaría hacerle saber cuánto le agradezco su ayuda. Y el bloc de notas. Ya está lleno, y pronto compraré un recambio de hojas.

Cuando Silbermann se marchó estudié detalladamente las cuatro direcciones que había obtenido tan mágicamente, y decidí empezar por Berlín. Si no conseguía nada, me quedaría un trío de posibilidades en París sin necesidad de emprender otro largo viaje, viaje que sería tanto más terrible cuanto que significaría mi última carta. Si no, si mi primer intento era afortunado, entonces... Pero no me importaba... El destino me recompensó ampliamente por mi decisión.

Grandes copos de nieve húmeda caían oblicuamente en la Passauer Strasse, al oeste de Berlín, cuando me acerqué a una casa vieja y fea, con la fachada medio oculta por andamios. Golpeé en el vidrio de la portería, una cortina de muselina se corrió bruscamente, se abrió de golpe un ventanuco y una vieja rubicunda me informó rudamente que Frau Helene Grinstein vivía en la casa. Sentí un estremecimiento de alegría y subí las escaleras. «Grinstein», ponía en una placa de bronce sobre la puerta.

Un muchacho con corbata negra, la cara pálida e hinchada, me abrió la puerta y sin preguntar siquiera mi nombre se volvió y desapareció en el pasillo. Había una multitud de abrigos en el perchero del minúsculo vestíbulo. Como nadie parecía acercarse, llamé en una de las puertas, la abrí y volví a cerrarla. Divisé a una niña de pelo negro, dormida en un diván, bajo un abrigo de piel de topo. Me quedé un minuto en mitad del vestíbulo. Me enjuagué la cara, todavía mojada de nieve. Me soné la nariz. Después me aventuré por el pasillo. Una puerta estaba

abierta y percibí voces que hablaban en ruso. Había muchas personas en las dos grandes habitaciones unidas por una especie de arco. Una o dos caras se volvieron cuando entré, pero en general no suscitó el menor interés. Había vasos con té en la mesa, y una bandeja con bizcochos. En un rincón, un hombre leía un diario. Una mujer con un chal gris estaba sentada a la mesa, con la cara apoyada en una mano y una lágrima en el puño. Dos o tres personas estaban inmóviles en un diván. Una niña muy parecida a la que había visto durmiendo hostigaba a un viejo perro acurrucado en una silla. Alguien empezó a reír o carraspear o no sé qué en el cuarto adyacente, donde había más personas sentadas o caminando. El muchacho que me había recibido en el vestíbulo pasó con un vaso de agua. Le pregunté en ruso si podía hablar con Mrs. Helene Grinstein.

–Tía Elena –dijo.

Se dirigía a una mujer morena, delgada, vuelta de espaldas, inclinada, sobre un anciano arrellanado en un sillón. Se volvió y me invitó a pasar a un saloncito, al otro lado del pasillo. Era muy joven y graciosa. En la cara pequeña y empolvada se destacaban los largos y suaves ojos, que parecían estirados hacia las sienas. Llevaba un jersey negro y tenía las manos tan delicadas como el cuello.

–*Kahk eto oojahsno... ¿No es terrible?* –susurró.

Respondí un poco a ciegas que quizá la visitaba en un momento inoportuno.

–Oh –dijo ella–. Pensé... Siéntese –agregó, mirándome–. Pensé que había visto su cara durante el entierro... ¿No? Bueno, ya lo ve usted, acaba de morir mi cuñado y... No, siéntese usted. Ha sido un día terrible.

–No quiero molestarla. Me marcharé... Solo quería hablarle de un amigo mío... Creo que usted lo conoció en Blauberg..., pero no importa...

–¿Blauberg? Estuve allí dos veces –dijo, y se le crispó la cara al sonar en alguna parte el timbre del teléfono.

–Se llamaba Sebastian Knight –dije, mirándole los labios tiernos, trémulos, sin pintura.

–No, nunca oí ese nombre –dijo–. No.

–Era medio inglés –dije–. Escribía libros.

Sacudió la cabeza y se volvió a la puerta, que había entreabierto su sobrino, el lúgubre muchacho.

–Sonia vendrá dentro de media hora –dijo.

Ella asintió y el muchacho se marchó.

–En realidad, no conocía a nadie en el hotel –continuó.

Saludé y volví a excusarme.

–Pero ¿cómo se llama usted? –preguntó, observándome con sus suaves ojos nublados que, de algún modo, me recordaban a Clare–. Creo que ya me lo ha dicho, pero hoy mi cerebro parece envuelto en bruma... Ah... –dijo, cuando volví a presentarme–. Me suena familiar. ¿No es el nombre de alguien que murió en un duelo, en San Petersburgo? Oh, su padre... Ya veo... Espere usted un minuto... Alguien recordaba el caso, el otro día... Es curioso. Siempre ocurre así, todo de golpe. Sí... Los Rosanov... Conocían a su familia y todo lo que...

–Mi hermano tenía un compañero de escuela llamado Rosanov.

–Lo encontrará en la guía telefónica –siguió ella, rápidamente–. Yo no lo conozco muy bien, y ahora soy totalmente incapaz de buscar nada.

La llamaron y me dirigí a solas hacia el vestíbulo. Allí encontré a un anciano sentado pensativamente sobre mi abrigo, fumando un cigarro. Al principio no supo qué deseaba, pero después se mostró efusivamente apologetico.

Lamenté que no hubiera sido Helene Grinstein. Aunque desde luego ella no podía haber hecho tan desdichado a Sebastian. Muchachas de ese tipo no arruinan la vida de un hombre, la construyen. Allí estaba ella, atendiendo con firmeza una casa deshecha por el dolor; y hasta había encontrado tiempo para escuchar la fantástica conversación de un extraño superfluo. Y no solo me había escuchado: hasta me había dado una pista que entonces seguí. Y aunque las gentes que vi nada tenían que ver con Blauberg y la mujer desconocida, recogí las páginas más preciosas de la vida de Sebastian. Una mente más sistemática que la mía las habría puesto al principio de este libro, pero mi indagación ha desarrollado su propia magia y su propia lógica, y aunque a veces no puedo sino creer que se ha ido convirtiendo en un sueño, esta indagación mía, usando los esquemas de la realidad para tejer sus propias fantasías, me ha guiado

certeramente –estoy obligado a reconocerlo–, y al luchar por dar una imagen de la vida de Sebastian no puedo sino reiterar los mismos entrelazamientos rítmicos.

Parece haber una ley de extraña armonía en la situación de un encuentro relativo al primer amor adolescente de Sebastian en tan estrecha proximidad con los ecos de su último, oscuro amor. Dos modos de su vida se interrogan mutuamente y la respuesta es la vida misma, y esto es lo más cerca que podemos llegar a estar de una verdad humana. Él tenía dieciséis años y ella también. Las luces se apagan, el telón se levanta y aparece un paisaje ruso, en verano: la orilla de un río, a la sombra de los frondosos abetos que crecen en la escarpada ribera y que casi proyectan sus siluetas en la orilla, baja, soleada y amable, con flores de caña y hierba argétea. Sebastian, sin sombrero, al aire su cabeza casi rapada, con la camisa de seda adhiriéndose a sus omoplatos o a su pecho, de acuerdo con sus movimientos, rema alegremente en un bote pintado de verde brillante. Al timón está sentada una muchacha: pero dejémosla acromática, una mera silueta, una sombra blanca que el artista no ha llenado de color. Libélulas de color azul oscuro vuelan lentamente en todas direcciones y se posan sobre las anchas flores acuáticas. Nombres, fechas y hasta rostros han sido grabados en la roja arcilla del barranco, de cuyos agujeros entran y salen veloces lagartos. Los dientes de Sebastian relumbran. Después Sebastian se detiene, mira hacia atrás y el bote, con un sedoso giro, se desliza entre la maleza.

–Eres una tontuela –dice.

Cambia el cuadro: otra orilla del río. Un sendero lleva al borde del agua, se detiene, vacila, rodea un banco rústico. No es el atardecer aún, pero el aire está dorado y las mosquillas se entregan a una primitiva danza nativa en un rayo de sol, entre las hojas de álamo que al fin están inmóviles, absolutamente inmóviles, olvidadas de Judas.

Sebastian está sentado en el banco. Lee en voz alta unos versos ingleses de un cuaderno negro. De pronto se detiene: un poco a su izquierda, la cabeza de una náyade pelirroja asoma del agua, arrastrando lentamente las largas trenzas que flotan tras ella. Después la bañista desnuda emerge en la orilla opuesta, sonándose la nariz con ayuda del pulgar: es el sacerdote de la aldea, que lleva el pelo muy largo. Sebastian sigue leyéndole a la muchacha que tiene junto a sí. El pintor no ha llenado aún el espacio en blanco, salvo el brazo tostado, estriado desde la muñeca hasta el codo por un vello luminoso.

Como en el sueño de Byron, el cuadro vuelve a cambiar. Es de noche. El cielo está vivo de estrellas. Años después Sebastian escribirá que mirar las estrellas le producía una sensación de náusea y temor, como por ejemplo cuando miramos las entrañas de un animal descuartizado. Pero por el momento no se ha expresado este pensamiento de Sebastian. Está todo muy oscuro. Nada puede distinguirse de lo que posiblemente sea la avenida de un parque. Masas negras, masas negras y, en alguna parte, el grito de un búho. Un abismo de negrura donde, súbitamente, se mueve un pequeño círculo verde: el cuadrante luminoso de un reloj (Sebastian desaprobaría los relojes en sus años de madurez).

—¿Quieres irte? —pregunta su voz.

Un último cambio: un vuelo en forma de V, la migración de las grullas. Su tierno lamento fundiéndose en un cielo azul turquesa, alto sobre un bosque oliváceo de abedules. Sebastian no está solo. Está sentado en el tronco blanco y ceniciento de un árbol caído. Su bicicleta descansa, centellean sus rayos entre los frenos. Una mariposa revolotea y se posa en el manubrio, agitando las alas aterciopeladas. Mañana, regreso a la ciudad; las clases empiezan el lunes.

—¿Es el fin? ¿Por qué dices que no nos veremos este invierno? —pregunta Sebastian por segunda o tercera vez.

No hay respuesta.

— ¿De veras crees que te has enamorado de ese estudiante?... vetovo studenta?

La figura de la muchacha sentada en blanco, salvo el brazo y una mano breve y tostada que juega con un inflador de bicicleta. Con el extremo del mango escribe en la blanda tierra la palabra yes, en inglés, para hacerla menos dura.

Cae el telón. Sí, eso es todo. Muy poco, pero conmovedor. Nunca más podrá preguntar Sebastian a su compañero de banco: «¿Cómo está tu hermana?» Tampoco podrá preguntar a la vieja Miss Forbes, que de cuando en cuando reaparece, por la niña a quien también daba lecciones. ¿Y cómo podrá recorrer los mismos senderos el verano próximo, y observar el ocaso y la bicicleta yacente junto al río? (Pero el próximo verano habrá de consagrarse casi exclusivamente al poeta futurista Pan.)

Una serie de circunstancias fortuitas hizo que fuera el hermano de Natasha Rosanov quien me llevara a la estación de Charlottenburg para tomar el expreso

de París. Comenté lo curioso que había sido la experiencia de hablar con su hermana, ahora la opulenta madre de dos niños, acerca de un lejano verano en la tierra del sueño, en Rusia... Respondió que él estaba muy contento con su trabajo en Berlín. Como ya había procurado antes, traté en vano de hacerlo hablar de los años escolares de Sebastian.

–Mi memoria es pésima –respondió–, y de todos modos, estoy demasiado ocupado para mostrarme sentimental con cosas tan triviales.

–Oh, pero sin duda..., sin duda puede usted recordar algún pormenor curioso. Agradecería cualquier cosa...

–Bueno –dijo, riendo–. ¿No se ha pasado horas hablando con mi hermana? Ella adora el pasado, ¿no es así? Dice que la pondrá usted en su libro tal como era entonces. No hace más que pensar en ello.

–Por favor, trate de recordar algo –insistí, obstinado.

–Le digo que no recuerdo. ¡Qué raro es usted! Es inútil, inútil. No hay nada que contar, salvo las habituales tonterías de las fiestas y los exámenes y los apodos de los profesores. Supongo que lo pasábamos muy bien. Pero sabe... Su hermano... ¿Cómo le diría? Su hermano no era muy popular en la escuela...

Como habrá advertido el lector, he tratado de no poner en este libro nada de mí mismo. He tratado de no aludir (aunque de cuando en cuando una alusión habría aclarado un poco el fondo de mi busca) a las circunstancias de mi vida. Llegado a este punto de mi historia, no me demoraré en ciertas dificultades que me aguardaban a mi llegada a París, donde tenía yo mi residencia más o menos permanente. Las dificultades no se relacionaban en modo alguno con mi labor, y si las menciono al pasar es solo para destacar el hecho de que estaba tan consagrado a descubrir el último amor de Sebastian que olvidé por completo toda precaución personal, con los riesgos que semejantes vacaciones podrían acarrear.

No lamentaba haber empezado por la pista de Berlín. Por lo menos me había ofrecido una visión inesperada de otro capítulo del pasado de Sebastian. Y ahora, borrado un nombre, tenía ante mí otras tres oportunidades. La guía telefónica de París arrojó la información de que Graun (von) Helene y Rechnoy, Paul –advertí que el «de» estaba ausente– correspondía a las direcciones en mi poder. La perspectiva de dar con un marido era desagradable, pero inevitable. La tercera dama, Lydia Bohemsky, no aparecía en ninguna de las dos guías, ni en la telefónica ni en la obra maestra de Bottin, donde las direcciones se disponían según las calles. De todos modos, las direcciones que tenía podían ayudarme a encontrarla. Conocía muy bien mi París, de modo que calculé en seguida cómo disponer las visitas para acabar con todo en una sola jornada. Permítaseme agregar, por si el lector se sorprende ante mi infatigable actividad, que tengo tanta aversión al teléfono como al hábito de escribir cartas.

La puerta a que llamé fue abierta por un hombre alto y flaco, de cabeza temblorosa, en mangas de camisa y con un botón de metal en la camisa sin cuello. Tenía en la mano una pieza de ajedrez: un caballo negro. Lo saludé en ruso.

–Entre, entre usted –dijo alegremente, como si hubiera estado aguardándome.

–Me llamo Fulano –dije.

–Y yo Pahl Pahlich Rechnoy –exclamó, riendo como de un buen chiste–. Por

favor... –agregó, señalando una puerta abierta con el caballo.

Me introdujo en un cuarto modesto: una máquina de coser en un rincón y un vago olor a ropa flotando en el aire. Un hombre fornido estaba sentado de lado a una mesa, sobre la cual se veía tendido un tablero de ajedrez de hule, con piezas demasiado grandes para los cuadrados. Lo examinaba de sesgo, mientras en sus labios la boquilla vacía miraba a otro lado. Un hermoso niño de cuatro o cinco años estaba arrodillado en el suelo, rodeado de minúsculos automóviles. Pahl Pahlich depositó el caballo negro sobre una mesa, donde se le cayó la cabeza. El Negro volvió a enroscarla cuidadosamente.

–Siéntese –dijo Pahl Pahlich–. Este es mi primo –agregó.

El Negro saludó. Me senté en la tercera y última silla. El niño se me acercó y me mostró en silencio un lápiz nuevo, rojo y azul.

–Podría comerte la torre, si quisiera –dijo el Negro sombríamente–, pero haré una jugada mucho mejor.

Levantó su reina y delicadamente la introdujo entre un montón de peones amarillentos, uno de los cuales estaba representado por un dedal.

Pahl Pahlich dio un rápido salto y comió la reina con su alfil. Después estalló de risa.

–Y ahora –dijo el Negro tranquilamente cuando el Blanco hubo dejado de reír–, ahora estás frito. Jaque mate, palomo mío.

Mientras discutían sobre sus posiciones y el Blanco trataba de anular su jugada, miré en torno al cuarto. Advertí el retrato de lo que había sido en el pasado una familia imperial. Y el bigote de un famoso general, moscovizado pocos años antes. Advertí, asimismo, los muelles prominentes del sofá, que serviría de triple cama –para el marido, la mujer y el niño–. Durante un minuto, el objeto de mi llegada me pareció insensato. De algún modo, me sentí Chichikov en *Las almas muertas*, de Gógol. El niño estaba dibujándome un camión.

–Estoy a su disposición –dijo Pahl Pahlich (había perdido y el Negro volvía a guardar todas las piezas, salvo el dedal, en una vieja caja de cartón).

Dije lo que tenía cuidadosamente preparado: que deseaba ver a su mujer porque

había sido amiga de unos... amigos alemanes míos. Temía mencionar a Sebastian en seguida.

–Tendrá que esperar un poco, entonces –dijo Pahl Pahlich–. Está ocupada en la ciudad. No creo que tarde mucho.

Decidí esperar, aunque imaginaba que ese día no podría ver a solas a la mujer. Pero esperaba que un hábil interrogatorio establecería de inmediato si había conocido a Sebastian; después, poco a poco, la haría hablar.

–Mientras tanto –dijo Pahl Pahlich–, tomaremos un trago... cognachkoo.

El niño juzgó que yo había demostrado suficiente interés en sus dibujos y se dirigió a su tío, que lo subió de rodillas y empezó a dibujar un coche de carreras con increíble rapidez y muy buen resultado.

–Es usted un artista –dije, por decir algo.

Pahl Pahlich, que lavaba vasos en la minúscula cocina, rió y gritó sobre su hombro:

–Oh, es un genio total. Puede tocar el violín parado sobre la cabeza y puede multiplicar un número de teléfono por otro en tres segundos y puede escribir su nombre al revés sin alterar la caligrafía.

–Y sabe conducir un taxi –dijo el niño, agitando las piernas delgadas y sucias.

–No, no beberé con ustedes –dijo el tío Negro, cuando Pahl Pahlich puso tres vasos sobre la mesa–. Creo que daré un paseo con el niño. ¿Dónde están sus cosas?

Encontraron el abrigo del niño, y el Negro se lo llevó. Pahl Pahlich sirvió el coñac y dijo:

–Debe disculparme por estos vasos. Era rico en Rusia y volví a serlo en Bélgica, hace diez años, pero me arruiné. Sírvase.

–¿Su mujer cose? –pregunté, como para echar a rodar la bola.

–Oh, sí, es modista –dijo con una risa feliz–. Yo soy tipógrafo, pero acabo de

perder mi empleo. Mi mujer volverá dentro de un momento. No sabía que tuviera amigos alemanes –agregó.

–Creo que la conocieron en Alemania. ¿O fue en Alsacia?...

Pahl Pahlich volvía a llenar los vasos con energía, pero se detuvo de pronto y me miró con la boca abierta.

–Me temo que hay algún error... –exclamó–. Debió de ser mi primera mujer. Varvara Mitrofanna nunca ha estado fuera de París, salvo en Rusia, desde luego. Llegó aquí desde Sebastopol, vía Marsella.

Apuró el vaso y empezó a reír.

–Qué gracioso... –dijo, observándome con curiosidad–. ¿Lo he visto antes? ¿Me conocía usted personalmente?

Sacudí la cabeza.

–Pues tiene usted suerte –exclamó–. Una suerte fenomenal. Y sus amigos le han jugado una mala pasada, porque nunca la encontrará.

–¿Por qué?

–Porque no tardamos en separarnos, y hace de ello bastantes años. La perdí por completo de vista. Alguien la vio en Roma, y alguien la vio en Suecia, pero ni siquiera estoy seguro de ello. Quizá esté aquí, quizá esté en el infierno. A mí no me importa.

–¿No podía sugerirme un medio de encontrarla?

–Ninguno.

–¿Amigos comunes?

–Eran amigos de ella, no míos –respondió, encogiéndose de hombros.

–¿No conserva usted una fotografía o alguna otra cosa?

–Mire –dijo–, ¿adónde va a parar? ¿La busca la policía? Porque no me sorprendería que fuera una espía internacional. ¡Mata Hari! Era su tipo. Oh,

absolutamente... Y además... Bueno, no es una muchacha que pueda olvidarse fácilmente una vez que la ha metido uno en su vida. Acabó conmigo, en más de un sentido. Dinero y alma, por ejemplo. La habría matado... de no mediar Anatole.

—¿Quién es? —pregunté.

—¿Anatole? Oh, el verdugo. El hombre de la guillotina, que trabaja aquí. Conque no es usted de la policía... ¿No? Bueno, es cosa suya. Pero la verdad es que me volvió loco. La conocí en Ostende, debió de ser, déjeme pensar..., en 1927... Tendría entonces veinte, no, ni siquiera veinte años. Sabía que era la amante de otro tipo y todo lo demás, pero no me importó. Su idea de la vida consistía en beber cócteles, tomarse una buena cena a las cuatro de la mañana y bailar el charlestón o como se llame, visitar burdeles porque eso era elegante entre los parisinos snobs, comprar vestidos caros, armar camorras en hoteles cuando creía que la criada le había robado monedas que después encontraba en el cuarto de baño... Oh, y todo lo demás... Puede encontrarla en cualquier novela barata, da perfectamente el tipo. Y le encantaba inventar alguna rara enfermedad y meterse en algún sanatorio famoso y...

—Espere un momento —dije—. Eso me interesa. En junio de 1929 estaba sola en Blauberg.

—Exactamente, pero eso fue cuando nuestro matrimonio terminaba. Vivíamos en París, y poco después nos separamos. Trabajé un año en una fábrica de Lyon. Estaba arruinado, ¿comprende?

—¿Insinúa usted que conoció a algún hombre en Blauberg?

—No, no sé. No creo que llegara a engañarme, no del todo..., al menos traté de pensarlo, porque siempre había montones de hombres a su alrededor y a ella no le importaba que la besaran, supongo, pero me habría enloquecido si hubiera pensado en eso. Una vez, recuerdo...

—Perdóneme, pero ¿está usted seguro de no haber conocido a un inglés amigo de ella?

—¿Inglés? Creí que había dicho alemán. No, no sé. Había un joven norteamericano en St. Maxime en 1928, creo, que casi se desmayaba cada vez que Ninka bailaba con él y... bueno, debió de haber ingleses en Ostende y en

otras partes, pero nunca me preocupaba por la nacionalidad de sus admiradores.

–¿De modo que está usted seguro, bien seguro, de que no sabe nada de Blauberger y... bueno, sobre lo que ocurrió después?

–No. No creo que nadie le interesara allí. Tenía entonces una de sus manías de enfermedad... y solía comer solo helado de limón y pepinos. Hablaba de la muerte y el Nirvana o algo así... Tenía debilidad por Lhasa...

–¿Cómo se llamaba?

–Cuando la conocí se llamaba Nina Toorovetz, pero si... No, creo que no la encontraré. En realidad, a veces me sorprende pensando que nunca existió. Le he contado cosas de ella a Varvara Mitrofanna y me dijo que era una pesadilla después de una mala película. Oh, no se marcha usted, ¿verdad? Volverá dentro de un minuto...

Me miró y rió (creo que había tomado demasiado coñac).

–Olvidé que no es a mi mujer a quien busca. Y a propósito –agregó–, mis papeles están en perfecto orden. Puedo mostrarle mi carte de travail. Y si la encuentra, me gustaría verla antes de que la encierren. O quizá no...

–Bueno, gracias por la conversación –dije mientras nos dábamos la mano con demasiado entusiasmo, acaso, primero en el cuarto, después en el pasillo, por fin en el vano de la puerta.

–Gracias a usted –exclamó Pahl Pahlich–. Me gusta hablar de ella y lamento no conservar fotografías.

Me quedé un momento reflexionando. ¿Lo habría exprimido bastante...? Bueno, siempre podía verlo una vez más. Quizá hubiera una fotografía en uno de esos diarios ilustrados con automóviles, pieles, perros, modas de la Riviera. Se lo pregunté:

–Tal vez –respondió–. Una vez ganó un premio en un baile de disfraces, pero no recuerdo dónde ocurrió. Todas las ciudades me parecían restaurantes y salones de baile.

Sacudió la cabeza riendo estrepitosamente, y cerró la puerta. El tío Negro y el

niño subían lentamente la escalera mientras yo bajaba.

–Una vez –decía el tío Negro– había un corredor de carreras que tenía una ardillita, y un día...

Mi primera impresión fue que al fin tenía lo que deseaba, que al fin sabía quién había sido la amante de Sebastian. Pero después mi entusiasmo decayó. ¿Podría haber sido esa mujer, esa pluma de viento? Me lo preguntaba mientras un taxi me llevaba a mi última dirección. ¿Valía la pena seguir esa huella demasiado convincente? ¿La imagen evocada por Pahl Pahlich no era una broma demasiado evidente? La mujer ligera que arruina la vida de un hombre necio. Pero ¿era Sebastian un necio? Recordé su aguda aversión por el bien obvio y el mal obvio, por las formas corrientes de placer y las formas convencionales de dolor. Una muchacha de ese tipo le habría irritado en seguida. ¿Cuál habría podido ser su conversación, suponiendo que se las hubiera arreglado para entrar en relación con aquel silencioso, insociable y distraído inglés en el hotel Beaumont? Él la habría evitado, sin duda, después del primer cambio de palabras. Sebastian solía decir, lo recuerdo, que las muchachas livianas tienen mentes pesadas y que nada hay más tonto que una mujer bella con ganas de divertirse. Más aún, si examina uno con atención a la más hermosa de las mujeres en el momento en que destila lo más selecto de su idiotéz, sin duda se encontrarán algunos defectos en su belleza correspondientes a sus hábitos de pensamientos. Quizá Sebastian no se abstuviera de dar algún mordisco a la manzana del pecado porque, salvo los solecismos, era indiferente al pecado; pero le gustaban las manzanas deliciosas, en cajas y con marca. Habría podido perdonar a una mujer la coquetería, pero nunca habría sobrellevado un misterio fingido. Le habría divertido una mujer borracha de cerveza, pero habría sido incapaz de tolerar a una grande cocotte que hablara de la imposibilidad de vivir sin hashish. Cuanto más pensaba en ello, tanto menos verosímil me parecía la idea. De todos modos, no seguiría preocupándome por la muchacha mientras no examinara las otras dos posibilidades.

Así que entré con paso decidido en la imponente casa (en una parte muy elegante de la ciudad) frente a la cual se detuvo mi taxi. La criada dijo que Madame no había regresado, pero al ver mi decepción me pidió que aguardara un momento y volvió con la sugerencia de que podía hablar, si quería, con una amiga de Madame von Graun, Madame Lecerf. Era una mujercilla delgada, pálida, de suave pelo negro. Pensé que nunca había visto una piel tan uniformemente pálida; el vestido negro le llegaba al cuello y usaba una larga boquilla negra.

–¿Desea usted ver a mi amiga? –dijo.

Había en su francés cristalino una deliciosa suavidad nostálgica.

Me presenté.

–Sí, lo he leído en la tarjeta... Es usted ruso, ¿verdad?

–He venido por un asunto muy delicado –expliqué–. Pero dígame usted antes, ¿estoy en lo cierto al suponer que Madame Graun es compatriota mía?

–*Mais oui, elle est tout ce qu'il y a de plus russe* –respondió con su delicada voz cantarina–. *Su marido era alemán, pero también él hablaba ruso.*

–Ah –dije–, bienvenido el pretérito...

–Puede usted ser franco conmigo –dijo Madame Lecerf–. Me encantan los asuntos delicados...

–Soy pariente –proseguí– del escritor inglés Sebastian Knight, que murió hace dos meses. Trato de escribir su biografía. Knight tenía una amiga íntima que conoció en Blauberg, donde vivió en 1929. Estoy intentando encontrarla. Eso es todo.

–*Quelle drôle d'histoire!* –exclamó–. *¿Y qué quiere que le diga ella?*

–Oh, cuanto desee... Pero debo suponer... ¿Quiere usted decir que Madame Graun es la persona que busco?

–Es muy posible –dijo ella–, aunque nunca la oí pronunciar ese nombre... ¿Cómo ha dicho usted?

–Sebastian Knight.

–No. Pero es muy posible. Siempre hace amigos en los lugares que visita. Il va sans dire –agregó– que deberá usted hablar personalmente con ella: la encontrará encantadora. Pero qué extraña historia... –repitió, mirándome con una sonrisa–. ¿Por qué desea usted escribir un libro sobre él, y cómo se explica que ignore el nombre de la mujer?

–Sebastian Knight era más bien reservado –expliqué–. Y las cartas que conservó de esa dama... Bueno, ordenó que las quemara después de su muerte.

–Eso está bien. Lo comprendo –dijo alegremente–. Antes que nada, quemar las cartas de amor... El pasado es un excelente combustible. ¿No quiere una taza de té?

–No. Le agradecería que me dijera cuándo puedo ver a Madame Graun.

–Pronto –dijo Madame Lecerf–. Hoy no está en París, pero creo que podrá usted volver mañana. Sí, será lo mejor. Quizá ella vuelva esta noche...

–¿Puedo pedirle que me hable más de ella?

–Bueno, no es difícil –dijo Madame Lecerf–. Es muy buena cantante..., canciones zíngaras, ya conoce usted el tipo... Es muy hermosa. Elle fait des passions. La adoro y vivo en su apartamento cuando paso por París. Este es su retrato...

Lenta, silenciosamente se deslizó por la espesa alfombra de la sala y cogió una gran fotografía enmarcada que estaba sobre el piano. Miré unos instantes una cara exquisita, ligeramente vuelta hacia un lado. La suave curva de la mejilla y las cejas espectralmente proyectadas hacia arriba eran muy rusas, pensé. Había un reflejo de luz en los párpados inferiores, otro en los gruesos labios oscuros. La expresión parecía una extraña mezcla de ensoñación y astucia.

–Sí –dije–, sí...

–¿Es ella? –preguntó Madame Lecerf curiosamente.

–Podría serlo –respondí–, y estoy muy impaciente por conocerla.

–Procuraré estar presente –dijo Madame Lecerf con un encantador aire de conspiración–. Porque me parece que escribir un libro sobre gente que conocemos es mucho más honrado que hacer de ella picadillo y después presentarlo como una invención propia.

Le di las gracias y me despedí a la manera francesa. Su mano era muy pequeña y como, inadvertidamente, la apreté demasiado, hizo una mueca, pues llevaba un gran anillo en el dedo medio. Yo mismo me hice un poco de daño.

–Mañana, a la misma hora –dijo, riendo suavemente.

Una mujer graciosa y silenciosa.

Hasta ese momento no había sabido nada, pero sentía que estaba en el buen camino. Ahora se trataba de tranquilizarme con respecto a Lydia Bohemsky. Cuando llegué a la dirección que poseía, el portero me dijo que la dama se había mudado meses antes. Me dijo que, según pensaba, vivía en un hotelito, en la acera opuesta. Allí me dijeron que se había mudado tres semanas antes y que vivía en el otro extremo de la ciudad. Pregunté a mi informante si sabía que fuera rusa. Dijo que lo era. «¿Una mujer hermosa, morena?», sugerí, valiéndome de una antigua estratagema de Sherlock Holmes. «Exactamente», contestó en tono evasivo (la respuesta exacta habría sido: Oh, no, es una rubia espantosa). Media hora después, entré en una casa de aspecto lúgubre, no lejos de la prisión de la Santé. Una mujer vieja, gorda, de pelo brillante, anaranjado y con rizos, y un poco de vello negro sobre los labios pintados me recibió:

–¿Puedo hablar con Mademoiselle Lydia Bohemsky? –pregunté.

–C'est moi –contestó, con un terrible acento ruso.

–Entonces corro a buscar las cosas –murmuré, y salí a todo escape de la casa. A veces me pregunto si no estará esperando en el umbral.

Al día siguiente, cuando volví al apartamento de Madame von Graun, la criada me condujo a otra habitación, una especie de boudoir que hacía lo posible por parecer encantador. Ya había percibido el día anterior el intenso calor del apartamento. Y como la temperatura exterior distaba, aunque muy húmeda, de poder llamarse fría, aquella orgía de calefacción central parecía más bien exagerada. Esperé largo rato. Había viejas novelas francesas sobre la consola (casi todos los autores habían ganado premios) y un ejemplar muy manoseado de San Michele, del doctor Axel Munthe. En un jarrón había claveles dispuestos sin naturalidad. Se veían también algunas frágiles fruslerías, quizá muy bonitas y caras, pero yo siempre he compartido la aversión casi patológica de Sebastian por cuanto esté hecho de vidrio o porcelana. Por fin, aunque no lo menos importante, un falso mueble que contenía, horror de los horrores, un aparato de radio. Pero si lo sumábamos todo, Helene von Graun parecía una persona «de gusto y cultura».

Al fin, la puerta se abrió y la dama que había visto el día anterior se introdujo de

lado en la habitación –digo que se introdujo de lado porque tenía vuelta la cabeza hacia atrás y hacia el suelo, hablando a lo que resultó ser un bulldog negro, con cara de sapo, que no parecía tener muchas ganas de seguirla.

–Acuérdese de mi zafiro –dijo al darme la mano.

Se sentó en el sofá azul y alzó al pesado bulldog.

–Viens, mon vieux –jadeó–, viens. Echa de menos a Helene –dijo cuando el animal se acomodó entre los almohadones–. Es una lástima... Pensé que volvería esta mañana, pero llamó desde Dijon y anunció que no llegaría hasta el sábado (aquel día era martes). Lo siento muchísimo. No sabía dónde avisarle. ¿Está usted muy decepcionado?

Me miró; tenía la barbilla apoyada sobre las manos juntas. Los codos agudos, envueltos en ceñido terciopelo, descansaban sobre sus rodillas.

–Bueno, si me cuenta algo sobre Madame Graun quizá pueda consolarme.

No sé por qué, pero de algún modo la atmósfera del lugar afectaba mis modales y mi lenguaje.

– ... y lo que es más –dijo ella, levantando un dedo de afilada uña–, j'ai une petite surprise pour vous. Pero antes tomemos té.

Comprendí que esa vez ya no podía evitar la comedia del té. Además, la criada ya entraba con una mesilla portátil donde centelleaba el servicio de té.

–Déjala allí, Jeanne –dijo Madame Lecerf–. Sí, está bien. Ahora, dígame usted, con la mayor claridad posible –continuó Madame Lecerf–, tout ce que vous croyez raisonnable de demander à une tasse de thé. Imagino que le habría gustado un poco de crema, si hubiera vivido en Inglaterra. Tiene aire de inglés.

–Prefiero parecer ruso.

–Me temo que no conozco a ningún ruso, salvo Helene, desde luego. Creo que estos bizcochos son bastante divertidos.

–¿Y cuál es su sorpresa? –pregunté.

Tenía un modo curioso de mirarlo a uno intensamente, no a los ojos, sino a la parte inferior de la cara, como si uno tuviera una migaja o algo que estaba de más. Iba muy poco maquillada para ser francesa, y yo encontraba muy atractivos su piel transparente, su pelo oscuro.

–Ah –dijo–, le pregunté algo cuando telefoneó y... –Se detuvo y pareció divertirse con mi impaciencia.

–Y respondió –dije– que nunca había oído ese nombre.

–No –dijo Madame Lecerf–. No hizo más que reír, pero conozco esa risa suya.

Creo que me levanté y anduve por la habitación.

–Bueno –dije al fin–. No me parece que sea cosa de risa, ¿no? ¿No sabe que Sebastián ha muerto?

Madame Lecerf cerró los oscuros ojos aterciopelados en un silencioso «sí» y después miró nuevamente mi barbilla.

–¿La ha visto usted últimamente...? Quiero decir si la vio usted en enero, cuando los diarios publicaron la noticia de su muerte. ¿No pareció apenada?

–Mi querido amigo, es usted curiosamente ingenuo –dijo Madame Lecerf–. Hay muchas clases de amor y muchas clases de dolor. Supongamos que Helene sea la persona que busca. Pero ¿qué nos hace suponer que lo quisiera bastante para sentirse destrozada a causa de su muerte? O supongamos que lo quisiera, pero sus ideas especiales sobre la muerte excluyeran la histeria... ¿Qué sabemos de esas cosas? Son asuntos personales. Helene se lo dirá, espero, y mientras tanto es absurdo insultarla.

–No la he insultado –grité–. Lo siento si pareció duro de mi parte. Pero hablemos de ella. ¿Desde cuándo la conoce usted?

–Oh, no la había visto demasiado, hasta este año. Ella viaja mucho, sabe... Pero íbamos a la misma escuela, aquí, en París. Creo que su padre era un pintor ruso. Era muy joven cuando se casó con ese tonto.

–¿Qué tonto? –pregunté.

–Su marido, desde luego. Muchos maridos son tontos, pero este era hors concours. La cosa no duró mucho, felizmente. Tome uno de los míos.

Me tendió además el encendedor. El bulldog gruñó en sueños. Ella se movió y se acurrucó en el sofá, dejando sitio para mí.

–Usted no sabe mucho de mujeres, ¿verdad? –me preguntó, acariciándose el talón.

–Solo me interesa una –respondí.

–¿Cuántos años tiene usted? –siguió–. ¿Veintiocho? ¿He adivinado? ¿No? Oh, bueno, entonces es mayor que yo. Pero no importa. ¿Qué le decía?... Sé poco de ella... Lo que me dijo ella misma y lo que averigüé yo. El único hombre al que quiso de veras era un hombre casado, y eso fue antes de su matrimonio, cuando era casi una niña, entendámonos..., y él se hartó de ella, supongo. Helene tuvo unas cuantas aventuras después, pero eso no importa. Un coeur de femme ne ressuscite jamais. Después hubo otra historia que ella me contó de principio a fin... Algo triste.

Rió. Los dientes eran quizá demasiado grandes para su boca pequeña y pálida.

–Parece usted enamorado de mi amiga –dijo burlonamente–. A propósito, quería preguntarle cómo dio con su dirección... Quiero decir, qué lo trajo hasta Helene.

Le conté lo de las cuatro direcciones obtenidas en Blauberg. Dije los nombres.

–¡Soberbio! –exclamó–. ¡Es lo que yo llamo energía! Voyez vous ça! ¿Y se fue hasta Berlín? ¿Era judía? ¡Adorable! ¿Y encontró a las demás?

–Vi a una, y me bastó con ello.

–¿Cuál? –preguntó con un espasmo de incontrolable alegría–. ¿Cuál? ¿La Rechnoy?

–No –dije–. Su marido ha vuelto a casarse, y ella ha desaparecido.

–Es usted encantador, encantador... –dijo Madame Lecerf, secándose los ojos y empezando de nuevo a reír–. Me lo figuro irrumpiendo en una casa, frente a una pareja inocente. Oh, nunca he oído nada más gracioso. ¿La mujer lo arrojó por la

escalera?

–Olvidemos el asunto –dije cortésmente.

La alegría de la muchacha empezaba a fatigarme. Me temo que poseía ese sentido del humor francés referido a la vida conyugal que, en otras circunstancias, me habría divertido; pero por el momento me pareció que la visión ligeramente obscena que tenía de mi busca ofendía de algún modo la memoria de Sebastian. Como esa sensación aumentó, de pronto me encontré pensando que quizá todo el asunto era indecente y que mis torpes esfuerzos por dar caza a un fantasma habían profanado la idea que me había hecho del último amor de Sebastian. Y que acaso Sebastian se sentiría irritado por el aspecto grotesco de la investigación iniciada en su memoria... ¿Tendría la biografía ese «sesgo knightiano» que compensaría plenamente la torpeza del biógrafo?

–Por favor, perdóneme –dijo, poniéndome su mano glacial en la mía y mirándome fijamente–. No debe ser usted tan susceptible...

Se puso de pie y se dirigió al objeto de caoba, en el ángulo. Cuando se inclinó miré su espalda esbelta, de niña..., y adiviné qué iba a hacer.

–¡No, eso no, por Dios! –grité.

–¿No? –dijo–. Pensé que un poco de música lo tranquilizaría. Y en general la música crea la atmósfera adecuada para nuestra conversación. ¿No? Bueno, como quiera...

El bulldog se sacudió y volvió a arrellanarse.

–Está bien –dijo ella con voz entre acariciadora y herida.

–Estaba usted a punto de contarme... –le recordé.

–Sí –dijo, sentándose a mi lado y estirándose el extremo de la falda, mientras cruzaba una pierna sobre la otra–. Sí. No sé quién era, pero sé que era un hombre difícil. Helene dice que le gustaba su aspecto y sus manos y su manera de hablar y pensaba que sería divertido enamorarlo, porque parecía tan intelectual..., y siempre es entretenido ver caminando a cuatro patas y moviendo la cola a esa clase de tipos refinados, distantes..., cerebrales... ¿Qué pasa ahora, cher Monsieur?

–¿De qué diablos está usted hablando? –grité–. ¿Cuándo...? ¿Cuándo y dónde ocurrió eso?...

–Ah non, merci, je ne suis pas le calendrier de mon amie. Vous ne voudriez pas! No me preocupo de preguntarle fechas y nombres, y si me los dijera, los olvidaría... Ahora, por favor, basta de preguntas. Le digo lo que yo sé, y no lo que le gustaría saber a usted. No creo que el tipo fuera amigo suyo. Era muy diferente de usted..., desde luego, por lo que puedo juzgar según lo dicho por Helene y lo que conozco de usted. Usted es un muchacho simpático e ilusionado..., y él, bueno, él era cualquier cosa menos simpático... Se puso hecho una fiera cuando descubrió que se estaba enamorando de Helene. Oh, no, no se convirtió en un cachorro sentimental, como ella había esperado. Le dijo amargamente que era frívola y vulgar, y después la besó para cerciorarse de que no era una estatuilla de porcelana. Helene no lo era... Al fin descubrió que no podía vivir sin ella, y ella descubrió que estaba harta de oírle hablar de sus sueños, y de los sueños de sus sueños, y de los sueños de los sueños de sus sueños. Le advierto que no estoy censurando a nadie. Quizá los dos tenían razón y quizá ninguno..., pero mi amiga no es el tipo ordinario de mujer que él pensaba que era... Oh, ella era algo muy diferente y sabía sobre la vida y la muerte y los hombres un poco más de lo que él suponía saber... El era el tipo de hombre que piensa que todos los libros modernos son basura y todos los jóvenes modernos tontos, solo porque está demasiado absorto en sus propias sensaciones e ideas para comprender las de los demás. Dice Helene que sus gustos y sus caprichos eran inimaginables. Y cómo hablaba de religión... Debió de ser espantoso. Y mi amiga, sabe, es, o más bien era, muy alegre, très vive, pero cuando él aparecía se sentía envejecer, se agriaba. Porque él nunca se quedaba mucho tiempo con ella... Aparecía à l'improviste, se echaba en un sillón, las manos sobre el mango del bastón, sin quitarse los guantes... y la miraba con aire tétrico. Ella pronto trabó amistad con otro hombre que la cortejaba y era mucho, oh, mucho más gentil y amable y lleno de atenciones que ese hombre que usted confunde con su hermano (no frunza el ceño, por favor). Pero Helene no le hacía demasiado caso y dice que era divertidísimo cuando se encontraban y se hacían mil cortesías. A Helene le gustaba viajar, pero cuando encontraba algún lugar agradable donde pudiera olvidar sus preocupaciones y todo lo demás, de nuevo aparecía él de entre el paisaje, y se sentaba en la terraza, a su mesa, y le decía que era frívola y vulgar y que no podía vivir sin ella. O bien soltaba un largo discurso ante los amigos de Helene..., ya sabe, des jeunes gens qui aiment à rigoler..., algún largo y oscuro discurso sobre la forma de un cenicero o el color del día... Y todos lo dejaban

solo en su silla, sonriendo tontamente para sí mismo o tomándose el pulso. Sentiría que fuera de veras pariente suyo, porque no creo que Helene conserve un recuerdo particularmente agradable de aquellos días. Al fin el pobre se convirtió en una plaga... Helene no lo dejaba siquiera que la tocara, porque el tipo podía tener un ataque si se excitaba. Un día, al fin, Helene supo que llegaría en el tren de la noche. Llamó a un joven amigo dispuesto a hacer cualquier cosa por ella y le pidió que fuera a su encuentro y le dijera que ella no quería verlo, y que si intentaba llegar hasta ella, sería considerado por sus amigos como un extraño inoportuno y sería tratado como correspondía. No fue muy amable de su parte, supongo, pero Helene pensó que sería lo mejor para él, a la larga. No, no, realmente... No creo que pueda ser el hombre en cuestión... Si le digo todo esto es tan solo para darle una imagen de Helene..., y no de sus amantes. Ella estaba tan llena de vida, tan dispuesta a ser amable con todos, tan rebotante de esa vitalité joyeuse qui est, d'ailleurs, tout-à-fait conforme à une philosophie innée, à un sens quasi-religieux des phénomènes de la vie. ¿Y en qué acabó todo? Los hombres que le gustaban resultaban pequeños desengaños y todas las mujeres, salvo pocas excepciones, no eran más que gatas, y así se pasó la mejor parte de su vida tratando de ser feliz en un mundo que hacía lo posible por aniquilarla. Bueno, ya la conocerá usted y juzgará si el mundo lo ha conseguido.

Callamos durante un largo rato. Ay, ya no me quedaban dudas, aunque el retrato de Sebastian era atroz..., si bien era cierto que lo había recibido de segunda mano.

—Sí, no dejaré de verla. Por dos motivos: primero, porque quiero hacerle una pregunta, solo una pregunta... Y segundo...

—¿Sí? —dijo Madame Lecerf, sirviéndome té frío—. ¿Segundo?

—Segundo, porque no llego a imaginarme cómo semejante mujer pudo atraer a mi hermano. Por eso quiero verla con mis propios ojos.

—¿Quiere usted decir que la cree temible, una mujer peligrosa? Une femme fatale? No es así. Es buena como el pan.

—Oh, no —dije—. No terrible, no peligrosa... Hábil, si lo prefiere usted, y todo lo demás. Pero... No, tengo que verla.

—Escúcheme —dijo Madame Lecerf—. Le daré un consejo. Yo partiré mañana. Me

temo que si aparece usted el sábado, Helene estará tan ocupada (siempre está ocupada) que lo citará para el día siguiente, olvidando que al día siguiente irá a pasar una semana conmigo, en el campo: y volverá a perderla. En otras palabras, creo que lo mejor sería que fuera también usted a mi casa. Porque entonces estará seguro de encontrarla. Lo que sugiero, pues, es que me visite la mañana del domingo... y se quede cuanto quiera. Tenemos cuatro dormitorios libres, y creo que estará cómodo. Además, podré hablar antes con ella y así estará de humor conveniente para entrevistarse con usted. Eh bien, êtes-vous d'accord?

Es curioso, pensé: parecía haber cierta semejanza familiar entre Nina Rechnoy y Helene von Graun..., o al menos entre las dos imágenes que el marido de una y la amiga de otra me habían pintado. Entre las dos no había mucho que elegir. Nina era superficial y mundana, Helene astuta y tenaz, pero ambas eran volubles. Ninguna era de mi gusto... ni pensaba que lo fuera de Sebastian. Me pregunté si ambas mujeres se habrían conocido en Blauberg: lo habrían pasado muy bien juntas... teóricamente. En realidad, se habrían mostrado las uñas mutuamente. Por otro lado, ya podía abandonar por completo la pista Rechnoy, cosa que me aliviaba mucho. Lo que aquella muchacha francesa me había dicho acerca del amante de su amiga no podía ser una mera coincidencia. A pesar de los sentimientos que me asaltaban al enterarme de cómo había sido tratado Sebastian, no podía sino alegrarme al ver que mi búsqueda se acercaba a su fin y que se me ahorraba la imposible tarea de desenterrar a la primera mujer de Pahl Pahlich, que debía de estar en la cárcel o en Los Ángeles.

Sabía que era mi última oportunidad, y como estaba ansioso por asegurarme de su presencia, hice un esfuerzo tremendo y le envié una carta a su dirección de París, de modo que pudiera encontrarla a su llegada. Fui muy lacónico: le informé sucintamente que era huésped de su amiga en Lescaux y que había aceptado esa invitación con el solo objeto de encontrarme con ella. Agregué que había importantes cuestiones de índole literaria que deseaba consultarle. Esa última afirmación no era muy sincera, pero pensé que sonaba de manera atractiva. No había entendido si su amiga le había dicho algo sobre mi deseo de verla cuando telefoneó desde Dijon. Tenía un miedo espantoso de que el domingo Madame Lecerf me informara tranquilamente que Helene se había marchado a Niza. Después de echar la carta en el buzón me dije que haría todo lo posible por concertar nuestra entrevista.

Partí a las nueve de la mañana, para llegar a Lescaux al mediodía según lo dispuesto. Ya subía al tren cuando advertí con una conmoción que pasaría por St. Damier, donde había muerto y estaba enterrado Sebastian. Había viajado allí en una noche inolvidable. Pero esta vez no reconocí nada: cuando el tren se detuvo un minuto en la pequeña plataforma de St. Damier, su inscripción fue lo único que me dijo que ya había estado allí. El lugar parecía tan simple y definido y

preciso comparado con el informe recuerdo de pesadilla que fluctuaba en mi memoria... ¿O se había deformado ahora?

Me sentí extrañamente aliviado cuando el tren reanudó la marcha: ya no iba tras las huellas espectrales que había seguido durante dos meses. El tiempo era excelente y cada vez que el tren se detenía creía oír el respiro ligeramente irregular de la primavera, aún invisible pero indiscutiblemente presente: «Niñas bailarinas de miembros helados que esperan entre bastidores», escribió alguna vez Sebastian.

La casa de Madame Lecerf era grande y descuidada. Un montón de viejos árboles enfermos representaba el parque. A un lado había campos y al otro una colina con una fábrica. Todo el conjunto tenía un curioso aspecto mísero, polvoriento, abandonado; cuando después supe que había sido construido apenas treinta años antes, me sentí aún más sorprendido por su decrepitud. Cuando me dirigía a la entrada principal encontré a un hombre que bajaba precipitadamente por el sendero de grava. Se detuvo y me tendió la mano.

–Enchanté de vous connaître –dijo, envolviéndome en una mirada melancólica–. Mi mujer le espera. Je suis navré... pero estoy obligado a viajar a París este domingo.

Era un francés de aspecto corriente, de edad mediana, ojos cansados y sonrisa estereotipada. Nos dimos la mano nuevamente.

–Mon ami, perderá el tren...

La voz cristalina de Madame Lecerf llegó desde el balcón, y él se marchó obediente.

Aquel día Madame Lecerf llevaba un vestido beige; tenía muy pintada la boca, pero no había alterado su piel diáfana. El sol daba un tinte azulado a su pelo y pensé que era muy joven y bella. Cruzamos por dos o tres habitaciones que producían la impresión de que se hubiera dividido entre ellas la idea de una sala. Me parecía como si estuviéramos totalmente solos en una casa desagradablemente llena de callejones. Tomó un chal de un canapé de seda verde y se lo echó sobre los hombros.

–¿No tiene frío? –dijo–. Es una de las cosas que odio en la vida, el frío. Toque mis manos..., siempre están así, salvo en verano. El almuerzo estará listo dentro

de un minuto. Siéntese.

–¿Cuándo llegará ella?

–*Écoutez –dijo Madame Lecerf–, ¿no puede olvidarla un minuto mientras hablamos de otras cosas? Ce n'est pas très poli, vous savez. Dígame algo sobre usted mismo. ¿Dónde vive, qué hace?*

–¿Vendrá ella esta tarde?

–Sí, sí, qué hombre tan obstinado... Monsieur l'entêté. No dejará de venir. No sea tan impaciente. Las mujeres no se preocupan por los hombres con una idée fixe. ¿Qué le ha parecido mi marido?

Dije que debía de ser mucho mayor que ella.

–Es muy bueno, pero terriblemente aburrido –siguió ella, riendo–. Lo despaché adrede. Solo hace un año que estamos casados, pero ya me siento como a punto de cumplir las bodas de diamante... Y odio esta casa. ¿Y usted?

Dije que me parecía más bien anticuada.

–Oh, ese no es el término exacto. Parecía nueva cuando la vi por primera vez. Pero desde entonces se ha ajado... Una vez le dije a un médico que todas las flores, salvo los claveles y los asfódelos, se marchitaban si los tocaba..., ¿no es curioso?

–¿Y qué dijo él?

–Que no era botánico. Había una princesa persa como yo. Hizo que se marchitara todo el jardín del palacio.

Una criada anciana y de aspecto deprimente se asomó e hizo una seña a su ama.

–Vamos –dijo Madame Lecerf–. Vous devez mourir de faim, a juzgar por su cara.

Chocamos en el umbral de la puerta, porque ella se volvió de improviso mientras la seguía. Me cogió por el hombro y su pelo me rozó la mejilla.

–Joven torpe... –dijo–. He olvidado mis píldoras.

Las encontró y recorrimos la casa en busca del comedor. Al fin lo encontramos. Era un lugar horrible, con un mirador que parecía haber cambiado de idea en el último momento y haber hecho un débil esfuerzo por volver a su estado más simple. Dos personas entraron silenciosamente, por diferentes puertas. Una de ellas era una anciana que, supuse, era prima de Monsieur Lecerf. Su conversación se limitaba a gruñidos de aprobación frente a la comida. La otra persona era un hombre apuesto, de cara solemne y con una extraña franja gris en el ralo pelo rubio. Tampoco él pronunció una sola palabra durante el almuerzo. La presentación de Madame Lecerf consistió en un ademán precipitado y no dijo nombres. Advertí que ignoraba la presencia del hombre a la mesa... En verdad, el individuo parecía estar sentado aparte. El almuerzo estaba bien preparado, pero como al azar. El vino era excelente.

Después del primer plato, el caballero rubio encendió un cigarrillo y se marchó. Volvió un minuto después, con un cenicero. Madame Lecerf, que había estado consagrada a su comida, se volvió hacia mí y dijo:

–¿De modo que ha viajado usted mucho últimamente? Yo nunca he estado en Inglaterra... No se me ha presentado la ocasión. Debe de ser un lugar aburrido. On doit s'y ennuyer follement, n'est-ce pas? Y la niebla... Y sin música, sin arte de ninguna especie... Esta es una receta especial para preparar el conejo... Espero que le guste.

–A propósito –dije–, olvidé decirle que escribí una carta a su amiga avisándola de que vendría aquí... y recordándole que viniera.

Madame Lecerf dejó el cuchillo y el tenedor. Pareció sorprendida y fastidiada.

–¡No es posible! –exclamó.

–Espero no haber hecho mal...

Terminamos el conejo en silencio. Siguió crema de chocolate. El caballero rubio dobló cuidadosamente su servilleta, la metió en un aro, se puso de pie, se inclinó ligeramente ante nuestra anfitriona y desapareció.

–Tomaremos café en la habitación verde –dijo Madame Lecerf a la criada.

–Estoy furiosa con usted –dijo cuando nos sentamos–. Creo que lo ha echado todo a perder.

–¿Por qué, qué he hecho? –pregunté.

Miró a otro lado. El pecho duro y pequeño subía y bajaba (Sebastian escribió una vez que eso ocurría solo en los libros, pero ahí estaba la prueba de que se equivocaba). La venilla azul de su pálido cuello infantil pareció latir (pero no estoy seguro de eso). Las pestañas se agitaron. Sí, era decididamente una mujer hermosa. Sin duda era oriunda del Mediodía. De Arles, quizá. Pero no, su acento era parisiense.

–¿Nació usted en París? –pregunté.

–Gracias –dijo sin mirarme–. Es la primera pregunta que me hace sobre mí misma. Pero eso no repara su error. Es lo más tonto que pudo hacer. Quizá si yo hubiera tratado... Perdón, volveré dentro de un minuto.

Volví a sentarme y fumé. El polvo giraba en un rayo de sol inclinado; volutas de humo de tabaco se le unían y rotaban insistentes, como a punto de formar una imagen. Permítaseme repetir que odio perturbar estas páginas con observaciones de índole personal, pero creo que quizá divertirá al lector (y acaso también al espectro de Sebastian) si digo que por un momento pensé hacerle el amor a esa mujer. Era muy extraño..., al mismo tiempo me irritaban las cosas que decía. En cierto sentido estaba perdiendo mi dominio. Me recobré mentalmente mientras volvía.

–Ya está hecho –dijo–. Helene no está en su casa.

–Tant mieux –respondí–. Probablemente venga hacia aquí, y debería usted comprender la impaciencia que tengo por verla.

–Pero ¿por qué demonios le escribí? –exclamó Madame Lecerf–. Ni siquiera la conoce. Yo le había prometido que estaría aquí hoy. Si no me creyó y quiso cerciorarse... alors vous êtes ridicule, cher Monsieur.

–Oh, eso nunca se me ocurrió –dije sinceramente–. Solo pensé..., bueno, la mantequilla puede arruinar el pastel, como decimos los rusos.

–Creo que la mantequilla y los rusos me importan un bledo.

¿Qué podía hacer? Miré la mano de Madame Lecerf, que yacía cerca de la mía. Temblaba ligeramente, su vestido era leve y vaporoso... Un extraño estremecimiento que no era de frío me recorrió la espalda. ¿Debía besar esa mano? ¿Podía mostrarme cortés sin sentirme tonto?

Ella suspiró y se puso de pie.

–Bueno, no hay nada que hacer. Me temo que la haya ahuyentado y si viene..., bueno, no importa. Ya veremos. ¿Le gustaría ver nuestra finca? Creo que hace más calor fuera que en esta miserable casa, que dans cette triste demeure.

La «finca» consistía en el jardín y el bosquecillo que ya había advertido. Todo estaba muy tranquilo. Las ramas negras, matizadas aquí y allá de verde, parecían atentas a su propia vida. Algo lúgubre pesaba sobre el lugar. Contra un muro había tierra excavada y amontonada por un misterioso jardinero que se había marchado olvidando su herrumbrosa pala. Por algún extraño motivo recordé un asesinato ocurrido hacía poco, en un jardín como aquel.

Madame Lecerf estaba silenciosa; después dijo:

–Debió de querer mucho a su hermanastro, para consagrarse de tal modo a su pasado. ¿Cómo murió? ¿Se suicidó?

–Oh, no –dije–. Padecía una enfermedad cardíaca.

–Creí oírle decir que se había matado. Habría sido mucho más romántico. Su libro me decepcionará si todo termina en la cama. Aquí hay rosas durante el verano... aquí, en este fango... pero es difícil que el verano vuelva a pescarme aquí.

–Nunca se me ocurrirá falsificar su vida –dije.

–Oh, muy bien. Conocí a un hombre que publicó las cartas de su difunta mujer y las distribuyó entre sus amigos. ¿Por qué supone que la biografía de su hermano interesará a la gente?

–¿Nunca leyó usted?... –empecé, cuando súbitamente un automóvil elegante pero cubierto de barro se detuvo ante el portal.

–Oh, demonios –dijo Madame Lecerf.

–Quizá sea ella –exclamé.

Una mujer bajó del automóvil en un charco.

–Sí, es ella –dijo Madame Lecerf–. Quédese usted donde está.

Bajó corriendo el sendero y cuando estuvo junto a la recién llegada, la besó y la guió a la izquierda, donde ambas desaparecieron tras unas matas. Las espí un momento después, cuando, fuera ya del jardín, subieron los escalones y desaparecieron en la casa. Nada distinguí de Helene von Graun, salvo el abrigo de piel abierto y el pañuelo de vivos colores.

Encontré un banco de piedra y me senté. Estaba excitado y bastante satisfecho de mí mismo por haber capturado por fin a mi presa. Había un bastón sobre el banco y con él hurgué la rica tierra marrón. ¡Había triunfado! Aquella misma noche, después de hablar con ella, volvería a París y... Un pensamiento distinto del resto, fluctuante e insensato, se insinuó en el fárrago de mi mente... ¿Tendría que marcharme aquella noche? ¿Cómo era aquella frase en el mediocre relato de Maupassant: «He olvidado un libro»? Yo también estaba olvidando el mío.

–Conque está usted aquí –dijo la voz de Madame Lecerf–. Pensé que quizá se habría marchado.

–¿Todo anda bien?

–Lejos de eso –respondió tranquilamente–. No sé qué le habrá escrito usted, pero Helene creyó que se trata de un negocio sobre una película que está procurando arreglar... Dice que le ha tendido una trampa. Ahora haga usted lo que le digo. No hable con ella hoy ni mañana ni pasado mañana. Pero quédese aquí y muéstrese amable con ella. Después, tal vez pueda hablarle. ¿Me ha entendido?

–Es usted muy buena... Todo este trabajo que se toma...

Se sentó junto a mí, y como el banco era muy pequeño y yo..., bueno, no soy endeble, nuestros hombros se rozaron. Me humedecí los labios con la lengua y tracé líneas en el suelo con el bastón.

–¿Qué trata de dibujar? –preguntó aclarándose la garganta.

–Las ondas de mi pensamiento –respondí burlonamente.

–Una vez besé a un hombre porque sabía escribir su nombre al revés.

El bastón se me cayó de las manos. Miré a Madame Lecerf. Miré su suave frente blanca, los oscuros párpados violetas –que había bajado, equivocando quizá el sentido de mi mirada–, el minúsculo lunar en la pálida mejilla, las delicadas aletas de la nariz, el dibujo de su labio superior, mientras inclinaba la oscura cabeza, la blancura opaca de la garganta, las uñas pintadas de rojo de sus finos dedos. Levantó la cara y sus ojos, con las pupilas extrañamente aterciopeladas y situadas un poco más alto de lo habitual, miraron mis labios.

Me levanté.

–¿Qué pasa? –dijo–. ¿En qué piensa usted?

Sacudí la cabeza. Pero ella tenía razón. Estaba pensando en algo, ahora, en algo que debía resolver inmediatamente...

–¿Cómo, quiere usted que regresemos? –preguntó mientras avanzábamos por el sendero.

Asentí.

–Pero ella no bajará todavía. ¿Por qué frunce usted el ceño?

Creo que me detuve, la miré nuevamente, esta vez deteniéndome en su esbelta figura envuelta en el ajustado vestido color canela.

Seguí caminando, sin dejar de reflexionar, y el sendero manchado de sol parecía mirarme con hostilidad.

–*Vous n'êtes guère amiable* –dijo Madame Lecerf.

Había una mesa y varias sillas en la terraza. El silencioso caballero rubio que había visto durante el almuerzo estaba sentado allí, examinando el mecanismo de su reloj. Cuando me senté le rocé torpemente el codo y él dejó caer una ruedecilla.

–*Boga radi* –dijo (no tiene importancia) cuando le pedí disculpas.

(Oh, conque era ruso. Bueno, eso podía serme útil.)

La dama nos dio la espalda canturreando ligeramente, golpeando el pie contra las lajas de piedra. Fue entonces cuando me volví hacia mi silencioso compatriota, que seguía escudriñando su reloj descompuesto.

–Ah-oo-neigh na-sheiky pah-ook –dije quedamente.

La mano de la dama subió hasta la nuca y ella giró sobre sus talones.

–Shto? (¿Qué?) –preguntó mi lento compatriota, mirándome.

Después miró a la dama, gruñó incómodamente y se irguió hurgando en su reloj.

–J'ai quelque chose dans le cou..., lo noto –dijo Madame Lecerf.

–En verdad –dije–, acabo de decirle a este caballero ruso que creía ver una araña en su cuello. Pero me equivoqué. Era un efecto de luz.

–¿Ponemos el gramófono? –preguntó ella alegremente.

–Lo siento muchísimo –dije–, pero creo que debo regresar. ¿Me perdona usted?

–Mais vous êtes fou –exclamó–. ¿No quiere ver a mi amiga?

–Otro día, quizá –dije suavemente–, otro día...

–Dígame –dijo, siguiéndome por el jardín–. ¿Qué es lo

que pasa?

–Fue muy hábil por su parte –dije, en nuestra generosa lengua rusa– hacerme creer que hablaba de su amiga cuando no hacía sino hablar de usted misma. La burla pudo seguir mucho tiempo si el destino no le hubiera movido el codo: ahora se ha derramado la leche. Porque resulta que he conocido al primo de su primer marido, el único que podía escribir su nombre al revés. De modo que hice una pequeña prueba. Y cuando inconscientemente escuchó las palabras en ruso que murmuré para mí mismo...

No, no dije una sola palabra de eso. Me limité a inclinarme, llegado al portal. Le mandaré un ejemplar de este libro, y entenderá.

La pregunta que hubiera querido hacer a Nina quedó sin formular. Hubiera querido preguntarle si nunca había advertido que el hombre de cara exangüe, cuya presencia encontraba tan tediosa, era uno de los escritores más notables de su época. Pero ¿habría valido la pena? Los libros no significan nada para una mujer de su clase: su propia vida le parece contener los estremecimientos de cien novelas. Si la hubieran condenado a permanecer todo un día encerrada en una biblioteca la habrían encontrado muerta por la noche. Estoy seguro de que Sebastian nunca le hablaba de su trabajo: habría sido como hablar de meridianos con un murciélago. Dejemos, pues, que el murciélago vuele y ruede en la creciente oscuridad, con la mímica astuta de una golondrina.

En los últimos y tristes días de su vida Sebastian escribió *El extraño asfódelo*, sin duda su obra maestra. ¿Dónde y cómo lo escribió? En la sala de lectura del British Museum (lejos de la mirada vigilante de Goodman). En la humilde mesa de un bistro parisiense (no de la clase preferida por su amante). En una silla plegable, bajo una sombrilla anaranjada, en Cannes o Juan, cuando ella y su pandilla lo abandonaban para retozar en otra parte. En la sala de espera de una estación anónima, entre dos ataques al corazón. En un hotel, entre el ruido de los platos que lavaban en un patio. En muchos otros lugares que solo puedo conjeturar vagamente. El tema del libro es simple: un hombre se muere. Lo sentimos hundirse a lo largo de la obra. Sus pensamientos y sus recuerdos lo invaden todo con más o menos claridad (como las aspiraciones y espiraciones de un jadeo irregular), ya precisando esta imagen, ya aquella, dejándola galopar al viento o arrojándola sobre la playa, donde parece mecerse y vivir un instante por sí sola, hasta que la arrebatara el mar gris, donde se hunde o se transfigura extrañamente. Un hombre se muere, y él es el héroe del relato: pero mientras las vidas de otras personas en el libro parecen perfectamente reales (o al menos reales en un sentido knightiano), el lector ignora quién es el hombre moribundo, si su lecho de muerte está fijo o fluctúa, si es de veras un lecho. El hombre es el libro; el libro mismo está muriéndose como un fantasma. Una imagen-pensamiento, después otra, rompe en la playa de la conciencia y seguimos el ser o la cosa que son evocados: restos dispersos de una vida destrozada, inertes fantasmas que sacuden y despliegan alas con ojos. Esas vidas no son sino comentarios sobre el mismo tema. Seguimos al viejo y dulce Schwarz, jugador

de ajedrez, que se sienta en una silla en una habitación en una casa para enseñar a un niño huérfano a mover el caballo; nos encontramos a la gorda gitana con esa franja gris en el pelo que traiciona su tinte barato; escuchamos a la pálida desdichada que denuncia ruidosamente el sistema de opresión a un hombre atento, bien vestido, en una casa pública de pésima fama. La alta y encantadora prima donna pone el pie en un charco y sus zapatos plateados se estropean. Un anciano solloza, consolado por una afectuosa muchacha de luto. El profesor Nussbaum, un estudioso suizo, mata a su amante y se suicida en una habitación de hotel a las tres y media de la mañana. Pasan y pasan, esas y otras personas, abriendo y cerrando puertas, viviendo mientras está iluminado el camino que siguen, tragadas sucesivamente por las oleadas del tema dominante: un hombre agoniza. El hombre parece mover un brazo o girar la cabeza sobre lo que puede ser una almohada, y mientras se mueve, tal o cual vida que acabamos de vislumbrar se desvanece o cambia. A veces su personalidad adquiere conciencia de sí, y entonces sentimos que atravesamos la arteria principal del libro. «Ahora, cuando era demasiado tarde y las tiendas de la Vida estaban cerradas, lamentaba no haber adquirido cierto libro que siempre había deseado, no haber presenciado ningún terremoto, ningún incendio, ningún accidente de tren, no haber visto Tatsienlu en el Tibet, no haber oído las urracas azules discurriendo en los sauces chinos, no haber hablado a aquella escolar errabunda, de ojos desvergonzados, que encontró un día en un páramo, no haberse reído del mal chiste de una mujer tímida y horrible, cuando nadie había reído en la habitación, haber perdido trenes, alusiones y oportunidades, no haber tendido la moneda que llevaba en el bolsillo a aquel viejo violinista que tocaba para sí, trémulo, en cierto triste día, en una ciudad olvidada.»

A Sebastian Knight siempre le había gustado hacer malabarismos con los temas, estrechándolos o armonizándolos diestramente, haciéndoles expresar ese oculto sentido que solo podía expresarse en una sucesión de olas, como la música de una boya china solo puede producirse por ondulación. En *El extraño asfódelo*, su método ha llegado a la perfección. No son las partes las que importan, sino su combinación.

Parece haber un método, asimismo, en el modo con que el autor expresa el proceso físico de la muerte: los pasos que llevan a la oscuridad; la acción que sucesivamente desarrollan el cerebro, la carne, los pulmones. Primero el cerebro sigue cierta jerarquía de ideas, ideas sobre la muerte: pensamientos de falsa profundidad escritos al margen de un libro prestado (el episodio del filósofo): «Atracción de la muerte: el crecimiento físico considerado al revés, como el

afinarse de una gota suspendida; al fin el precipitarse en la nada.» Pensamientos poéticos, religiosos: «... el pantano del pútrido materialismo y el dorado paraíso de los que Dean Park llama optimistas...» «Pero el moribundo sabe que no eran ideas verdaderas; que solo puede decirse que existe una mitad de la noción de la muerte: este lado de la cuestión; el arranque, la partida, el muelle de la vida alejándose con los pañuelos; ah, él estaba ya del otro lado, ya que podía ver alejarse la orilla. No, no del todo, si aún pensaba.» (Así alguien que acude a despedir a un amigo, puede quedarse demasiado tiempo en la cubierta sin convertirse en viajero...)

Después, poco a poco, los demonios de la enfermedad física sofocan bajo montañas de dolor toda suerte de pensamientos, filosofía, conjetura, recuerdos, esperanza, nostalgia. Tropezamos y nos arrastramos por horribles paisajes y no reparamos adónde vamos... porque todo es angustia y solo angustia. El método se invierte. En vez de esas ideas-pensamientos que se atenuaban cada vez más, mientras las seguíamos por ciegos pasajes, es ahora el asalto de horribles visiones que nos cercan por todos lados: la historia de un niño torturado; el relato de un exiliado sobre su vida en un despiadado país de donde ha escapado; un pobre demente con un ojo en blanco; un campesino que da puntapiés a sus perros... divirtiéndose cruelmente. Después también el dolor desaparece. «Quedó tan exhausto que casi no se interesaba en la muerte.» Como «un hombre sudando ronca en un vagón de tercera; como un escolar cae dormido sobre sus deberes incompletos». Estoy cansado, cansado... un neumático que rueda y rueda por sí solo, unas veces bamboleándose, otras aminorando la marcha, otras...»

Es el momento en que una oleada de luz súbitamente inunda el libro: «...como si alguien hubiese abierto la puerta y las personas de la habitación hubieran saltado sobre sus pies, recogiendo nerviosamente sus paquetes». Sentimos que estamos al borde de una verdad absoluta, deslumbrados por su esplendor y al mismo tiempo sosegados por su sencillez perfecta. Por su increíble ardid de palabras sugestivas, el autor nos hace creer que conoce la verdad sobre la muerte y que va a contárnosla. Dentro de un instante, al fin de esa oración, en medio de la siguiente, o acaso un poco más adelante, hemos de saber algo que cambiará nuestros conceptos, como si descubriéramos que moviendo nuestros brazos de un modo simple, pero nunca ensayado, podemos volar. «El nudo más difícil no es sino un cordel que resiste a nuestras uñas, un poco por inercia, otro poco por sus graciosas revueltas. Los ojos lo disciernen, mientras los dedos inexpertos sangran. Él (el moribundo) era ese nudo, y habría sido desatado de inmediato si hubieran podido ver y seguir el cordel. Y no solo él mismo: todo habría sido

resuelto, todo lo que pudiera imaginar en nuestros infantiles términos de espacio y tiempo, ambos acertijos inventados por el hombre como acertijos, y así vueltos a nosotros: los boomerangs del disparate... Ahora había aprehendido algo real, que nada tenía que ver con ninguno de los pensamientos o sentimientos o experiencias que pudiera haber tenido en el jardín de infantes de la vida.»

La respuesta a todas las cuestiones de la vida y la muerte, «la solución absoluta», estaba escrita en el mundo todo que él había conocido: era como un viajero que advierte que la salvaje región por donde caminó no es un conjunto accidental de fenómenos naturales, sino la página de un libro donde esas montañas y selvas, y campos, y ríos, están dispuestos de tal modo que forman una frase coherente: la vocal de un lago se funde con la consonante de una pendiente sibilante; las vueltas de un camino escriben su mensaje en una caligrafía redondeada, nítida como de su propio padre; árboles que conversan en su muda pantomima, que impresiona a quien ha aprendido los gestos de su lenguaje... Así el viajero deletrea el paisaje y su sentido es manifiesto. Asimismo, el intrincado dibujo de la vida humana se revela monogramático, luminoso para los ojos interiores que desentrañan las letras enlazadas. Y la palabra, el sentido que surge, es asombroso por su sencillez: la sorpresa es tanto mayor, quizá, porque en el curso de una existencia terrena con el cerebro oprimido por un anillo de hierro, por el ceñido sueño de nuestra propia personalidad, no hemos hecho el menor esfuerzo mental, que habría liberado el pensamiento prisionero y le habría otorgado infinita comprensión. Ahora el enigma estaba resuelto. «Y como el sentido de todas las cosas brillaba a través de sus formas, muchas ideas y acontecimientos que parecían de gran importancia degeneraron no convirtiéndose en cosas insignificantes, porque nada podía ser insignificante ahora, sino colocándose en el mismo nivel al que otras ideas y acontecimientos, antes desprovistos de toda importancia, han llegado ahora.» Así, estos maravillosos gigantes de nuestros pensamientos, la ciencia, el arte o la religión, cayeron del esquema familiar de su clasificación y, dándose la mano, se mezclaron gozosamente en el mismo nivel. Así, un hueso de cereza y su minúscula sombra proyectada sobre la madera pintada de un banco, o un pedazo de papel roto o cualquier otra fruslería entre millones y millones de fruslerías alcanzaba proporciones maravillosas. Remodelado, recreado, el mundo comunicaba su sentido al alma naturalmente, como ambos respiraban.

Y ahora sabemos qué es exactamente; la palabra será formulada... y ustedes, y yo, y cada ser en el mundo se dará una palmada en la frente: ¡Qué tontos hemos sido! Al final de su libro el autor parece detenerse un instante, como diciéndose

si es sensato revelar la verdad. Parece levantar la cabeza, olvidar al hombre agonizante cuyos pensamientos seguía y volverse para pensar: ¿Lo seguiremos hasta el fin? ¿Susurraremos la palabra que sacudirá el silencio espeso de nuestras mentes? Lo haremos, hemos llegado demasiado lejos, la palabra ya está forjándose y surgirá. Y nos volvemos una vez más, y nos inclinamos sobre un lecho oscuro, sobre una forma gris y flotante... cada vez más abajo, más abajo... Pero ese minuto de duda ha sido fatal: el hombre ha muerto.

El hombre ha muerto y nosotros lo ignoramos. El asfódelo en la otra orilla es tan incierto como siempre. Tenemos en nuestras manos un libro muerto. ¿O estamos equivocados? A veces, cuando vuelvo las páginas de la obra maestra de Sebastian, siento que la «solución absoluta» está allí, en alguna parte, oculta en algún párrafo. Lo he leído con demasiada prisa, o está entrelazada con otras palabras cuya acepción familiar me ha despistado. No sé de otro libro que dé esa peculiar sensación y quizá ese fue el intento principal del autor.

Recuerdo vívidamente el día en que vi El extraño asfódelo anunciado en un periódico inglés. Había dado con un ejemplar del periódico en un hotel de París, mientras esperaba a un hombre que la compañía para la cual trabajo necesitaba comprometer en un negocio. Mientras estaba sentado a solas en el vestíbulo de lúgubre comodidad y leía los anuncios editoriales y el hermoso nombre de Sebastian en letras capitales, envidié su suerte como nunca la había envidiado antes. No sabía dónde estaba Sebastian en esos momentos, no lo había visto en los últimos seis años, ignoraba que estuviera tan enfermo y fuera tan desgraciado. Por el contrario, el anuncio de su libro me pareció un índice de felicidad, y lo imaginé en una habitación cálida y alegre de algún club, con las manos en los bolsillos, las orejas relucientes, los ojos húmedos y brillantes, una sonrisa flotándole en los labios... y todas las demás personas de la habitación de pie alrededor de él, con vasos de oporto, festejando sus bromas. Era un cuadro trivial, pero seguía brillando con los toques de las blancas pecheras de las camisas y las negras chaquetas de etiqueta y el vino color de miel y los rostros bien delineados, como una de esas fotografías iluminadas que vemos en las portadas de las revistas. Decidí comprar el libro no bien se publicara –siempre compraba sus libros en cuanto aparecían–, pero de algún modo estaba particularmente impaciente por leer este último. Al fin apareció la persona que esperaba. Era un inglés, muy instruido. Antes de abordar el negocio conversamos unos instantes sobre otros temas, y observé por casualidad que acababa de leer el anuncio en el diario y hasta le pregunté si había leído alguno de los libros de Sebastian Knight. Dijo que había leído uno o dos, Caleidoscopio

«o algo así» y El bien perdido. Le pregunté si le gustaban. Dijo que sí, en cierto modo, pero que el autor le parecía terriblemente snob, al menos en el sentido intelectual. Le pedí que se explicara. Agregó que Knight le parecía constantemente embarcado en un juego de su propia invención cuyas reglas no comunicaba a sus compañeros. Dijo que prefería los libros que le hacían pensar a uno; los libros de Knight no hacían pensar: dejaban a sus lectores perplejos e irritados. Después habló de otro autor contemporáneo que juzgaba mucho mejor que Sebastian Knight. Aproveché una pausa para iniciar nuestra conversación mercantil. La conversación no resultó tan fructífera como esperaba mi compañía.

El extraño asfódelo fue objeto de muchas reseñas y la mayoría de ellas resultaron muy halagüeñas. Pero aquí y allá se reiteraba la insinuación de que el autor era un autor cansado, lo cual parecía otro modo de decir que era aburrido, Y hasta percibí como un asomo de conmiseración..., como si ellos supieran ciertos tristes detalles sobre el autor que no estaban en el libro, pero que influían en la actitud con que lo consideraban. Un crítico llegó a decir que lo había leído con «sentimientos dispares, porque era una experiencia más bien desagradable para el lector sentarse junto a un lecho de muerte sin tener la certeza de si el autor es el paciente o el médico». Casi todas las reseñas dieron a entender que el libro era quizá demasiado largo y que muchos pasajes eran oscuros y oscuramente pesados. Todos elogiaban la «sinceridad» de Sebastian Knight..., sea lo que fuere tal «sinceridad». Me pregunto qué pensó Sebastian de todas esas reseñas.

Presté mi ejemplar a un amigo que pasó varias semanas sin leerlo y al final lo perdió en un tren. Compré otro y no lo presté a nadie. Sí, creo que entre todos sus libros ese era mi favorito. Ignoro si le hace «pensar» a uno y poco me importa si lo consigue o no... Me gusta por lo que es. Me gusta su estilo. Y a veces me digo que no sería demasiado difícil traducirlo al ruso.

He procurado reconstruir el último año de la vida de Sebastian: 1935. Murió a principios de 1936 y observando esta cifra no puedo sino decirme que hay un extraño parecido entre un hombre y la fecha de su muerte. Sebastian Knight m. 1936... Esa fecha me parece el reflejo del nombre en un estanque de agua rizada. Hay algo en las curvas de los últimos tres números que recuerda el sinuoso perfil de la personalidad de Sebastian... Como he solido hacer a lo largo de este libro, procuro expresar una idea que le hubiera agradado... Si aquí y allá no he captado siquiera la sombra de su pensamiento, o si de cuando en cuando la actividad cerebral inconsciente no me ha llevado a encontrar el camino acertado en su laberinto privado, mi libro es un fracaso total.

La aparición de El extraño asfódelo en la primavera de 1935 coincidió con el último intento de Sebastian por ver a Nina. Cuando uno de aquellos jóvenes rufianes con pelo engominado le anunció que Nina estaba harta de él, Sebastian regresó a Londres y no se movió de allí durante un par de meses; hasta hizo un lastimoso esfuerzo para burlar la soledad mostrándose en público cuanto podía. Figura silenciosa, frágil y lúgubre, se le veía en todas partes con un pañuelo en torno al cuello, hasta en el comedor más caldeado, exasperando a los anfitriones por su distracción y su amable resistencia a las preguntas, vagabundeando en medio de una reunión o refugiado en la habitación de los niños, absorto en un rompecabezas. Un día, cerca de Charing Cross, Helen Pratt vio a Clare en una librería y pocos minutos después, mientras seguía su marcha, tropezó con Sebastian. Sebastian enrojeció ligeramente al dar la mano a Miss Pratt y la acompañó hasta la estación del metro. Miss Pratt agradeció al cielo que no hubiera aparecido un minuto antes y, más aún, que él no aludiera al pasado. En cambio Sebastian le contó una extraña historia sobre dos hombres que habían intentado engañarlo la noche anterior, jugando al póker.

–Me alegro de haberla encontrado –dijo él, cuando se despidieron–. Lo encontraré aquí, supongo...

–¿Qué encontrará usted? –preguntó Miss Pratt.

–Iba a... –nombró la librería–, pero ya veo que encontraré lo que buscaba en este quiosco.

Sebastian iba a conciertos, al teatro, bebía leche caliente en mitad de la noche, en cafés llenos de taxistas. Cuentan que fue a ver tres veces la misma película –una película increíblemente trivial, llamada El jardín encantado–. Dos meses después de su muerte, y pocos días después de enterarme de quién era en realidad Madame Lecerf, descubrí esa película en un cine francés. Entré con el solo objeto de averiguar qué le había interesado tanto. Parte de la historia pasaba en la Riviera, y se veía una rápida escena de bañistas tendidos al sol. ¿Estaría Nina entre ellas? ¿Era suya esa espalda desnuda? Creo que una muchacha que se volvió a la cámara se le parecía, pero el aceite bronceador y las gafas negras y las quemaduras del sol hacen difícil reconocer una cara que pasa. Sebastian estuvo bastante enfermo durante el mes de agosto, pero se negó a acostarse, como ordenó el doctor Oates. En septiembre visitó a unos amigos en el campo: tenía poca relación con ellos, que lo habían invitado por mera cortesía, porque él había dicho que había visto la foto de su casa en el Prattler. Durante una semana vagabundó por una casa fría donde los demás huéspedes se conocían íntimamente; una mañana caminó quince kilómetros hasta la estación y regresó tranquilamente a la ciudad, dejando a sus espaldas el smoking y la esponja de baño. A principios de noviembre comió con Sheldon en el círculo de este último, y se mostró tan taciturno que su amigo se preguntó por qué habría ido a la comida. Después hay un espacio en blanco. Quizá viaja al extranjero, pero no creo que hiciera planes para reencontrarse con Nina, aunque quizá una débil esperanza de esa índole fuera el origen de su inquietud.

Yo pasé casi todo el invierno de 1935 en Marsella, ocupado por algunos negocios de mi compañía. A mediados de enero de 1936 recibí una carta de Sebastian. Cosa extraña, estaba escrita en ruso:

«Como ves, estoy en París, y quizá me quede pegado (zasstrianoo) aquí por algún tiempo. Si puedes venir, ven; si no puedes, no me ofenderé. Pero sería mejor que vinieras. Estoy harto (osskomina) de un montón de cosas tortuosas, y en especial de mis mudas de piel de serpiente (vypolziny), de modo que ahora encuentro un poético solaz en lo obvio y lo corriente que, por algún motivo u otro, he desdeñado durante toda mi vida. Me gustaría preguntarte, por ejemplo, qué has estado haciendo durante todos estos años y contarte de mí mismo: espero que lo hayas pasado mejor que yo. Ultimamente he visto con frecuencia al doctor Starov, que trató a maman (así llamaba Sebastian a mi madre). Me lo encontré por casualidad una noche en la calle, cuando yo tomaba un respiro forzoso en el estribo de un automóvil estacionado. Me pareció que suponía que yo había vegetado en París desde la muerte de maman, y no contradije esa

versión de mi existencia de emigrado porque (eeboh) cualquier explicación parecía demasiado complicada. Algún día tendrás entre manos ciertos papeles míos; los quemarás de inmediato; en verdad, han oído voces en (una o dos palabras indescifrables: dot chetu?), pero ahora han de sufrir el tormento. Los he conservado y les he dado albergue nocturno (notchleg) porque es más seguro dejar que esas cosas duerman, sin que nos acosen como espectros cuando las matamos. Una noche en que me sentí particularmente mortal, firmé su sentencia de muerte, y por ella los reconocerás. He vivido en el hotel de siempre, pero acabo de mudarme a un sanatorio lejos de la ciudad. Anota la dirección. He empezado esta carta hace una semana, y hasta la palabra “vida” estaba destinada (prednaznachalos) a otra persona. Después, por algún motivo, la dirigí a ti, como un invitado tímido en una casa extraña hablaría con insólita extensión con el pariente que lo ha acompañado a la reunión. Perdóname si te abrumo (dokoochayou), pero no me gustan esas ramas desnudas que veo desde mi ventana.»

Esa carta me impresionó, desde luego, pero no despertó en mí la ansiedad que hubiera sido natural de haber sabido que Sebastian padecía una enfermedad incurable desde 1926 y que había empeorado durante los últimos cinco años. Debo hacer la vergonzosa confesión de que mi alarma natural se apaciguó por la idea de que Sebastian era muy sensible y nervioso y que siempre se había mostrado inclinado a un pesimismo injustificado en cuanto se refería a su salud. Repito que no tenía la menor sospecha de su enfermedad cardíaca, de modo que me las compuse para convencerme de que sufría un exceso de trabajo. Sin embargo, me suplicaba que me reuniera con él en un tono nuevo para mí. Nunca parecía haber necesitado mi presencia, pero ahora la buscaba explícitamente. Eso me conmovió, me asombró; me habría metido en el primer tren si hubiera sabido toda la verdad. Recibí la carta un jueves y decidí partir hacia París el sábado, para regresar la noche del domingo, ya que a mi compañía le habrían sorprendido unas vacaciones en el peor momento de mi negocio, que debía atender en Marsella. Decidí que en vez de escribir explicándoselo, le enviaría un telegrama el sábado por la mañana, cuando supiera si podía tomar el primer tren.

Aquella noche tuve un sueño particularmente desagradable. Soñé que estaba sentado en una habitación grande y en penumbra, que mi sueño había amueblado con piezas recogidas en diferentes casas que conocía vagamente, pero con vacíos o extrañas sustituciones, como por ejemplo aquella repisa que era al mismo tiempo un camino polvoriento. Tenía la borrosa sensación de que la habitación estaba en una granja o en una posada en el campo –era una impresión general de

paredes y techos de madera—. Esperábamos a Sebastian, que regresaría de un largo viaje. Yo estaba sentado en una caja o cosa parecida, y también mi madre estaba en la habitación. Había otras dos personas tomando té en la mesa redonda a la cual estábamos sentados: un hombre de mi oficina y su mujer, ambos desconocidos de Sebastian y puestos allí por el director del sueño solo porque alguien debía llenar la escena.

Nuestra espera era incómoda, cargada de oscuros presentimientos. Yo notaba que todos sabían más que yo, pero temía preguntar a mi madre por qué se preocupaba tanto por una bicicleta enfangada que no podían meter en el guardarropa: sus puertas estaban abiertas. Había un cuadro de un buque de vapor en la pared, y las olas del cuadro se movían como una procesión de orugas, y el buque se mecía, y todo eso me molestaba... hasta que recordé que colgar una pintura así era una vieja costumbre cuando se espera a un viajero. Sebastian podía llegar en cualquier momento, y habían echado arena en el piso de madera, junto a la puerta, para que no resbalara. Mi madre se marchó con los estribos enfangados que no podía esconder, y la brumosa pareja desapareció tranquilamente: quedé solo en la habitación, cuando se abrió una puerta en el balcón del primer piso y apareció Sebastian. Bajó lentamente una escalera desvencijada que desembocaba en la habitación. Tenía el pelo revuelto y no llevaba chaqueta. Comprendí que había dormido la siesta después de su viaje. Mientras bajaba, deteniéndose un poco en cada escalón, empezando siempre con el mismo pie y agarrándose del pasamanos de madera, mi madre regresó y lo ayudó a levantarse cuando tropezó y cayó de espaldas. Rió cuando se acercó a mí, pero comprendí que se avergonzaba de algo. Tenía la cara pálida, sin afeitarse, pero parecía muy alegre. Mi madre, con una taza de plata en la mano, se sentó en lo que resultó ser una camilla, pues se la llevaron dos hombres que dormían los sábados en la casa, como Sebastian me dijo con una sonrisa. De pronto advertí que Sebastian tenía un guante negro en la mano izquierda, y que los dedos de esa mano no se movían, y que nunca la usaba... Me asusté terriblemente, hasta sentir náuseas; pensé que podía tocarme con eso sin darse cuenta, porque comprendí que era una cosa postiza unida a la muñeca, que lo habían operado o había sufrido un accidente espantoso. También comprendí por qué su aspecto y toda la atmósfera de su llegada había sido tan irreal, pero aunque quizá él advirtió mi estremecimiento, siguió tomando su té. Mi madre regresó un instante para recoger el dedal que había olvidado y desapareció rápidamente, pues los hombres tenían prisa. Sebastian me preguntó si había llegado la manicura, porque estaba ansioso por prepararse para el banquete. Traté de cambiar de conversación, porque la idea de su mano mutilada me era insoportable, pero al

fin llegué a ver la habitación toda en términos de uñas cortadas, y una muchacha que conocía (pero estaba extrañamente envejecida) llegó con su estuche de manicura y se sentó en un banquillo, frente a Sebastian. El me pidió que no mirara, pero yo no pude evitarlo. Vi que se quitaba lentamente el guante negro y después dejaba caer su contenido: un montón de manos minúsculas, como las patas delanteras de un ratón, rosadas y suaves. Había montones de ellas y cayeron al suelo, y la muchacha vestida de negro se arrodilló. Me incliné para ver qué hacía bajo la mesa y vi que recogía las manos y las ponía en un plato. Me incorporé pero Sebastian había desaparecido, y cuando volví a inclinarme, también la muchacha había desaparecido. Sentí que no podía quedarme un momento más en aquella habitación. Pero cuando me volví y busqué el picaporte, oí la voz de Sebastian a mis espaldas: parecía provenir del rincón más oscuro y remoto de lo que era un enorme granero: el grano surgía de un saco agujereado a mis pies. No podía verlo y estaba tan deseoso de escapar que los latidos de mi corazón parecían encubrir las palabras que él decía. Sabía que me llamaba y decía algo muy importante, que prometía decirme algo aún más importante si iba al rincón donde estaba sentado, atrapado por los pesados sacos que habían caído sobre sus piernas. Avancé y su voz me llegó en una última e insistente llamada. Una frase que me pareció absurda cuando salí de mi sueño, pero que, en el sueño mismo, resonó cargada con tan absoluto sentido, tan decidida a resolverme un monstruoso acertijo, que habría corrido hacia Sebastian de no estar ya casi fuera del sueño.

Sé que el guijarro común que encontramos en nuestra mano después de hundirla en el agua, donde parecía relumbrar una alhaja sobre la pálida arena, es realmente la soñada gema, aunque parezca un guijarro mientras se seca al sol. Por eso sentía que la frase absurda que resonaba en mi cabeza al despertar era la traducción insensata de una sorprendente revelación; y mientras yacía de espaldas, oyendo los ruidos familiares de la calle y la musiquilla vacua de una radio que alegraba el temprano desayuno de alguien en el piso de arriba, el frío pegajoso de una aprensión terrible me produjo un dolor casi físico y decidí enviar un telegrama a Sebastian diciéndole que iría ese mismo día. Un absurdo acceso de buen sentido (que nunca ha sido mi fuerte) me hizo pensar que acaso fuera conveniente averiguar en mi oficina si podían prescindir de mí. Descubrí no solo que era imposible, sino también que era dudoso que pudiera marcharme el fin de semana. Aquel viernes regresé muy tarde a mi casa, después de un día abrumador. Me esperaba un telegrama desde el mediodía (pero es tan extraña la soberanía de las trivialidades cotidianas sobre las delicadas revelaciones de un sueño que había olvidado por completo su honesto susurro y solo esperaba

noticias mercantiles cuando abrí el telegrama).

«Sevastian estado desesperado venga inmediatamente Starov.» Estaba escrito en francés. La «v» del nombre de Sebastian era la transcripción de su pronunciación rusa; por algún motivo desconocido entré en el cuarto de baño y permanecí en él un momento, frente al espejo. Después cogí el sombrero y corrí escaleras abajo. Eran las doce menos cuarto cuando llegué a la estación; había un tren a las 0.02, que llegaba a París a las 14.30 del día siguiente.

Después descubrí que no tenía bastante dinero para tomar un billete de segunda, y durante un minuto me pregunté si no era mejor regresar en busca de más dinero y tomar el primer avión. Pero la presencia inmediata del tren era demasiado tentadora. Me decidí por la oportunidad más barata, como suelo hacer en la vida. En cuanto el tren se movió recordé con sobresalto que había dejado la carta de Sebastian en mi escritorio y no recordaba la dirección indicada.

El compartimiento era oscuro, sofocante y lleno de piernas. Gotas de lluvia corrían por los cristales: no eran líneas rectas, sino inciertas, zigzagueantes, con algunas pausas. La luz de la noche violeta se reflejaba en el cristal negro. El tren se mecía y gemía mientras atravesaba la noche. ¿Cuál sería el nombre de ese sanatorio? Empezaba con «M». Empezaba con «M». Empezaba con... Las ruedas se confundían en su movimiento impetuoso y recobraban su ritmo. Desde luego, preguntaría la dirección al doctor Starov. Lo llamaría desde la estación en cuanto llegara. Durante el sueño, un par de pesados zapatos trató de deslizarse entre mis piernas, y se retiró lentamente. ¿Qué habría querido decir Sebastian con aquello del «hotel de siempre»? No podía recordar ningún lugar de París donde hubiera residido. Sí, Starov tenía que saber dónde era. Mar... Man... Mat... ¿Llegaría a tiempo? La cadera de mi vecino rozó la mía, y sus ronquidos cambiaron de tono, se hicieron más tristes. Llegaría a tiempo para verlo vivo, llegaría... llegaría... llegaría... Tenía algo que decirme, algo de infinita importancia. El oscuro, oscilante compartimiento, atestado de muñecos tendidos, parecía parte de mi sueño anterior. ¿Qué querría decirme antes de morir? La lluvia tamborileaba en los vidrios y un copo de nieve espectral quedó fijo en un rincón hasta disolverse. Alguien, frente a mí, volvió lentamente a la vida; oí que restregaban papeles y mascullaban en la oscuridad, después se encendió un cigarrillo y su redonda lumbre me miró como un ojo ciclópeo. Debo, debo llegar a tiempo... ¿Por qué no me había precipitado al aeródromo al recibir la carta? ¡Ya estaría con Sebastian! ¿De qué se moría? ¿De cáncer? ¿Angina de pecho... como su madre? Como suele ocurrir con muchas personas que no se preocupan por la religión en su vida habitual, inventé rápidamente un Dios suave, tierno, lacrimoso, y susurré una plegaria personal. Permíteme llegar a tiempo, permíteme resistir hasta que llegue, permíteme decirme su secreto. Ahora todo era nieve: el vidrio era una barba gris. El hombre que había mascullado y fumado dormía nuevamente. ¿Podría estirar las piernas y poner los pies sobre algo? Tanteé con los dedos de mis pies ardientes, pero la noche era todo huesos y carne. Anhelé un sostén de madera bajo mis pantorrillas. Mar... Matamar... Mar... ¿Cuánto faltaba para París? Doctor Starov. Alexander Alexandrovich Starov. El tren saltaba sobre sus ruedas. Alguna estación desconocida. Cuando el tren se detenía, llegaban voces del otro compartimiento. Alguien contaba un cuento interminable. También se oía nuestra puerta, algún triste viajero la abría para

comprobar que era inútil. Inútil. État désespéré. Tenía que llegar a tiempo. ¡Cuánto se detenía aquel tren en las estaciones! La mano derecha de mi vecino suspiró y trató de aclarar el cristal de la ventanilla, pero el cristal siguió empañado con una débil lucecilla amarilla a través de él. El tren se movió de nuevo. Me dolía la espalda, sentía pesados los huesos. Traté de cerrar los ojos y dormir, pero tenía los párpados llenos de imágenes flotantes, y una tenue luz, semejante a un infusorio, se deslizaba partiendo siempre del mismo rincón. Me parecía reconocer en ella la forma del farol de una estación que había dejado atrás. Después aparecían colores y una cara rosada, con grandes ojos de gacela, se volvía hacia mí y le seguían una canasta con flores y después la barbilla sin afeitar de Sebastian. Ya no podía soportar aquella caja de pinturas óptica. Con maniobras infinitas, cautelosas, semejantes a unos pasos de una bailarina a cámara lenta, salí al pasillo. Estaba brillantemente iluminado y hacía frío en él. Durante un rato fumé y después me deslicé hacia el final del vagón. Me incliné sobre un agujero sucio y rugiente en el suelo, regresé y fumé otro cigarrillo. Nunca había anhelado algo en la vida con tanta intensidad como anhelaba encontrar vivo a Sebastian e inclinarme sobre él y oír las palabras que diría. Su último libro, mi reciente sueño, el misterio de su carta..., todo me hacía creer firmemente que una revelación extraordinaria saldría de sus labios..., si los encontraba moviéndose. Si no llegaba demasiado tarde. Había un mapa entre las ventanas, pero nada tenía que ver con el trayecto de mi memoria. Il est dangereux... E pericolaso... Un soldado de ojos enrojecidos pasó rozándome y durante unos segundos me duró en la mano un horrible escozor, porque le había tocado la manga. Soñaba con un baño, soñaba con lavarme aquel mundo asqueroso y aparecer en una fría aura de pureza ante Sebastian. Sebastian se despedía de la vida mortal y no podía ofender su olfato con aquel hedor. Oh, lo encontraría vivo, Starov no habría escrito así su telegrama de haber sabido que era demasiado tarde. El telegrama había llegado al mediodía. ¡El telegrama, Dios mío, había llegado al mediodía! Habían pasado dieciséis horas, y cuando yo diera con Mar... Mat... Ram... Rat... No, no era «R», empezaba con «M». Por un momento vi borrosamente el nombre, pero desapareció antes de que pudiera atraparlo. Y podía haber otra dificultad: el dinero. Volaría desde la estación hasta mi oficina y pediría allí algún dinero. La oficina estaba muy cerca. El banco estaba más lejos. ¿Alguno de mis muchos amigos vivía cerca de la estación? No, todos vivían en Passy o en torno a la Porte St. Cloud, los dos barrios rusos de París. Encendí mi tercer cigarrillo y busqué un compartimiento menos atestado. Por fortuna ningún equipaje me retenía en el que acababa de abandonar. Pero el coche estaba repleto y no me quedaban fuerzas para seguir recorriendo el tren. Ni siquiera estaba seguro de si el compartimiento en que me había deslizado era

otro o el anterior: estaba igualmente lleno de pies y rodillas y codos, aunque tal vez el aire era menos espeso. ¿Por qué no había visitado nunca a Sebastian en Londres? Él me había invitado una o dos veces. ¿Por qué me había mantenido alejado de él con tal obstinación si era el hombre que más admiraba en el mundo? Todos aquellos asnos inmundos que desdeñaban su genio... Había especialmente un viejo tonto cuya nariz brillante deseaba retorcer... ferozmente. Ah, aquel monstruo voluminoso que se mecía a mi izquierda era una mujer; el agua de colonia y el sudor luchaban por obtener la primacía, y perdía la primera. En aquel vagón ni una sola persona sabía quién era Sebastian Knight. Aquel capítulo de El bien perdido, tan mal traducido en Cadran... ¿O fue en La Vie Littéraire? Quizá fuera demasiado tarde, demasiado tarde, quizá Sebastian ya estaría muerto mientras yo estaba sentado en aquel maldito banco, con una irrisoria almohadilla de cuero que no engañaba mis doloridas nalgas. Más rápido, por favor, más rápido. ¿Para qué demonios paran en esta estación? ¿Y por qué dura tanto la parada? Adelante, adelante, así, rápido...

Poco a poco la oscuridad se diluyó en una bruma gris y un mundo cubierto de nieve se hizo vagamente perceptible a través de las ventanillas. Yo tenía un frío terrible bajo mi delgado impermeable. Las caras de mis compañeros se hacían visibles, como si capas de telarañas y polvo desaparecieran. La mujer sentada a mi lado tenía un termo de café y lo manejaba con maternal amor. Yo me sentía pegajoso, con la barba larga. Sentía que si mi hirsuta mejilla se hubiera puesto en contacto con seda me habría desvanecido. Había una nube color carne entre las demás, tan sucias, y un rosa pálido animaba capas de nieve en la trágica soledad de los campos desnudos. Apareció un camino que acompañó el tren durante un minuto y, justo antes de que desapareciera, un hombre en bicicleta pedaleó entre la nieve y los charcos. ¿Adónde iba? ¿Quién era? Nadie lo sabría nunca.

Creo que dormité una o dos horas, o al menos conseguí mantener en las sombras mi visión interior. Cuando abrí los ojos, mis compañeros hablaban y comían y de pronto me sentí tan mal que salí y me senté en un escalón durante el resto del viaje, con el espíritu tan en blanco como aquella maldita mañana. El tren llevaba mucho retraso a causa de la nevisca nocturna o por otro motivo, de modo que no llegamos a París hasta las cuatro menos cuarto de la tarde. Me castañeteaban los dientes cuando caminaba por la plataforma, y durante un instante tuve la absurda idea de gastar dos o tres de los francos que tintineaban en mi bolsillo bebiendo algún licor fuerte. Pero me dirigí a la cabina telefónica y hojeé la grasienta guía buscando el número del doctor Starov y procurando no pensar si Sebastian estaría aún vivo. Starkaus, cueros, pieles; Starley, prestidigitador, humorista;

Starov... ah, este era: Jasmin 61-93. Después de algunas torpes manipulaciones olvidé el número en la mitad, luché de nuevo con la guía, marqué y esperé un momento, oyendo un zumbido de mal agüero. Durante unos instantes esperé inmóvil: alguien abrió la puerta y se retiró con un murmullo. Marqué de nuevo, cinco, seis, siete veces, y de nuevo oí el ronquido nasal: trrr, trrr, trrr. ¿Por qué tendría tan mala suerte? «¿Ha terminado?», preguntó la misma persona, un maldito viejo con cara de bulldog. Tenía los nervios deshechos y reñí con el viejo grosero. Por suerte quedó libre otra cabina y se metió en ella. Lo intenté una vez más. Al fin tuve éxito. Una mujer me dijo que el doctor estaba ausente, pero podía dar con él a las cinco y media... y me dio el número. Cuando entré en mi oficina advertí que mi aparición suscitaba cierta sorpresa. Hablé del telegrama recibido pero el jefe no se mostró tan simpático como preveía. Me hizo extrañas preguntas sobre el negocio de Marsella. Al fin obtuve el dinero y pagué el taxi que esperaba a la puerta. Eran las cinco menos veinte, de modo que tenía una hora de tiempo.

Me afeité y comí un apresurado almuerzo. A las cinco y veinte llamé al número indicado y me dijeron que el doctor se había ido a su casa y regresaría al cabo de un cuarto de hora. Estaba demasiado impaciente para esperar y marqué el número de su casa. La voz femenina que ya conocía me informó que acababa de partir. Me apoyé contra la pared (el teléfono estaba en un café) y golpeé en ella con mi lápiz. ¿Llegaría alguna vez hasta Sebastian? ¿Quiénes serían los imbéciles que escriben en las paredes «Mueran los judíos» o «Vive le front populaire» o hacían dibujos obscenos? Algún artista anónimo había empezado a dibujar cuadrados..., un tablero de ajedrez, ein Schachbrett, un damier... Hubo un relámpago en mi cerebro y la palabra se formuló en mis labios: ¡St. Damier! Corrí afuera y llamé a un taxi. ¿Podía llevarme a St. Damier, sea donde fuere? Cogió pausadamente un mapa y lo estudió un momento. Después contestó que le llevaría por lo menos dos horas llegar hasta ese lugar, según las condiciones del camino... Le pregunté si era mejor ir en tren. No lo sabía.

–Bueno, inténtelo y vaya rápido –dije, y se me cayó el sombrero al subir al automóvil.

Tardamos un largo rato en salir de París. Encontramos en nuestro camino toda suerte de obstáculos y creo que nunca odié nada tanto como el brazo de un policía en una esquina. Al fin nos desembarazamos de la maraña del tráfico en una larga y oscura avenida. Pero no íbamos demasiado rápido. Corrí el cristal e imploré al chófer que aumentara la velocidad. Respondió que el pavimento

estaba muy resbaladizo, y en verdad una o dos veces patinamos. Después de una hora de marcha se detuvo y preguntó por el camino a un policía que iba en bicicleta. Ambos discurrieron largamente sobre el mapa del policía, y el chófer cogió el suyo, y los compararon. Habíamos equivocado el rumbo en alguna parte y ahora debíamos rehacer por lo menos tres kilómetros. Volví a correr el cristal: el conductor andaba a paso de tortuga. Sacudió la cabeza sin tomarse el trabajo de volverse. Miré mi reloj, eran casi las siete. Nos detuvimos en una estación de servicio y el chófer tuvo una conversación confidencial con el empleado. Yo no tenía la menor idea de dónde estábamos, pero como el camino corría entre campos supuse que nos acercábamos a mi destino. La lluvia golpeaba contra las ventanillas y cuando pedí una vez más al conductor que apurara un poco la marcha, perdió la paciencia y respondió con rudeza. Aterido, desesperado, volví a reclinar me en mi asiento. Ventanas iluminadas pasaban más allá de los cristales. ¿Llegaría alguna vez hasta Sebastian? ¿Lo encontraría vivo si alguna vez llegaba a St. Damier? Una o dos veces nos pasaron otros automóviles e hice notar su velocidad a mi conductor. No contestó, pero de pronto se detuvo y con un ademán violento desplegó su ridículo mapa. Pregunté si se había perdido de nuevo. Siguió callado, pero la expresión de su gordo cuello era de gran irritación. Seguimos la marcha. Advertí con satisfacción que ahora íbamos mucho más rápido. Pasamos bajo un puente y llegamos a una estación. El chófer bajó y abrió la portezuela.

–Bueno –pregunté–, ¿y ahora qué pasa?

–Siga usted en tren –dijo el chófer–. No quiero destrozar mi automóvil por usted. Esta es la línea St. Damier, y tiene usted suerte de haber llegado hasta aquí.

Tenía aún más suerte de lo que él pensaba, porque había un tren a los pocos minutos. El jefe de estación juró que estaría en St. Damier a las nueve. La última etapa de mi viaje fue la más oscura. Estaba solo en mi compartimiento y un curioso sopor se había apoderado de mí: a pesar de mi impaciencia, temía caer dormido y pasarme. El tren se detenía con frecuencia y era algo muy penoso descifrar el nombre de la estación. De pronto tuve la horrible sensación de que me había despertado una sacudida después de dormir pesadamente durante un lapso desconocido. Cuando miré el reloj eran las nueve y cuarto. ¿Me habría pasado? Ya estaba a punto de hacer funcionar la alarma, cuando el tren empezó a aminorar la marcha y al asomarme por la ventanilla vi un letrero que pasaba fluctuando y se detenía: St. Damier.

Después de un cuarto de hora de caminar por senderos oscuros entre lo que me pareció un pinar por su susurro, llegué al hospital de St. Damier. Oí un arrastrarse, un jadeo tras la puerta, y me abrió un hombre gordo, con un grueso jersey gris a modo de chaqueta y raídas zapatillas. Entré en una especie de oficina apenas iluminada por una débil lamparilla eléctrica, que parecía revestida de polvo por un lado. El hombre me miró pestañeando, con la cara hinchada brillante de sueño. Por algún motivo empecé a hablarle en un susurro.

–He venido para ver al señor Sebastian Knight, K-n-i-g-h-t, Knight.

Gruñó y se sentó pesadamente ante un escritorio, bajo la lamparilla.

–Demasiado tarde para las visitas –masculló como para sí.

–He recibido un telegrama, mi hermano está muy mal...

Mientras hablaba sentí que trataba de insinuar que apenas cabía duda de que Sebastian estuviese vivo.

–¿Cómo se llama? –preguntó con un suspiro.

–Knight –dije–. Empieza con «K». Es un nombre inglés.

–Los nombres extranjeros deberían ser reemplazados por números –murmuró el hombre–. Haría más sencillo todo... Había un paciente que murió anoche, y tenía un nombre...

Me hirió el horrible pensamiento de que se refiriera a Sebastian... ¿Habría llegado demasiado tarde, después de todo?

–Quiere usted decir... –empecé, pero sacudió la cabeza y volvió las páginas de un registro sobre el escritorio.

–No –masculló–. El señor inglés no ha muerto. K-K-K...

–K-n-i...

–*C'est bon, c'est bon* –interrumpió–. *K-n-i-g-h-t... No soy idiota. Número treinta y seis.*

Apretó el timbre y se echó atrás en el sillón con un bostezo. Yo iba y venía por el cuarto con un temblor de incontenible impaciencia. Al fin entró una enfermera y el portero me señaló:

–Número treinta y seis –dijo a la enfermera.

La seguí por un pasillo blanco hasta una corta escalera.

–¿Cómo está? –no pude evitar preguntarle.

–No sé –dijo ella.

Me entregó a una segunda enfermera que estaba sentada en el extremo de otro pasillo blanco, copia exacta del primero, y leía un libro sobre una mesilla.

–Una visita para el treinta y seis –dijo mi guía, y desapareció.

–Pero el señor inglés está durmiendo –dijo la enfermera, de cara redonda y nariz muy pequeña y brillante.

–¿Está mejor? –pregunté–. Soy su hermano, y he recibido un telegrama...

–Creo que está un poco mejor –dijo la enfermera con una sonrisa que fue para mí la sonrisa más encantadora que he imaginado nunca–. Tuvo un ataque gravísimo ayer por la mañana. Ahora duerme.

–Escúcheme –dije, tendiéndole una moneda de diez o veinte francos–. Volveré mañana, pero ahora me gustaría entrar en su habitación y quedarme un minuto.

–Pero no debe despertarle –dijo ella, sonriendo de nuevo.

–No le despertaré. Solo me sentaré junto a él durante un momento.

–Bueno, no sé... –dijo ella–. Desde luego, puede usted echar una mirada, pero debe tener mucho cuidado.

Me guió hasta la puerta con el número treinta y seis y entramos en un cuarto minúsculo o antecámara, con un diván. Empujó levemente una puerta semiabierta y atisbé un momento en un cuarto oscuro. Al principio solo pude oír los latidos de mi corazón, pero después percibí una respiración corta y rápida.

Alrededor de la cama había un biombo, pero de todos modos estaba demasiado oscuro para distinguir a Sebastian.

–Dejaré un poco abierta la puerta –susurró la enfermera– y podrá usted sentarse aquí, en el diván, un minuto.

Encendió una lamparilla de pantalla azul y me dejó solo.

Sentí el absurdo impulso de sacar la pitillera del bolsillo. Me temblaban las manos, pero me sentía feliz. Estaba vivo. Dormía tranquilamente. Conque era su corazón... ¿su corazón?... Lo mismo que su madre. Estaba mejor, había esperanzas. Acudiría a todos los cardiólogos del mundo para salvarlo. Su presencia en el cuarto vecino, el leve ruido de su respiración me producían una sensación de seguridad, de paz, de maravilloso descanso. Y mientras estaba allí, sentado, escuchando, y me retorcía las manos, pensé en todos los años que habían pasado, en nuestros breves encuentros. Y sabía que ahora, en cuanto pudiera escucharme, le diría que, de buen o mal grado, no me apartaría nunca de él. El extraño sueño que había tenido, la creencia en alguna verdad esencial que me diría antes de morir..., todo ello parecía vago, abstracto, como si se hubiera diluido en una cálida corriente humana de emoción más simple, más humana, en la oleada de amor que sentía por el hombre que dormía tras aquella puerta semiabierta. ¿Por qué nos habíamos apartado? ¿Por qué me había mostrado yo tan necio, tan torpe, tan tímido durante nuestros cortos encuentros en París? ¿Me marcharía ahora para pasar la noche en el hotel, o quizá me darían una habitación en el hospital, solo hasta que pudiera verlo? Por un momento me pareció que el leve ritmo de la respiración se interrumpía, que Sebastian despertaba y hacía rechinar los dientes antes de hundirse de nuevo en el sueño: el ritmo continuó, tan bajo que apenas podía distinguirlo de mi propia respiración, mientras permanecía sentado, escuchando. Oh, le diría centenares de cosas, le hablaría de Caleidoscopio y Éxito, de La montaña cómica, Albinos de negro, La otra faz de la luna, El bien perdido, El extraño asfódelo..., todos aquellos libros que conocía tan bien como si los hubiera escrito yo mismo. Y también él hablaría. ¡Qué poco sabía yo de su vida! Pero ahora me enteraba de algo muy interesante. Aquella puerta semiabierta era el mejor vínculo imaginable. Aquella suave respiración me decía acerca de Sebastian cosas que nunca había sabido. Si hubiera podido fumar, mi felicidad habría sido perfecta. Un muelle sonó en el diván cuando cambié ligeramente de posición, y temí perturbar su sueño. Pero no: el leve sonido persistía, trazando una línea sutil que parecía la curva misma del tiempo: ya se hundía, ya reaparecía, viajando a través del paisaje formado

por los símbolos del silencio: oscuridad, cortinas y un resplandor azul a mi lado.

Al fin me puse de pie y me dirigí de puntillas hacia el corredor.

–Espero que no lo haya molestado –dijo la enfermera–. Le hace bien dormir.

–Dígame, ¿cuándo vendrá el doctor Starov?

–¿Qué doctor? –dijo ella–. Oh, el doctor ruso. Non, c'est le docteur Guinet qui le soigne. Lo encontrará usted mañana por la mañana.

–Me gustaría pasar la noche aquí, en alguna parte. ¿No cree usted que quizá...?

–Y hasta podría ver al doctor Guinet ahora mismo –dijo la enfermera con su agradable voz apacible–. Vive al lado... ¿Conque es usted su hermano? Y mañana llegará su madre de Inglaterra, ¿verdad?

–Oh, no –dije–. Su madre murió hace años. Dígame usted, ¿cómo es durante el día? ¿Habla? ¿Sufre?

La enfermera frunció el ceño y me miró de manera extraña.

–Pero... no entiendo... ¿Cómo se llama usted, por favor?

–Ah... Debo explicarme –dije–. Somos hermanastros, en realidad. Mi nombre es... –dije mi apellido.

–Oh-la-la! –exclamó, enrojando vivamente–. Mon Dieu! El caballero ruso murió ayer, y ha estado usted velando a Monsieur Kegan...

No vi a Sebastian, después de todo, o al menos no lo vi vivo. Pero aquellos minutos que pasé escuchando lo que creí su respiración cambiaron tanto mi vida como la habrían cambiado las palabras de Sebastian antes de morir. Sea cual fuere su secreto, conocí otro secreto: el alma no es sino un modo de ser –no un estado constante– y cualquier alma puede ser nuestra, si encontramos y seguimos sus ondulaciones. La vida futura puede ser la capacidad de vivir conscientemente en el alma escogida, en cualquier número de almas, todas ellas inconscientes de su carga intercambiable. Así... soy Sebastian Knight. Me siento como si lo representara en un escenario iluminado, entre un ir y venir de gentes que él conocía –las borrosas figuras de los pocos amigos que tenía, el estudioso, el

poeta, el pintor— que dulcemente, silenciosamente, le rinden homenaje. Y allí está Goodman, el payaso de pies planos, con su pechera postiza asomando del chaleco; y allí... el pálido relumbre de la cabeza inclinada de Clare, que se aleja llorando, apoyada en una amiga. Se mueven en torno a Sebastian —en torno a mí, que lo represento—, y el viejo prestidigitador espera entre bastidores con su conejo escondido; y Nina está sentada sobre una mesa, en el rincón más iluminado de la escena, con un vaso de agua fucsina, bajo una palma pintada. Después termina la pantomima. El pequeño apuntador calvo cierra su libro y la luz se desvanece poco a poco. El fin, el fin. Todos se marchan a su vida cotidiana (y Clare a su tumba), pero queda el héroe, porque a pesar de mis esfuerzos no consigo abandonar mi papel: la máscara de Sebastian se adhiere a mi cara, el parecido no quiere esfumarse. Soy Sebastian o Sebastian es yo, o quizá ambos somos alguien que ninguno de los dos conoce.